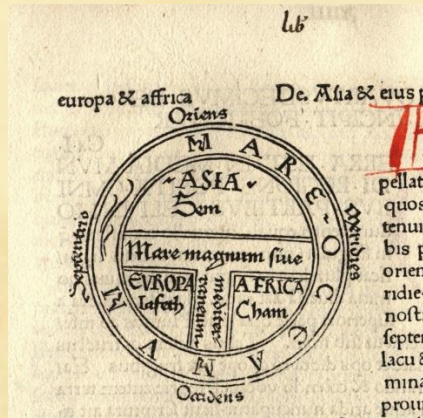


# CYCLVS APOCALYPTICVS

Historia de la Era del Apocalipsis  
año 2181-2213



J.A  
Fortea

Editorial Dos Latidos  
Impreso en Zaragoza, España  
Benasque (España) 2012  
Copyright José Antonio Fortea Cucurull  
[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)  
versión 4

# CYCLVS APOCALYPTICVS



La tierra era yermo y vacío,  
y las tinieblas cubrían la superficie del Océano,  
mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas.

Antes del Principio era la Nada. Las frías oscuridades llenaban los extensos vacíos del no-ser. Ante mis ojos se desplegaba el inacabable desierto de una negrura sin fin. Pero no había ojos. Mis alas podían volar allá donde se perdía la vista, podían avanzar en un suave aleteo por nada impedido durante jornadas y jornadas... para hallar ante sí la misma impenetrable y negra oscuridad que habían dejado atrás. Pero no había atrás.

Podía volar a lo alto elevándome en una ascensión interminable, o dejarme caer planeando hacia un fondo que los siglos jamás tocarían. Podía dirigirme hacia septentrión o el austro, hacia levante o hacia el ocaso. Pero no había puntos cardinales. Nada nunca se había levantado en el horizonte, porque no había horizonte. Aquellos espacios pletóricos de vacío nunca habían contemplado el ocaso de algo. Todo estaba inmerso en el eterno cénit de la nada.

El austro y el septentrión se hundían en un horizonte inexistente. Mis pies buscaban el suelo en un océano sin fondo, mis ojos miraban adonde se podría salir a flote. Pero aquellas aguas no tenían techo. Eran los inmutables abismos de los océanos del vacío. Todo se hallaba sumergido en los mares del silencio.



# CAPITULO

## I



**P**ausadamente el monje iba escribiendo los gruesos trazos de letra gótica en una parte de la pintura. La pintura representaba a la Virgen María con el Niño en brazos, en medio de una representación esférica del mundo y del universo románico. La letra, uniforme, llena de equilibrio, gótica tirando a merovingia.

El pío religioso en hábito negro, benedictino, trabajaba inmerso en un total y absoluto silencio. Sólo flotaba en el ambiente el rumor lejano de las voces de los novicios ensayando un himno gregoriano. El monje levantó la cabeza del escritorio, alrededor de él sólo las paredes de piedra, una cama y un pequeño estante con libros. Sus ojos estaban cansados. *Sit nomen Domini benedictvm*, musitó entre labios. Siempre que interrumpía su labor unos segundos para descansar, gustaba de decir una jaculatoria.

Pausadamente el anciano corrió la silla sin hacer ruido y se levantó hacia la ventana. Mirar a lo lejos era el mejor descanso para sus pupilas fatigadas. Lentamente se aproximó al arco que, entre capiteles y columnillas, se abría en la pared. Se apoyó y miró a lo lejos.

Ante sus ojos se ofrecía una bella panorámica de Nueva York en el año 2181. El monasterio estaba situado a una gran altura, si bien el edificio en el que estaba incluido elevaba todavía más su cúspide hacia una distancia de vértigo. Desde la privilegiada posición de la ventana en la que se apoyaba el monje, podía ver allá a lo lejos el tráfico rodado en las atestadas calles. Un poco más arriba, pequeñas aeronaves se deslizaban suavemente por el aire, formando hileras entre las inmensas moles de las megaestructuras, cuyos últimos pisos se perdían de vista en medio de las nubes de un día encapotado.

Había pequeños edificios aquí y allá, pero el centro de la ciudad estaba casi del todo ocupado por aquellos anchos, pesados e inmensos rascacielos. El monasterio estaba situado a cien pisos de distancia del suelo, pero en aquella

megaestructura habitada por 200.000 personas había otros 300 pisos por encima.

Parte del edificio era, como solían decir, *macizo*; es decir, ocupado todo él por apartamentos y los pasillos necesarios para acceder a ellos. Pero otra parte contaba con grandes espacios interiores ocupados por viviendas individuales: casitas unifamiliares con su jardín, bajo un techo que era un simulador de cielo, a 20 metros de altura. Los simuladores de cielo eran un perfectísimo sucedáneo de la luz natural, con sus amaneceres, atardeceres y hasta imágenes de días nublados. A distintos niveles de la megaestructura había varias pequeñas urbanizaciones en las que se trataba de recrear con bastante éxito una apariencia de estar al aire libre. Tres parques públicos y ocho centros comerciales completaban el equipamiento del edificio, sin olvidar que parte del piso número 100 estaba ocupado por un monasterio benedictino.

Así como interiormente las megaestructuras daban una sensación de proporciones humanas, en el exterior la magnitud de las moles daban una sensación de abrumadora pesadez. Manhattan, Brooklyn y el Bronx vistos desde lo alto parecían una cadena montañosa de la que salieran torres y más torres, todo ello rodeado de un inacabable océano de viviendas que alcanzaba hasta el horizonte.

La aeronave urbana del senador Ford se deslizaba hacia el Aeropuerto Central de Nueva York. La pintura azul-jade metalizada estaba impoluta y la nave se cubría de brillos y reflejos en su ascenso hacia el aeropuerto, que estaba situado en pleno centro de la ciudad en lo alto de un grueso, ancho y titánico rascacielos. Aquella obra arquitectónica parecía más digna de los Gigantes que combatieron a los dioses olímpicos, que de seres humanos, aquellas pequeñas termitas de dos patas que levantaban del suelo entre el 1'80 y los 2 metros. La cima de aquel edificio de hormigón era un vasto complejo de muelles donde atracaban las naves de procedencia internacional.

El ambiente dentro del aeropuerto era el de todas las épocas en lugares similares, ya fuera una parisina estación ferroviaria del siglo XIX o el puerto de Tarso en el II. Gentes de todos los tipos yendo y viniendo con maletas, familiares que se reencuentran, tenderetes de comida rápida

esparciendo olores a bollos con crema en un lado, y en otra esquina olores a las especias de las hamburguesas con queso. Gente que espera aburrida y gente con prisa, todos mezclados en un sinfín de trajes, vestidos y uniformes. Ford con paso seguro, firme, casi jactancioso, avanzaba vestido con su costoso traje hecho a medida por uno de los mejores sastres de la capital. Un poco detrás de él le seguía su chófer, con su gorra y enfundado en su negro traje de una sola pieza y ceñido al cuerpo. En general, la gente vestía de un modo muy informal. Había muchos con pantalón, corbata y americana, pero más vestían con el popular *snab*, una especie de comfortable mono, de todos los colores imaginables, de una sola pieza, más ceñidos unos, menos otros.

El senador se detuvo mientras la gran nave que esperaba acababa de aterrizar verticalmente y rodaba por la pista hacia su muelle.

Diez minutos después el senador abrazaba a su joven sobrino. Ya en la aeronave del senador y de camino hacia casa, el recién llegado miraba por la ventanilla con cara llena de admiración.

-¡¡Uaaaaa!! ¡¡Así que esto es Nueva York!! -exclamó el dieciochoaño tratando de guardar la compostura.

-¿Te gusta, eh? -comentó feliz a su lado el senador-. Pues tienes todas las vacaciones para conocerla palmo a palmo. Ahora, tía Margaret te está preparando un pastel de manzana mientras te espera. Tus primos desde hace una semana no han hecho más que preguntar que cuándo llegabas.

La cara del joven no cesaba de mirar extasiado hacia afuera. Había comenzado a anochecer y los millones de ventanas iluminadas que resaltaban en la penumbra, unido a todas las luces de las aeronaves deslizándose armónicamente por el aire formaban un espectáculo siempre embelesador incluso para los mismos habitantes de la megápolis. Distintos haces de luz ornamental surcaban el aire hacia lo alto, perdiéndose en lo más elevado de la lúgubre bóveda celeste, mientras que para acabar de embellecer el cuadro, gruesos copos de nieve empezaban a caer sobre el tráfico terrestre y aéreo, que se movía entre las moles de hormigón, acero y vidrio. El muchacho no hacía más que preguntas y comentarios admirativos.

-Tío, he leído mucha historia, pero ¿cómo está el mundo ahora?

El senador lo miró con una sonrisa compasiva. Su sobrino había estado hasta hacía dos semanas en una comunidad *amish*. Su hermana, ya difunta, decidió llevárselo consigo cuando tenía diez años a una pequeña comunidad agrícola en Canadá. La educación que había recibido el chico era bastante buena, pero casi nula sobre el mundo actual que les rodeaba. Ahora el sobrino volvía por propia decisión a su propia familia tras la muerte de su madre.

-Bueno... -respondió el senador como tomando fuerzas para una digna respuesta a una magna pregunta como esa-. Podríamos dividir el mundo por un lado en los países de la Confederación, por otro lado está el Imperio y por otro los países independientes. Los países de la Confederación son independientes también, pero forman una gran unidad política y económica, tienen una alianza defensiva y una sola moneda, son países democráticos. La Confederación la forman treinta naciones, se extiende por casi toda América, además de unos cuantos países aquí y allá desperdigados por otros continentes. Pero los integrantes son muy desemejantes, sólo nuestro país, los Estados Unidos, ya tiene el 25% de la población confederada, y cuenta con el 70% del peso económico de la Confederación entera.

El Imperio se extiende por más de la mitad de Europa, parte de África y Asia. Fue en tiempos una democracia, una democracia cada vez más presidencialista, y finalmente, tras tres guerras civiles, en un siglo ha acabado en manos de la Familia Imperial. De todas maneras, aunque ya no sea una democracia, todavía en los impresos oficiales ponen arriba del todo que son una república. De hecho el nombre oficial del Imperio es *the Senate and the People Of Europe*. Muy a menudo, se resume con el acrónimo S.P.O.E. El idioma oficial del Imperio es el inglés, aunque la Familia Imperial habla en alemán. Cada provincia del Imperio es administrada por un gobernador directamente designado por el emperador. Nosotros, aquí en Estados Unidos, decimos *imperio* y *emperador*, coloquialmente, pero los europeos prefieren usar las palabras *Républica* y *Cónsul Máximo*.



En cualquier caso, dejando la cuestión de los nombres, los súbditos del Imperio consideran que la tarea de gobernar es una tarea tecnocrática y sólo piden eficiencia. La República Europea se ha convertido en una especie de empresa dirigida por un consejo de dirección. Mientras las cosas funcionen bien, su ciudadanía está dispuesta a no reclamar la vuelta a un parlamentarismo que la verdad es que se demostró muy ineficiente para resolver los problemas del pasado siglo. En la vieja Europa, elecciones populares sólo hay para elegir ediles y alcaldes, y eso en las ciudades que no han perdido ese privilegio. La unidad del Imperio es total, en la legislación y en todo. Estados Unidos es constitucionalmente una federación de Estados, mientras que la República Europea es un monolítico Estado napoleónico.

Siempre existe una cierta rivalidad en decir quién es más poderosa, si los Estados Unidos o la República Europea. Lo cierto es que hoy por hoy la Confederación mantiene una cierta ventaja en bastantes aspectos. Claro que es mi opinión, ellos tienen la suya.

Finalmente hay medio centenar de países esparcidos por todas partes que son plenamente independientes y que no pertenecen a ningún bloque.

¡Ah, se me olvidaba!, hay también siete colonias espaciales, cinco en rotación orbital alrededor de la Tierra y dos en la Luna. Juntas suman 5 millones de habitantes. No es nada en comparación a los 20.000 millones de habitantes de la Tierra. Hay también numerosas colonias marinas. Ciudades construidas sobre el mar, apoyadas sobre grandes pilares en mares poco profundos. Aunque muchas están en aguas internacionales, la mayor parte pertenecen o a la Confederación o al Imperio; sólo una cuarta parte son totalmente independientes. Cinco de éstas, a costa de no pagar ningún impuesto a nación ninguna, han crecido hasta llegar a ser urbes de bastantes millones de habitantes.

El joven le había escuchado con suma atención, no todas las palabras las había entendido, pero no había querido interrumpirle. Tenía tiempo por delante para aprender. Sin embargo, la palabra “Imperio” le resultaba chocante.

-Yo pensaba que los imperios eran cosas del pasado –comentó al final.

-Oh, no te enredes en las palabras, oficialmente no hay ningún imperio, incluso por una de esas ironías de la historia, el Imperio es, ya te lo he dicho, oficialmente una república. En el siglo XX se esforzaron en implantar democracias en todo el mundo. Hicieron bien. Pero el siglo XXI todo el mundo se afanó en descubrir cómo corromper la democracia. Parecía tan sólida la democracia. Era como el bueno de la película que tenía que ganar hiciéramos lo que hiciéramos.

La corrupción de la democracia trajo la concentración del poder, la concentración de poder trajo *de facto* la abolición de las barreras legales que se oponían a esa concentración. Las barreras continuaban sobre el papel, pero se hacían excepciones cada vez que convenía. Y la desaparición de toda barrera constitucional condujo a la autoconservación de cada uno en su puesto de poder. El siglo XXI no fue siglo de Montesquieu. Desde el momento en que los tres poderes constitucionales fueron fusionándose, lentamente, sin prisas, las garantías ciudadanas fueron perdiendo terreno. De aquello nació un Estado, cuyo entramado interno del poder es un entramado imperial, al estilo del que hubo en el siglo I en Roma, o en el XVI en España, o con Napoleón.

Entre explicación y explicación la nave en que les transportaba había penetrado a través de una de las grandes bocas de entrada de uno de los rascacielos. La nave transitó deslizándose suave y lentamente por los grandes pasillos internos del edificio. En una intersección aminoró la marcha y sin detenerse, ni cambiar su posición horizontal, ascendió verticalmente por un largo corredor, por donde otras aeronaves se elevaban o bajaban también en hileras. En un momento dado la nave se detuvo y se introdujo a través de una compuerta que con grandes letras decía: NIVEL 1200.

Tras pasar la compuerta, vio que dentro el techo estaba a 50 metros por encima de sus cabezas, y que sobre el suelo de césped artificial había una urbanización de mansiones señoriales. El joven Albin, el recién llegado *amish*, se quedó con la boca abierta.

-No pienses que todo el mundo vive en barrios como éste -comentó con contenida

satisfacción el senador-. Este es uno de los sectores más exclusivos de la ciudad.

La aeronave comenzó a aterrizar junto al blanco caserón de Ford, una réplica de la típica mansión decimonónica sureña de los campos de algodón antes de la Guerra de Secesión. Vista desde arriba la intensa blancura de la mansión contrastaba magníficamente con la suavidad de los tonos verdes de los terrenos que la circundaban.

Mientras la nave aterrizaba delante de la fachada clásica de columnas blancas de la entrada principal, el servicio se alineaba para recibirlos. Cuando Ford y su sobrino salían de la puerta de la nave, la esposa y los hijos aparecieron, apresurando el paso, para recibirlos; expectantes de ver al familiar nunca visto, pero tan comentado desde hacía años. Todo eran abrazos y cálida bienvenida. Las consabidas preguntas de siempre entre familiares, ¿cómo estás?, ¿cuánto has crecido!, ¡qué alegría!... la sonrisa sincera en los rostros de todos. Los recibimientos han sido similares en todas las épocas y lugares del mundo.

Una aeronave se posó justo detrás de la del senador Ford, delante de la mansión. Del aparato salieron tres hombres. El senador se extrañó de la inesperada visita y se acercó a ver de qué se trataba.

-Buenas tardes, senador. -le saludaron los tres recién llegados.

-¡Hombre!, buenas tardes Jenkins. No os esperaba.

-Senador, nos envía el senador Benedic Greenwich, nos ha dicho que viniéramos a buscarle porque tiene que verle urgentemente ahora mismo.

-¿Os ha enviado sólo para eso? ¿Por qué no me ha llamado por teléfono?

-Senador, no sabemos de qué se trata, pero es algo que ha considerado que no se podía enviar por el sistema multifrecuencia.

-En fin, decidle que me dirigiré a su casa en menos de dos horas.

-Senador, se trata de algo muy importante.

La mirada de Jenkins fue tal que Ford no tuvo ya duda alguna de que su cena podía esperar. Desde hacía años conocía a Jenkins, el secretario de su viejo amigo el senador Benedic. Algo

verdaderamente importante tenía que ser para enviarle personalmente.

Ford retrocedió, se excusó breve y amablemente ante su esposa, hijos y sobrino, y se introdujo en el aparato con los tres hombres enviados. Veinte minutos después Ford subía las escaleras alfombradas del interior de la mansión de Benedic. Su amigo le salió al encuentro al final de la escalinata.

-Ford, ¡cuánto me alegro de que ya estés aquí!-le saludó Benedic que siempre se dirigía a su amigo por el apellido.

-¡Qué sucede! Nunca nadie me había llamado de un modo tan... apremiante. Te aseguro que si lo que querías es intrigarme lo has conseguido

-Ford, acabo de recibir una información impresionante.

-Espero que lo sea -protestó afectando un poco de irritación-. De política, me imagino.

-De política, ¿es que podía ser de otra cosa?

-Y esta vez ¿a quién afecta? ¿A los republicanos?

-No.

-¿A los demócratas?

-No.

-¿A los *outsiders*?

-No. Escucha, escucha -dijo poniéndole la mano sobre el hombro-, qué es lo que te dice esta palabra: Dagón.

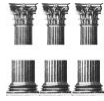
-Dagón... pues, no lo sé. No la conozco.

-Vamos al despacho, allí te lo cuento todo. No son éstas, cosas para ser tratadas aquí en la escalera. Ni siquiera en la escalera de mi casa.

Las dos hojas de la puerta del despacho se cerraron.

# CAPITULO

## II



### *Palacio Imperial de Roma.*

Un hombre vestido de civil es guiado por dos oficiales imperiales a través de un pasillo. A ambos lados del monumental pasillo las más bellas estatuas de generales y senadores del pasado. Al final, y tras un inmensa sala con arcos, una gran puerta de mármol con remaches de oro. La pesada puerta se abrió automáticamente, detrás de ella el despacho del Emperador.

El hombre vestido de civil que entraba en el despacho era el Director General de la CIA. El Emperador, sentado detrás de su mesa, se levantó para saludar al invitado, los oficiales marcialmente se marcharon, dejándolos solos.

-Mi admirado Hubert -le saludó el Emperador mientras le tendía cordialmente la mano.

El Director General correspondió amablemente al saludo y comenzó a elogiar la elegante estética del despacho. La belleza de líneas de aquel gran despacho era magnífica, las pocas cosas que lo decoraban soberbias. En todas las paredes un solo cuadro, el amplísimo lienzo del s. XIX *la Coronación de Napoleón*; a un lado un dintel sostenido por varias cariátides enmarcaban varios ventanales que dejaban ver una vista panorámica de la Urbe. En la pared opuesta una vitrina cerrada conteniendo un terrario con cinco cobras que serpenteaban y se enroscaban perezosas y sinuosas.

El Emperador, hallándose en tierra imperial, solía vestir frecuentemente la túnica blanca, sin embargo esta vez iba vestido, como el invitado, con el típico traje ceñido desde el cuello hasta el tobillo. Vestido así en tonos oscuros tenía el aspecto de un ejecutivo. Su rostro alargado y su figura aristocrática era exactamente como la de Rex Harrison. Verdaderamente, el Emperador tenía el aspecto y la elegancia de Rex Harrison, junto con la *nobleisse* de Sir Lawrence Olivier.

-Le sorprenderá que le haya mandado llamar -comentó el Emperador con una sonrisa.

-Pues sí, no es muy frecuente que el jefe de los servicios de inteligencia de un país vaya al despacho del jefe de la potencia contraria.

-Ha de saber, que he organizado todo el asunto de la condecoración de ese subordinado suyo, sólo para poder vernos a solas, sin llamar la atención. Siéntese, por favor. Ya está usted al corriente del auge del Partido del Orden en su país.

-Sí, un auge sorprendente.

-Usted es bien consciente de la corrupción, que se ha asentado entre los congresistas estadounidenses. El poder de la mafia crece día a día. Y además hay una docena de grupos económicos que están minando todas las instituciones. Conozco bien sus opiniones al respecto -dijo el Emperador mientras sacaba un informe de su cajón.

El Director General no pudo evitar un gesto de sorpresa al reconocer las cubiertas del secretísimo *Informe Omicron* de la CIA en manos del Emperador.

-Sí, ya ve -dijo con lástima el emperador-. El que este informe reservado al Presidente de los Estados Unidos, lo tenga en mi cajón le indica hasta que punto llegan los males de los que usted habla en estas páginas. Y créame -dijo apoyándose decididamente con los dos codos en la mesa-, estoy de acuerdo con todos los remedios que usted propone.

-Sobre todo la mafia ejerce tal influencia con sus sobornos -comentó con pena el Director General-, y tiene tantas ramificaciones, que la democracia está en un serio peligro. El descrédito a que han llegado las instituciones se ve bien a las claras en que sólo el 20% de la población participó en los últimos comicios electorales. La impresión generalizada de que ya nada puede cambiar... y de que todos los políticos son igual de corruptos, como digo la situación es...

-Muy preocupante.

-Sí -asintió con verdadera preocupación.

-Como buen analista -continuó el emperador tras un breve silencio- se habrá dado cuenta de que el recién aparecido Partido del

Orden va a ir creciendo con fuerza en Estados Unidos.

El intrigado Director General de la CIA asintió con un gesto de su cabeza. ¿A dónde quería llegar? El Emperador prosiguió:

-Pues bien ese partido lo he creado yo. Las fundaciones independientes que se reunieron para fundar un partido cuyo fin principal fuera acabar con la corrupción en los círculos políticos de Estados Unidos eran fundaciones mías que yo controlaba. Los diez hombres designados por ellas para que dentro de una semana elijan un candidato independiente para las próximas elecciones a la Presidencia de la nación, son hombres míos. Y adivine a quién elegirán.

La sorpresa en el Director General era mayúscula, se había quedado sin palabra.

-Me elegirán a mí -concluyó el Emperador-. Dirán que han llegado a la conclusión de que la situación es de tal emergencia que se necesita a alguien con firmeza que no salga de las corrompidas filas de los políticos profesionales. Dirán que yo soy insobornable porque soy más rico que cualquier hombre del mundo. Recuerde, además, que nací en su país, que soy ciudadano de Estados Unidos y que mis estudios universitarios los cursé en Harvard. Siempre he estado yendo y viniendo de aquí a su país. Perdón... nuestro país. Me he cuidado mucho de que en Norteamérica los ciudadanos de a pie me consideraran no como un emperador que además es compatriota suyo, sino como el primer estadounidense que ha llegado a ser emperador de la República Europea. Esa imagen me ha costado mucho esfuerzo, pero la tengo.

El Director General seguía en silencio con un rostro impenetrable.

-Créame -continuó el Emperador-, yo encarno el único proyecto factible de acabar con la corrupción y la mafia. Comparto todo su diagnóstico sobre los políticos de la nación y si en el futuro soy elegido presidente querría que usted aceptase el cargo de vicepresidente.

Eso sí, usted no sería nombrado hasta que expirara el primer medio año desde la toma de posesión de mi cargo... si soy elegido, por supuesto. El que yo le presentara al electorado a usted como candidato a la vicepresidencia sería un

escándalo. Un extranjero coaligado con el Director de la CIA, no podría presentar una imagen peor.

Sé que considera que sería un milagro el que el jefe de una potencia extranjera, por muy buenas relaciones que haya entre esas dos potencias, logre ser elegido por las urnas como presidente de la otra potencia, pero le aseguro que tengo tantos ases en la manga que va a quedar sorprendido. Además, el concepto de nacionalidad en nuestros tiempos está ya muy disuelto. Recuerde además, que en los últimos ochenta años ha habido un buen número de precedentes de ciudadanos residentes en Europa que se han presentado a esos puestos y han sido elegidos. Senadores, gobernadores y hasta un vicepresidente, un vicepresidente muy popular por cierto. Con que me voten todos aquellos que tienen la doble nacionalidad ya obtendría una cuarta de los votos.

En fin, no le pido que tome la decisión en este momento. Tómese un par de días para darme una respuesta. Le enviaré en ese plazo a Mc Closkey. A partir de ahora nos enviaremos los mensajes a través de él. Nunca por teléfono, ni por escrito, sin excepción alguna. Jamás cogeré una llamada que me digan que procede de usted, ni llegará a mi despacho un papel que venga de usted o su círculo más cercano. Todo lo que desee decirme dígaselo verbalmente a Mc Closkey, él personalmente me vendrá a ver.

Como es lógico, si decide navegar en el mismo barco que yo tiene que darse cuenta de que será necesario romper una serie de reglas. La situación es tan excepcional que no podemos permitirnos el lujo de que nuestros enemigos puedan hacer lo que quieran, y nosotros no. El espionaje no conocerá límites constitucionales. De todas maneras me es bien conocido que esa regla la rompió hace ya por lo menos diez años.

El Director General seguía en silencio, su rostro no permitía adivinar nada. El Emperador, frente a él, no le había quitado un ojo mientras hablaba para tratar de captar un gesto que le permitiera atisbar qué pasaba por su mente. Sin embargo, ahora consideraba que era mejor apartar la mirada de él, para no obligarle a que dijera algo precipitadamente. El Emperador se dio cuenta de

que había que quitar tensión del ambiente. Así que se levantó y se dirigió a la gran vitrina de cristal.

-¿Ha visto alguna vez como se come una Cobra Real de la India a un ratón? -preguntó el Emperador dando la espalda al Director mientras éste se levantaba de la silla.

-Pues no.

El Emperador tocó un botón y un ratoncillo cayó de lo alto de una caja plateada al interior de la urna de cristal. El inocente ratón blanco comenzó a correr por el suelo de arena. Las hambrientas cobras no tardaron ni tres segundos en percatarse de su presencia. En unos instantes estaban todas luchando por la succulenta cena. La lucha de las cobras era un verdadero espectáculo que observaba sin pestañear el Director. El Emperador permanecía con un semblante frío, aquella escena la había contemplado muchas veces ya. Además, lo que las pupilas del Emperador observaban de verdad a través de sus párpados semicerrados, era el leve reflejo del rostro del Director en la vitrina de cristal. El rostro glacial del Emperador sopesaba cada gesto de su interlocutor. Cada gesto era una revelación involuntaria de su estado de ánimo. En realidad, llevaba observando y considerando la psicología del Director desde hacía años.

-Acompáñeme, por favor -le pidió el Emperador mientras se dirigía a la puerta del despacho-, le voy a mostrar una parte del Palacio Imperial.

Tras atravesar dos puertas, el silencioso Director y su anfitrión se encontraban en las galerías y dependencias privadas del Palacio.

-Mire ésta es la sala de estar, aquí es donde hago la vida.

-¡Qué maravilla!

El Director, embelesado, se quedó parado ante el cuadro de Van Eyck, *el Matrimonio Arnolfini*.

-Siempre he tenido gran inclinación por la pintura primitiva flamenca -comentó el Emperador-. Fíjese en esa minuciosidad, en esa delicadeza, toda presidida por un penetrante espíritu de observación.

Después el Director reparó en una bella estatua que representaba a Perseo levantando la cabeza de Medusa.

-¿Y esa bella estatua de allí?

-Benvenuto Cellini el Renacimiento es otra de mis aficiones, estaba en la logia de los Lanzi de Florencia. Allí estuvo hasta finales del siglo XXI.

El Director fijó su atención en la estatua florentina, haciendo a continuación apreciaciones auténticamente expertas.

-Compruebo que es usted un amante del arte -comentó el Emperador-, un amante con ojo perito. Venga -dijo dirigiéndose a la salida de la sala.

Una vez fuera le fue mostrando en los largos pasillos de palacio estatuas de Miguel Angel, Juan de Bolonia, pinturas de El Bosco, Leonardo da Vinci.

-Aquí tiene la serie de pinturas de Vermeer de *Mujer junto a una ventana*, sólo me falta una -comentó con pena el Emperador. Avanzaron unos cuantos metros-. Este de aquí es uno de mis favoritos: Norman Rockwell, su *Autorretrato* -el anfitrión le estuvo explicando el lienzo durante un par de minutos. El Emperador no era un mero perito del arte, lo vivía, con pasión-. Ahora le voy a mostrar el lugar más bello de palacio, el Laberinto Azul -dijo entrando por un gran arco-. Mi difunto tío abuelo, el emperador Dischau-Vandermer, le gustaba mucho nadar en sus últimos años, y mandó construir este laberinto. Ocupa un kilómetro cuadrado de extensión y se puede recorrer todo él nadando.

El Director contempló, paseando por la orilla, como la piscina alargada iba y venía a través de un complejo laberinto de orillas de piedra. El agua tranquilísima reposaba trasparente sin sobresaltos bajo una altísima única bóveda decorada con mosaicos.

-Una pregunta quiero hacerle -preguntó inesperadamente el Director General-. ¿Por qué me eligió a mí?

-¿Cómo dice?

-¿Por qué se fijó en mí para ofrecerme la vicepresidencia?

-Ah... -exclamó con una sonrisa de comprensión, y aguardó un instante mientras pensaba la respuesta-. Soy un hombre práctico. Una persona de su peso no iba a permanecer imparcial ante un combate como el que se va a librar en la próxima campaña electoral. Usted lleva doce años en el cargo. Ningún presidente se

ha atrevido a removerle de su puesto por temor a toda la información, poder e influencia que usted ha acumulado en tanto tiempo. Todos dicen que es usted el Hoover de esta generación. Así que ya que usted no iba a ser una pieza neutral en esta partida de ajedrez, mejor era que cabalgásemos en el mismo caballo. Hasta ahora usted ha sido un poder en la sombra, un poder que ha ido más allá de sus atribuciones constitucionales. Unas veces porque se lo han pedido los presidentes, otras veces contra ellos...

-Dígame de verdad hasta donde quiere llegar -preguntó con cierto énfasis el hasta entonces pensativo y meditabundo Director. Los ojos del Director de la CIA en ese momento ya no eran ojos, eran dagas que se clavaban escrutadoras en el rostro de su interlocutor. El Emperador dijo con toda tranquilidad:

-La acumulación de poder en manos de unos pocos grupos corruptos es tan grande que la Nación en la que nací, nuestro país, Estados Unidos, se dirige inequívocamente hacia el caos. Los tiempos ahora no están totalmente maduros, pero dentro de 30 o 50 años la violencia de los desórdenes va a ser tal, que será el mismo pueblo el que querrá que se salve la democracia aunque sea con medios no muy ortodoxos. Y en aquel entonces surgirá algún Julio Cesar. Si lo hacemos ahora, podemos ahorrar a la nación años de sufrimiento.

Hablando claramente, lo que le pido es suspender la democracia cuatro años. Suspender la democracia para salvar la democracia. ¿Me ayudará a cruzar el Rubicón?

El Director General de la CIA le miraba fijamente sin pestañear. Nada se podía adivinar del inexpresivo rostro de Hubert.

-Necesito ese tiempo que me ha dado para pensar.

-Tómese el tiempo que necesite. Pero recuerde que dentro de una semana mi nombre será el elegido como candidato a la presidencia por el Partido del Orden. En ese instante apareceré arrolladoramente en la vida política de Estados Unidos. No dejaré de ser el Cónsul Máximo de la República Europea, ninguna ley pensó en establecer un tipo de incompatibilidad parecida. Dentro de una semana, ya lo sabe desde ahora, voy a trasladarme a mi residencia en Virginia. En

el momento en que mi nombre sea el designado por el nuevo partido va a ser una bomba mediática. No se va a hablar de otra cosa. Así que el Presidente de Estados Unidos ese mismo día le va a llamar a su despacho y le pedirá que elabore el más completo informe sobre el Partido del Orden y lo que pueda haber detrás. A partir de ese momento usted no podrá ser neutral.

El Director seguía silencioso, inexpresivo, sin dejar traslucir sus emociones.

-No se preocupe, cuanto antes le voy a dar una respuesta. Como usted ha dicho, yo no puedo ser neutral ante una cuestión de Estado como esta.

-Es evidente. A partir de ahora seremos colaboradores o enemigos. Colaboradores íntimos o enemigos acérrimos. Tómese su tiempo. La respuesta requiere ser ponderada con tiempo y tranquilidad. Pero recuerde, no lo olvide, que aunque mis lazos familiares me hayan colocado en la máxima magistratura de esta república, yo amo a mi país. Soy ciudadano de los Estados Unidos, me siento orgulloso de ello y me creo en el deber de hacer algo por mi país, de poner orden por fin. Hago todo esto por patriotismo. Puede parecer difícil de creer pero es así. Europa no ganará nada de que Estados Unidos se hunda en el caos.

-El problema... -musitó entre dientes dubitativo- es que, dado lo que sé ahora, si decido no apoyarle me convertiría en su enemigo. Usted mismo me ha contado el secreto máximo de sus intenciones, un secreto por el que mi Central de Inteligencia hubiera dado cualquier cosa por conseguir.

-La vida a veces tiene sus ironías -dijo sonriente el Emperador-. El mayor secreto de Estado contado por el dirigente de una superpotencia al Jefe de Inteligencia de la otra superpotencia. Qué complicado es a veces el ajedrez de la vida. De todas maneras, usted lo ha dicho: o se convierte en mi mano derecha o se convierte en mi máximo enemigo.

Muy bien, le tengo que dejar -se despidió el Emperador-. Su estancia en la Urbe durará todavía hasta mañana por la tarde, espero que la disfrute. Recuerde que cualquier comunicación que me tenga que hacer, ha de hacerla a través de Mc Closkey. Oralmente, no le dé nada por escrito.

No le importe hacerle coger el avión las veces que haga falta, es su trabajo.

¡Ah, se me olvidaba! -exclamó el Emperador volviéndose, pues ya se iba hacia su despacho-. Si decide que navegemos en el mismo barco deberá enviar antes de un mes a sus hijos a estudiar internos en un colegio del Imperio, escogeremos el mejor de la Capital. ¿O tal vez prefiere un colegio de Suiza? Muchos magnates y congresistas de los Estados Unidos lo hacen, a nadie le llamará la atención.

El Director General observó ensimismado al Emperador alejarse por el pasillo. Sabía qué significaba en su caso enviar a sus hijos a la Urbe. Muchos millonarios lo hacían por la fama de sus prestigiosos colegios. Pero para él significaba que si decidía en algún momento traicionar al Emperador sus hijos serían asesinados, oficialmente tendrían algún accidente, ya lo organizarían bien los servicios de inteligencia de la República Europea.

Por un lado, si decidía servir al actual Presidente de Estados Unidos eso significaba que sus días estaban contados. Si quería salvar la vida tendría que huir con nombre falso a algún lugar desconocido. Dejar la ciudad que amaba, sus amistades, sus familiares... para siempre, hasta el final de sus días. Los servicios secretos de la República Europea serían implacables. El, especialmente él, lo sabía bien.

Por otro lado estaba totalmente de acuerdo con lo que había dicho el Emperador. La situación se estaba haciendo insostenible. ¿Por qué no darle ese poder supremo durante cuatro años para que pusiera orden? Abraham Lincoln lo tuvo durante la Guerra de Secesión.

El Director General en los siguientes días pasaría un auténtico calvario tratando de tomar la decisión adecuada. ¿Quién sería el caballo ganador? Si el Emperador perdía las elecciones nadie se tenía que enterar de los servicios prestados. Si se negaba a prestar esos servicios su vida personal y la de su mujer quedaría totalmente truncada. Habría que cambiar de amistades, de costumbres en un nuevo lugar, habría que cambiar todo para huir de unos servicios de inteligencia europeos que desde ese momento le perseguirían. No le apetecía cambiar de residencia con su familia, ni vivir bajo otro nombre. El estaba a esa

altura de la vida en la que los hombres quieren ya disfrutar de los frutos maduros de una existencia tranquila y placentera. Y ahora de pronto se veía inmerso en un juego de ajedrez en el que no se podía salir del tablero.

Al cabo de tres días tomó su decisión inamovible y así se lo hizo saber al emperador: apoyaría decididamente al candidato Fromheim Schwart (ese era el nombre del Emperador que aparecía en su pasaporte estadounidense). El Director General iba a ayudarlo con todos los medios a alcanzar la presidencia, pero con el secreto propósito de acabar con la vida de Fromheim poco después de que le nombrara vicepresidente. El, el mismo, Hubert Pasley, sería el presidente y podría aplicar la terapia adecuada a los males de la nación, con medios enérgicos, pero sin negar ninguna garantía constitucional.

Lo que de ningún modo podía sospechar el Director General de la CIA es que Fromheim le había prometido un cargo al que de ningún modo le iba a promover. Hubert Pasley sería encarcelado nada más llegar al poder Fromheim. Sin embargo, eso estaba todavía oculto en los recónditos recodos de la mente del próximo candidato a la presidencia de la Nación. De momento, a partir de la decisión de Hubert, todos los medios de la CIA, sin saberlo la misma organización, quedaban al servicio de un candidato.

# CAPITULO

## III



**E**l Partido del Orden había propuesto a Fromheim como candidato presidencial por ese partido. Fromheim hizo un perfecto teatro haciéndose de rogar. Primero dijo que no podía, después dijo que sería mal interpretada su máxima magistratura en el Imperio. Aquello fue el culebrón del verano. Mientras tanto los poderosos grupos periodísticos y de comunicación que él poseía en Estados Unidos no hacían más que elogiar su figura como la del hombre providencial para la situación que vivía la nación. La gota de agua que colmó el vaso fue cuando el mismo Presidente de Estados Unidos se manifestó públicamente a favor de él, afirmando por sorpresa en una entrevista que él sería el mejor candidato, el más indicado, para sucederle. La Nación nunca se enteraría de todos los hilos que tuvo que mover el Director de la CIA para que el Presidente llegara a hacer tales declaraciones. Finalmente, Fromheim apareció en televisión en directo ante un País en vilo, se había anunciado que esa noche comunicaría por fin su decisión. La expectación creada, de costa a costa, era algo inusitado. Con voz firme, dijo que aceptaba la candidatura. Y después de aquella lacónica frase, echó un discurso. Discurso que fue calificado como el mejor discurso de todos los tiempos, el archidiscurso. A partir de entonces, dedicó todo su tiempo a promocionar su candidatura.

-Dígame, Sr. Fromheim, ¿cómo se compaginaría ser presidente de los Estados Unidos y ser Cónsul Supremo de la República Europea? -le preguntó mordazmente la entrevistadora a la mitad de su programa de televisión. Un programa más de televisión de los innumerables en los que estaba apareciendo desde hacía varios días.

-Mire usted -respondió con plena tranquilidad-, yo soy americano, tan americano como lo pueda ser usted, tan patriota de este gran país como el mejor de los patriotas. He nacido

aquí, he vivido aquí buena parte de mi vida. Y si he decidido intervenir ha sido porque quiero hacer algo por mi nación. Defenderé esta tierra por encima de todo. Ya ha habido en la historia reciente muchos otros casos de políticos que han ocupado la presidencia de naciones extranjeras. Yo por mi parte dejaré el gobierno de la República Europea en manos de tres personas de mi máxima confianza. Y me dedicaré plenamente a restablecer el honor de este país. Y cuando acabe mis cuatro años de mandato aquí, si el pueblo me da su confianza, me retiraré a Roma con la tranquilidad de haber hecho algo que ponga mi nombre en la historia. Pero escúcheme bien... ¡jamás!, ¡jamás perjudicaré los intereses de esta nación por beneficiar los de Europa!

-Se dice -prosiguió inquisitiva la entrevistadora- que se ha descubierto que su presentación a la campaña es un plan urdido desde hace muchos años y con... oscuros subterráneos. Varios intelectuales franceses han llegado a firmar una carta abierta afirmando que mismo Partido del Orden no es más que un montaje organizado desde la capital de Europa. Es más, algún medio de comunicación ha afirmado que existen pruebas contables de que la financiación de ese partido se ha hecho a través de fundaciones que obtienen sus fondos de la República Europea.

-También se dice -respondió al segundo- que cada noche pongo un huevo en la cama.

El público del plató rió con ganas la broma. Hasta la presentadora tuvo que contener la risa. Cuando la hilaridad se serenó, Fromheim respondió en serio:

-Bueno, y qué otra cosa podían decir. Cuando un personaje está limpio de corrupción, hay que buscar por donde atacarle. Sobre el muy traído y llevado asunto de las cuentas, ya sabe que la CIA se ha encargado de investigarlo y el resultado ha sido que no se ha encontrado nada de lo que han dicho. El informe de la CIA fue hecho público hace una semana. A mí lo que me parece es que hay mucha gente en muchos despachos oficiales, que tiene mucho miedo de que yo llegue algún día a sentarme en el Despacho Oval y ponga orden. Y sobre esto sí que hay pruebas bien claras que ya están siendo estudiadas por los tribunales. Si aquí hay alguna intriga y alguna conjura, es la de los corruptos. Es la conjura de los



corruptos. La de aquellos que pululan entre los funcionarios, congresistas, senadores y que se han coaligado para evitar a toda costa y por cualquier medio, lícito o no, que yo llegue algún día a la Casa Blanca. Tres congresistas tienen ya iniciado un proceso para retirarles su aforamiento. Las pruebas que presentó la CIA son contundentes. Se habían entrevistado con mafiosos extranjeros para involucrarme en escándalos financieros.

De pronto, la imagen de Fromheim dando la contundente respuesta se congeló. Esta grabación de la entrevista estaba siendo visionada en una pantalla del Ministerio de Defensa de Roma, Fromheim apagó la pantalla desde su sillón. Todo el Estado Mayor del Imperio volvió sus sillones y sus cabezas de la pantalla hacia el Emperador que presidía la mesa.

-Ahora quiero que vean otra grabación -dijo Fromheim-. Esta grabación ha sido custodiada en este Ministerio desde hace diez años. Y no exagero si les digo que ha sido custodiada en lo más profundo de nuestras cámaras acorazadas.

En la pantalla apareció el anciano emperador difunto, padre de Fromheim.

-Estado Mayor del Imperio -dijo el anciano emperador-, ha sido la máxima aspiración de nuestra dinastía, el que las tierras y gentes de los Estados Unidos fueran agregadas a nuestra república. Ese ha sido un largo sueño, una aspiración largamente acariciada. He preparado a mi hijo Fromheim para que en el futuro pueda presentarse como candidato a la presidencia de Estados Unidos. Esa es la razón por la que quise que naciera allí, esa misma fue la razón por la que estudió también allí. He concentrado mi fuerzas en dominar el mundo periodístico norteamericano para que algún día pueda presentarse con todas las ventajas.

Sé que pensareis algunos que conseguir la presidencia de ese país por parte de un europeo es algo casi imposible. Pero recordad que el concepto de nacionalidad ya está muy diluido. Estad tranquilos, tened siempre presente que una cuarta parte de los norteamericanos son europeos naturalizados. Ya ha habido varios gobernadores, varios congresistas, que han alcanzado sus puestos a pesar de sus orígenes. Tranquilos, disponemos de muchos ases en la manga. Este plan lo hemos

estudiado juntos desde hace años con todas las maniobras posibles, por supuesto han de ser ocultadas incluso al senado europeo. Que logremos mantener el secreto depende de que no sea conocido más que por el menor número de personas. El objetivo de esta grabación es que presten todo el apoyo posible a mi hijo, sin que ni planee en sus mentes ni una pequeña sombra de duda acerca de a quién sirve realmente. El futuro emperador de la República Europea lo será también de la República de los Estados Unidos de Norteamérica.

Así que obedézcanle sin fisuras, a pesar de lo que quizá tenga que decir en la campaña electoral. Las palabras se las lleva el viento. Me despido deseando que un nuevo orden mundial nazca de todos nuestros proyectos. ¡Hail! -se despidió levantando el brazo a la romana.

La grabación finalizó, los sorprendidos generales guardaron silencio para escuchar que más tenía que decirles Fromheim. A partir de aquel día ya no tendrían ninguna duda sobre las verdaderas intenciones del presente emperador.

# CAPITULO

## IV



*3 de septiembre  
a un mes del día de las elecciones  
año 2182*

**F**romheim Schwart entraba acompañado de su mujer Calpurnia en la lujosa suite de un hotel de Washington. Los dos volvían vestidos de gala de una recepción organizada por el Círculo Americano de Empresarios. Fromheim se desabrochaba su traje mientras su mujer se quitaba los pendientes en el lavabo. Ella pertenecía al tipo de *mujer presidenta* que algunos mandatarios tienen que aguantar. Durante todo el camino de vuelta al hotel, no había hecho más que decirle lo que tenía que haber hecho y dicho en la fiesta. La verdad era que constituían un matrimonio bastante fracasado. Y si no se habían lanzado los trastos a la cabeza, era por conveniencias de apariencias. La esposa entró en la habitación, mientras Fromheim se levantaba de la cama donde se había sentado, y le decía tono meloso:

-Tengo una sorpresa para ti.

Ella se volvió hacia él con mirada sorprendida. Fromheim de pie cogió una bolsa negra de viaje y metió la mano sujetando algo dentro.

-No sé si enseñártelo -dijo jugueteando, sonriendo, pero sin sacar la mano del interior de la bolsa.

-Venga no seas tonto -le reprendió Calpurnia siempre pronta a perder la paciencia.

-No sé, no sé -seguía jugando con la mano dentro de la bolsa.

-Mira si sigues haciendo el imbécil me marchó mañana a Europa y la campaña te la haces tú solo.

Fromheim sacó la mano de la bolsa y los incrédulos ojos de su esposa vieron que lo que sostenía era una pistola con la que su marido le estaba apuntando directamente al pecho.

-Querida -dijo fríamente Fromheim-, ¿sabes lo que aumentaría el afecto popular hacia mí si mañana los titulares de todos los noticieros anunciaran: *Ayer por la noche se produjo un atentado contra el candidato Fromheim. Dos gansters con pasamontañas trataron de darle un tiro en la suite de su hotel. Él salió ileso, pero su mujer fue asesinada*

Durante unos segundos Calpurnia le miró sin dar crédito a lo que oía, parecía una broma pesada. Pero unos instantes después de mirarse a los ojos en silencio, se dio cuenta de que él la seguía apuntando y de que la cosa iba en serio.

-Ooh -exclamó estupefacta Calpurnia. Era un quejido lleno de dolor por la traición de su esposo-, ¿serías capaz?

-Te aseguro que en la puerta, por fuera, están esperando ya dos agentes del servicio secreto para acabar de completar los destrozos en la habitación de la supuesta acción de la mafia. - Calpurnia empezó a llorar. Su marido trató de consolarla, con delectación ante el sufrimiento de aquella arpía que había sido su mujer durante catorce años-. Vamos, vamos, querida, nuestro matrimonio fue de conveniencia, nunca nos quisimos. En realidad menos que eso, me has dado bastante mala vida hasta el día de hoy. Con eso hubiera bastado para que yo te repudiara. Pero el hecho de que hace varios meses, cuando anuncié que me iba a presentar a candidato a la Presidencia, me amenazaras con desvelar trapos sucios si no condescendía con toda la lista de caprichos que me presentaste... -Fromheim se iba poniendo furioso paulatinamente a medida que hablaba-. Entonces, no sólo me decidí, sino que, incluso, resolví que cuando fuera a realizar la acción, la haría yo mismo, con mi propia mano. Y no sólo eso, hice el propósito de que cuando lo hiciera, además, te anunciaría yo mismo tu final.

-From -dijo su esposa arrodillándose delante entre lágrimas-, *From...* he sido muy mala, muy mala contigo. Pero ahora quiero cambiar. Dame tiempo y te demostraré lo buena esposa que quiero ser contigo.

Calpurnia era una serpiente, no tenía ninguna intención de cambiar, pero se daba cuenta que sólo tocándole el corazón cabía alguna posibilidad de salvarse. Parecía que el rostro de Fromheim se comenzaba a conmovier.

-Querida -exclamó suavemente el marido dándole una esperanza de vida.

En ese momento disparó con toda frialdad. Apenas hizo ruido el disparo, el largo tubo del silenciador funcionó perfectamente. Un golpe seco, y el cuerpo de la esposa cayó al suelo desplomado. Sobre el suelo geométrico decorado con intensos rombos blancos y negros, la bella emperatriz vestida de azul celeste se convulsionó leve y silenciosamente. El uxoricida se volvió tranquilamente hacia la puerta, de pronto recordó que en los atentados se dan varios disparos para tener más seguridad de haber cumplido la misión. Así que retrocedió y le dio tres disparos más sobre la espalda. El cuerpo se sacudió en el suelo a cada disparo. La mano, el brazo de su esposa aun se movió ligeramente.

Acabado el trabajo, salió de la habitación y tras atravesar dos salas más, pertenecientes a la *suite*, abrió la puerta. Los dos agentes entraron sin decir nada y se encargaron del resto.

El mundo todavía no lo sabía, pero en el mismo día, casi a esa hora, su mayor adversario en la campaña caería víctima de otro atentado. La prensa diría que se había intentado acabar con los dos mejores candidatos. Eliminado ese adversario, Fromheim sabía que todos los restantes eran personajes menores. Sabía también que *a río revuelto, ganancia de pescadores*. Cuanto mayor ambiente de inseguridad se creara, el Partido del Orden saldría beneficiado electoralmente. El partido de Fromheim había centrado su campaña en la necesidad de poner orden a todos los desmanes de la mafia y la corrupción. Así que todo esto le beneficiaba. De hecho, gran parte de los atentados e infinidad de las amenazas que estaban sufriendo las principales ciudades de Estados Unidos habían sido orquestadas por él mismo. Aunque sólo un par de acciones verdaderamente grandes habían sido ejecutadas directamente por agentes del servicio secreto europeo. Sus servicios secretos estaban suministrando información y material de última generación a grupos terroristas. Ellos eran los que se encargaban de aquel trabajo tan sucio. Cada grupo tenía sus motivaciones, sus particulares razones para la venganza y la lucha. Ellos eran la mano ejecutora de un caos que era su mejor campaña electoral.

La población entera se conmocionó al conocer el atentado contra la esposa. Fromheim ejecutó una perfecta obra de teatro con lágrimas, discursos encendidos supuestamente improvisados, y una actuación y unos gestos en el entierro de la emperatriz verdaderamente pensados para tocar la fibra sentimental de la gente que viera en directo en sus hogares aquella ceremonia. Entierro televisado que fue todo un espectáculo destinado a conmover todos los corazones. El resultado de todo eso fue un gran ascenso de Fromheim en la intención de voto. Sin embargo, no estaba del todo satisfecho. A esas alturas de la campaña, volvía a descubrir una y otra vez que la política es una cuestión en la que la suerte influye decisivamente. Había cuidado todos los detalles, sus planes se iban cumpliendo perfectamente, había tocado todos los resortes posibles y, sin embargo, a pocas semanas de las elecciones la diferencia de votos con uno de sus contrincantes seguía siendo muy ajustada. A esas alturas y a pesar de todas las ventajas con las que había contado se daba cuenta de que la suerte, en el último momento, podía decantar la victoria a favor del otro.

# CAPITULO

## V



*Un mes y medio después.  
Enfrente del Congreso de Estados Unidos.*

-Juro solemnemente -dijo el presidente del Tribunal Supremo.

-*Juro solemnemente* -repitió Fromheim con la mano derecha alzada.

-Proteger, defender y custodiar la Constitución de los Estados Unidos de América..

-*Proteger, defender y custodiar la Constitución de los Estados Unidos de América.*

-Así me ayude Dios.

-*Así me ayude Dios.*

El Presidente del Tribunal Supremo con su toga negra, con su sonrisa, con su pelo blanco, estrechó calurosamente la mano de Fromheim. Fromheim Schwartz quedaba investido el XCVIII Presidente de la República de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tras los discursos, un cuarto de hora después, resonaba en el aire, alegre y atronadora, la explosión de *Barras y Estrellas*, marcha tocada conjuntamente por las bandas de los tres ejércitos. Los guantes blancos de los marines subían y bajaban siguiendo el paso militar. Detrás de ellos, las flautas traveseras tocando marchas del tiempo colonial. Precediendo a todos, ondeaba la más antigua bandera que se conservaba en la Nación, seguida de otras cien banderas que, llevadas en formación compacta, conformaban un río rojiblanco colmado de estrellas de cinco puntas. En lo alto de la tribuna, la esbelta y hierática figura del presidente, con la mano en el pecho, con la mirada al frente. La Avenida de Pensilvania se hallaba en el climax del fervor patriótico.

Dos horas después la fiesta de investidura había acabado y el nuevo presidente se dirigía a la Casa Blanca, su nuevo hogar. Poco minutos después, se sentaba sólo y agotado en el cómodo sillón de un Despacho Oval sumido en medio de

la penumbra de una luz diurna que iba atenuándose por momentos.

Fromheim respiraba por fin en paz. La última semana había sido de órdago. A punto había estado el Congreso de anular la campaña electoral y posponer las elecciones. En el último momento el anterior presidente se había vuelto contra Fromheim realizando las más terribles acusaciones. Hasta el final de la campaña, la indecisión del electorado fue espantosamente alta. Sí, la suerte había jugado un papel decisivo al final y cualquier resultado pudo ser posible.

Aquella misma tarde recibió en ese despacho a los agentes de los servicios de inteligencia del Imperio para comunicarles pequeños retoques en el calendario de acciones a realizar. Muchos proyectos se amontonaban en la mesa del nuevo presidente, pero el plan número uno era: desmontar la democracia en Estados Unidos.

En las semanas siguientes procedió a cambiar la cúpula de todas las administraciones públicas por hombres del Partido. El Presidente actuaba con toda cautela y prudencia, ante la opinión pública parecía tan solo un hombre ocupado al 100% en acabar con el poder oculto de la mafia en la administración gubernamental. Aquel cambio de guardia a nadie extrañó, había sido anunciado repetidas veces en campaña, había que acabar con el clientelismo de los políticos y de la *cosa nostra* en la burocracia.

Seis meses después, se celebraba una sesión conjunta del Congreso y el Senado. Todos los congresistas y senadores estaban ya en la gran sala bajo la bóveda central o andando por los pasillos del edificio del Congreso.

La aeronave presidencial, a treinta kilómetros de distancia, se encaminaba con retraso hacia el edificio del Capitolio. De pronto, en el radar del Aeropuerto Dulles aparecieron tres cazas pertenecientes al Ejército del Aire. Surcaron a baja altura Washington. A poca distancia de la fachada principal del Congreso, los tres cazas sin detenerse dispararon tres misiles. Un segundo después, el blanco edificio de mármol volaba por los aires acribillado por los misiles. El Capitolio desaparecía en medio de tres grandes esferas rojas

de fuego que se expandían, que arrasaban inmisericordes cuatrocientos años de historia.

Uno de los cazas se desvió y envió un cuarto misil contra el edificio de Tribunal Supremo que se encontraba detrás del Congreso. El edificio del Tribunal Supremo también saltó por los aires en medio de una devastadora onda expansiva de fuego. Nada más lanzar el cuarto misil, los tres cazas, a la máxima velocidad, cuatro veces la velocidad del sonido, se dispersaban cada uno en una dirección. Un minuto después, se estrellaban no sin que antes los pilotos se lanzaran en asientos eyectables.

Los turistas que recorrían el *Mall*, el gran corredor de césped delante del Congreso, no podían creer lo que veían sus ojos. Donde antes se erigía el Congreso, ahora se levantaba una gran columna de humo, en cuya base se medio adivinaban los restos de las ruinas de lo que hubo antes allí. Las calles cercanas al Congreso se llenaron de funcionarios que salían de los edificios más próximos. Algunos transeúntes corrían, otros se habían quedado paralizados y no se movían, sin dar crédito a lo que veían. La policía corría hacia el Capitolio en ruinas, no podía hacer nada. Algunos turistas caían al suelo de rodillas desconsolados, otros se abrazaban para consolarse. Miles y miles de personas salían de los edificios de la Avenida Pensilvania para acercarse al edificio derruido sin poder creer lo que veían.

Una hora después, la Nación veía como su Presidente les comunicaba en la televisión que todos los congresistas, senadores y miembros del Tribunal Supremo habían fallecido. Sólo habían quedado con vida seis de entre todos ellos, por estar enfermos en sus casas o fuera del Edificio.

El ataque había sido grabado en vídeo por varios turistas, imágenes que aparecieron en televisión una y otra vez. Y todo el mundo se preguntó por qué habían sido cazas de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos los que habían atacado. El Presidente explicó que aquel atentado había intentado acabar también con su vida y que sólo el retraso de la nave presidencial le había salvado. Anunció que inmediatamente se investigaría por qué no habían funcionado ni el sistema antimisiles, ni el sistema de exclusión aérea que

existía sobre toda la ciudad. *En este día tan luctuoso* –les dijo el Presidente-, *un día que no olvidará la historia, únicamente puedo asegurarles una cosa: ¡hoy los Estados Unidos se ponen en pie para asegurarse de que los que han organizado esta infamia se arrepientan de haber nacido!*

Al día siguiente, los veinte generales que integraban la cúpula del Estado Mayor eran sustituidos por miembros del Partido. La explicación que se dio para explicar el cambio al completo de la cúpula de Estado Mayor fue que el ataque había sido organizado por algunos de esos generales. Para que, eliminados todos los poderes políticos, el Ejército tomara las riendas de la situación. El Secretario de Defensa explicó que como no se sabía quiénes habían participado y quienes no, cautelarmente se tomaba la decisión de sustituirlos a todos durante un año. Era una medida cautelar y provisional. Se insistió en que los generales sustituidos serían reintegrados en el mismo puesto al expirar ese plazo de tiempo concedido a la investigación.

Como era lógico, el ataque había sido un éxito porque se realizó con la información accesible a los colaboradores del nuevo Secretario de Defensa. Además se hizo coincidir la sesión conjunta de congresistas y senadores justo en el día en que con total certeza se sabía que todos los miembros del Tribunal Supremo iban a estar reunidos. El retraso de la nave presidencial estaba perfectamente calculado. El Presidente sabía que en aquel edificio había varios congresistas del Partido del Orden, además de otros muchos cargos menores que trabajaban allí y que pertenecían asimismo al Partido, pero había que sacrificarlos. Y lo hizo sin contemplaciones.

La Nación estaba consternada. Pero para acabar de completar el cuadro de consternación, aquel mismo día agentes del FBI entraban en los despachos de dos generales del Estado Mayor y decían haber hallado documentos (perfectamente falsos) con todo lujo de detalles sobre el supuesto golpe de Estado que iba a ser perpetrado por parte de los generales del Estado Mayor.

Entre menos de veinte personas del Ministerio de Defensa y catorce del FBI habían orquestado un plan tan perfecto que los mismos

generales y la opinión pública no sabían qué pensar. Una inmensa sospecha se instaló en las mentes de la Nación. Pero los ciudadanos por sí solos no podían descubrir la verdad de una trama tan compleja, y los mecanismos del Estado encargados de investigar esa trama habían sido extirpados.

## CAPITULO

### VI



*Palacio Imperial de Roma  
2 meses después.*

**T**odos los generales del Estado Mayor de la República Europea con uniformes de gala escuchaban en una grandiosa sala las palabras de su emperador. En cuanto acabara, una gran fiesta tendría lugar en el ala norte del Palacio con el resto de los invitados que ya aguardaban allí. El emperador Fromheim estaba ahora en mitad de su discurso:

-Ya mi padre, el extinto emperador Kurheim, me dijo siendo yo un pequeño: *es una pena que a veces las más grandes victorias no puedan celebrarse con una marcha triunfal en las calles de la Urbe*. Sí, no entendí entonces aquellas palabras. Ahora las entiendo y les agradezco a todos ustedes su fidelidad en estos dos últimos años en que apenas he podido dirigir personalmente los asuntos del Imperio.

Estados Unidos, desde que me hice cargo de su máxima magistratura, por fin goza de un perfecto estado de paz ciudadana. Nunca ha habido tanta seguridad en sus calles, nunca se han cometido tan pocos delitos. La idea de que la justicia es rápida, eficaz y contundente se ha instalado hasta en la mente de los facinerosos.

Muchos allí dicen me ven como un dictador. Pero si en muchos no existe amor hacia mi persona, por lo menos, existe una cierta resignación al hecho de que de momento no se me puede apartar de mi puesto. Las élites pensantes se han dado cuenta por fin, de que sacarme supondría una guerra civil, en la que un bando tendría todo el apoyo de Europa. *Mejor una nación y un dictador, que sin dictador pero sin nación* es un dicho que corre de boca en boca entre los descontentos. Teóricamente, los Estados Unidos siguen siendo una democracia, sólo que el sistema electoral está en suspenso transitoriamente. Se seguirán celebrando comicios para elegir alcaldes, fiscales, sheriffs y

gobernadores. Tan solo las elecciones para el Senado y el Congreso y para la Presidencia quedan postpuestas.

Por supuesto la cúpula militar anterior no ha sido reintegrada a ninguna función activa. Por supuesto las elecciones presidenciales del pasado año han sido las últimas de la historia. Cuando se acerque la fecha que he garantizado como tope para que se celebren las primeras elecciones al Congreso, anunciaré que se posponen un tiempo hasta que pueda asegurar la seguridad de los candidatos.

Mucho me hubiera gustado que fuera una división de mi Guardia Pretoriana la que custodiase la Casa Blanca. Pero los tiempos todavía no están maduros para eso. He tomado el poder, pero hasta el momento en nada he ofendido el sentimiento de orgullo nacional, y así seguiré.

Cuando yo haya permanecido seis años en el poder, haré vicepresidente a mi hijo, ahora tal nombramiento resultaría muy duro de aceptar. Y a partir de ese momento, como norma general, mi idea es que cuando yo esté en tierra imperial el vicepresidente estará en la Casa Blanca. Y cuando yo pase una temporada en Estados Unidos, mi hijo volverá a la Urbe a ponerse al tanto de los asuntos imperiales.

¿Cuáles son mis planes para el futuro? Por un lado, que el Partido siga aumentando sus ramificaciones por todo el tejido social de la nación americana, para dominar todos los resortes que tengan alguna influencia. Por otro lado, ir implantando partidos del orden en todos los demás países del continente americano. No creo que volvamos a ganar las elecciones en ni un solo país más, en el extranjero las cosas se ven como realmente han sido. Pero todo el poder del Imperio y de los Estados Unidos volcados en un pequeño país puede ser suficiente para desestabilizarlo de tal modo que pequeñas élites favorables a nosotros logren, si no el poder, al menos una influencia notable.

El Emperador, que continuó hablando un rato más, se retiró al final de la tribuna en medio de los aplausos de todos los generales que se ponían en pie. Instantes después, todos salían de la sala para participar en el cóctel. Ni una palabra acerca de lo oído en la sala saldría de las bocas de aquellos cincuenta generales.

## CAPITULO

### VII



El senador Ford era ya un venerable anciano con 86 años. Vestido con su bata estaba sentado junto al fuego en una de sus casas de campo. Por el gran ventanal se veía que fuera estaba lloviendo intensamente. Su nieto de dieciséis años, se sentó junto a él encima de la alfombra.

-Abuelo, ¿sigues siendo senador?

Su abuelo le miró sorprendido. Era la típica pregunta que no venía a cuento y que cualquier nieto te puede hacer después de haber escuchado un retazo de conversación entre adultos.

-Pues... teóricamente... como no se han vuelto a celebrar elecciones, cabría pensar que sí. Hasta que no se vuelvan a celebrar y alguien no me quite el escaño, soy el último senador de los Estados Unidos -acabó su afirmación asintiendo a sus propias palabras con orgullo. ¡El ultimo senador!

-¿Por qué eres el último?

-Pues porque el día de la Gran Conmoción -así se conocía al atentado contra el Congreso- yo estaba en cama con 39° de fiebre.

Nunca una gripe había sido más beneficiosa para la salud.

-¿Y ya no hay más senadores?

-No, todos, los pocos que quedaban, han ido muriendo de viejos. El edificio del Congreso no se reconstruyó. Ahora es un bello jardín de césped con grandes ruinas de mármol.

-¿Pero por qué no se reconstruyó?

-Si se hubiera reconstruido el edificio, alguien le hubiera preguntado al que manda que cuándo lo llenaba.

A base de responder preguntas a su nieto, el abuelo tuvo que hacer repaso de los últimos veinte años. El primero de los Presidentes con Poderes Especiales fue Fromheim. Gobernó unos 30 años el Imperio y 9 nuestra nación. Después contrajo un cáncer incurable. Desde que tuvo

conocimiento del cáncer, preparó el traspaso de poderes a su hijo, que era el vicepresidente. Cuando murió el padre, el hijo fue el segundo Presidente con Poderes Especiales. Fue un traspaso de poderes tal como manda la Constitución. Si muere el Presidente, el Vicepresidente toma las funciones del primero. Así se puede continuar indefinidamente. Lo único anticonstitucional era la dilación de las elecciones.

Su hijo Hirsén gobernó el Imperio y nuestro país durante 5 años. Después un norteamericano amante de la democracia le pegó un tiro un día que amable estaba saludando a la multitud y estrechando manos. Aquel exaltado creyó que el regicidio era la terapia de choque para que el sol de la democracia volviera a brillar en todos los horizontes. Yo le hubiera aconsejado que leyera *Claudio, el dios* de Robert Graves. Lo único que logró fue que el vicepresidente tomara el mando. El asesinato incluso aumentó la popularidad de la nueva institución presidencial. A la imagen de una institución tan opresiva lo único que le faltaba era una cierta dosis de victimismo.

-Y al asesino... ¿le torturaron? ¿Le hicieron morir de mala muerte? -preguntó con un cierto tonillo sádico el nieto.

-¡¡Por favor!!, estamos en una nación civilizada. Por supuesto que no. Le juzgaron y no sé como se las arreglaron, pero le hicieron confesar que había toda una conspiración detrás de su acción. La vieja patraña de las fuerzas oscuras por la que los presidentes con poderes especiales estaban ahí para protegernos. Murió ejecutado con una inyección letal. Y no consiguió otra cosa más que aumentar las normas de protección alrededor de los presidentes. Es lo que suele pasar cuando el *pato Donald* se mete a Bruto.

El hijo del emperador Hirsén sólo tenía 8 años. El nuevo presidente USA era un miembro de la familia imperial, pero él no era el emperador. El Senado del Imperio y el Ejército decidieron que el nuevo emperador sería Holbein y no el que ahora detentaba el cargo de presidente. Así que Holbein oficialmente tomó el cargo de vicepresidente de Estados Unidos y extraoficialmente el mando del presidente. Dicho sea de paso, aquel presidente títere, que duró tan

poco, era el hombre más ratonil e indeciso del mundo. Tres meses después dimitió y el emperador Holbein pasó a tener no sólo el poder efectivo sino también el cargo de presidente.

-Abuelo, ¿y por qué no te rebelaste contra Fromheim y luchaste por la libertad?

Su abuelo le miró con fingida sorpresa y después con falsa indignación.

-Jovencito, cuando uno es joven cree que todo se reduce a gritar ¡Libertad!, ¡Libertad!, y que todos los muros caerán y las puertas se abrirán.

En cuanto me repuse de mi gripe no tuve otra idea en mi cabeza que restaurar la democracia. Pero además de jugarme el pellejo, quería jugármelo con inteligencia. Así que decidí esperar. Esperar y estudiar la situación y aguardar el momento más propicio. Pero cuando empezó a pasar el tiempo y vi que la gente no hacía nada. Porque la gente no estaba contenta, pero no hacía nada. Cuando vi que Fromheim salía a la calle y siempre había quienes le vitoreaban. Cuando vi que los sondeos de opinión no le eran totalmente desfavorables. Entonces me pregunté si además de perder el cuello, había alguna posibilidad de conseguir algo.

Así que me retiré bien lejos. Y para que nadie en la Casa Blanca sospechara, me compré una casa de campo en los Pirineos, ni más ni menos que en una provincia imperial, en España. Y desaparecí de la escena durante unos cuantos años. Después cuando volví a mi patria me cuidé muy mucho de hacer otra cosa que cuidar de mis negocios. ¿Comprendido, mozalbete? A ver si heredas algo de mi sentido común.

Durante unos momentos, las palabras del antiguo escritor inglés resonaron en la canosa cabeza del senador:

*Ya sabes qué sucede cuando uno habla de libertad. Todo parece hermosamente sencillo.*

*Uno espera que todas las puertas se abran y todas las murallas se derrumben.*

Su nieto lleno del ardor de la juventud le miraba con escepticismo, sus últimas palabras parecían a sus ojos una claudicación. Su abuelo percibió qué había detrás de aquella mirada.

-Hijito, sé que no soy un héroe. Si hubiera sido un héroe no tendrías a tu abuelo aquí sentado para contarte esta historia. El tiempo estaba



maduro para una dictadura. Un hombre no puede cambiar un Pueblo. La maquinaria de la democracia no funcionaba, yo sólo no podía cambiar toda la maquinaria. Yo no podía cambiar la marea de la historia. Hubiera dado mi vida por la libertad, pero no la daría sólo porque dijeran que lo había intentado. Aquello no tenía posibilidades.

-*"Así siempre con los tiranos"*, reza el lema del escudo de Virginia, replicó orgulloso y testarudo el nieto. El escudo del estado de Virginia muestra a un tiranicida después de haber perpetrado su acción.

El abuelo miró a su nieto. Esos aires libertarios ¿procederían de algún gen de la rama materna o de la paterna?

-Los jóvenes como tú -le advirtió el abuelo- acaban formando parte de las cúpulas gobernantes cuando un antiguo régimen está en declive. Pero acaban arruinando sus vidas cuando un imperio está emergiendo. Me temo que has nacido en la época de un imperio emergente, y tu caso será el segundo.

Te lo pido por favor, que no te ronde la cabeza el entrar en algún grupo político clandestino. Dentro de cincuenta o cien años el edificio estará lleno de grietas, entonces te aconsejaría que entrases en la disidencia, habrías sido quizá parte de la nueva generación en el poder. Pero ahora el Imperio se consolida. Te lo asegura un viejo zorro de la política.

-Puedes estar tranquilo, no pertenezco a ninguna, ni he asistido a ninguna reunión mitinera.

-Muy bien. Recuerda, siempre hay tiempo para la revolución. Tú hazte un sitio en la vida. Por ahora la institución de la Presidencia con Poderes Especiales se ha consolidado. Fromheim fue un genio. ¡Qué bien hablaba! Fue un Julio Cesar... y un Maquiavelo.

-Y un Hitler.

-Sí, fue Julio Cesar, Maquiavelo y Hitler a la vez. El creó el estado más grande que ha conocido la humanidad. Logró hacer posible lo que a todos pareció imposible: la unión de los Estados Unidos con la República Europea... sí, él creó la Bestia. Un Estado que posee el 68% del producto nacional bruto de todo el planeta, un Estado que tiene en sus fronteras el 53% de la

población mundial. Nunca ha habido tanta concentración de poder.

-Abuelo, no pertenezco a ninguna asociación política pero créeme el futuro será democrático.

El abuelo se ciñó mejor el cinturón de lana de la bata. Después, mientras se seguía arreglando la bata, dijo:

-Una vez un profesor mío, en la universidad, en medio de la clase comentó: "*qué misterioso me ha parecido siempre el hecho de que un hombre pueda mandar a otro hombre*". Hasta entonces nunca me había planteado ningún interrogante acerca de eso. Pero después, a solas, me detuve a pensarlo y me di cuenta de lo sorprendente que es el que un hombre tenga dominio sobre otro. El que un hombre tenga dominio sobre la voluntad de otro hombre libre. Un ser humano sobre otro ser humano –fuera el aguacero crecía en intensidad, las nubes estaban terriblemente oscuras-. Sí, el futuro será democrático –y se quedó mirando a los troncos ardiendo en la chimenea-. ¿Qué te parece una partida de ajedrez?

-Prefiero una partida de marcianitos en el ordenador, ¿hace?

-Venga –el chico fue a por la consola de juegos. El abuelo le gritó-: Dile a tu madre que nos traiga unos *crepes* con chocolate de los que sobraron ayer.

Abuelo y nieto se acomodaron ante la amplia pantalla de televisión. Había que reconocer que el juego del ajedrez era demasiado tradicional (casi hasta monárquico) para el nieto. Su sangre joven necesitaba matar marcianitos. Después de la conversación con su abuelo, necesitaba aniquilar algo. Un par de nietos, que casi no sabían andar, se acercaron al abuelo y se aferraron al borde de su bata. Las alegres voces de la escena familiar se alejaron por el pasillo.

Una partida en la pantalla, mientras otra partida mucho más importante tenía lugar en el Palacio Imperial.

El emperador Holbein yacía agonizante en su lecho. Un apenas audible estertor surgía cada vez más espaciado de su pecho. La cama regia

ocupaba el centro de la gran alcoba. Alrededor de la cama en pié los principales generales en uniforme militar. Un silencio atento dominaba el ambiente.

Diez minutos después, el Emperador daba el último suspiro cavernoso. El médico palatino se acercó calmadamente y le tomó el pulso. Una mirada fija al Jefe del Estado Mayor. El general no necesitó ninguna palabra. Holbein Schwart Germanico Druso había fallecido. El General recorrió con su mirada a todos sus colegas y sin decir una palabra se dirigieron a la sala contigua. En la sala contigua estaba un muy ocupado vicepresidente de Estados Unidos. El vicepresidente, un hombre delgado de unos cuarenta años, era el hijo del fallecido y estaba disponiendo todos los asuntos de Estado y relativos al entierro de su padre.

Sin decir una palabra, tres generales de los que acababan de salir de la habitación del moribundo se pusieron delante y vaciaron los cargadores de sus pistolas sobre él. El vicepresidente cayó de bruces sobre los papeles de la mesa. Su pecho ensangrentó todos aquellos impresos de órdenes presidenciales. Sobre los membretes oficiales la sangre lo salpicó todo. Nadie lo sabía en Palacio pero los generales habían decidido que el nuevo emperador sería el yerno del emperador Holbein, Viniciano, ministro de defensa y senador del Imperio. El nuevo emperador no pertenecía a la dinastía de los últimos tres emperadores, sino a la dinastía Staufen. Los periodistas pronto averiguaron que era un hombre poderosísimo en influencias y dinero, pero también era uno de los hombres más misteriosos del entorno del fallecido emperador. Todos lo aceptaron con sorpresa pero sin discusiones. El nuevo dirigente se dedicó durante el medio año siguiente a reforzar su posición y a trabajar en silencio casi sin perder tiempo en intervenciones públicas.

## CAPITULO

### VIII



*27 de noviembre del 2207*

*6 p.m.*

*Arzobispado de Berlín*

**E**l vetusto edificio del arzobispado se levantaba en medio de una calle céntrica de la ciudad. En la tranquila calle, justo delante de la fachada principal, se posaron un grupo de aeronaves de la policía. De las aeronaves comenzaron a salir medio centenar de agentes. Todos iban fuertemente armados y enfundados en sus chalecos antibalas a modo de negras armaduras. Sin prisas, unos entraron por la puerta principal, mientras el resto rodeaba el edificio.

En el vestíbulo, tras el mostrador, el portero se levantó sobresaltado al ver entrar a cinco miembros de la seguridad imperial seguidos de docenas de agentes.

-¿Qué... qué pasa? -preguntó el portero.

-Haga venir al canciller del obispado - ordenó seco el inspector al mando.

Nervioso tecleó en el teléfono el número del despacho del canciller.

-Padre Wilhelm... no se lo que pasa pero el vestíbulo está lleno de policías, y el que está al mando ha pedido que baje un momento.

Al poco, un sacerdote con sotana bajó por las escaleras que daban al vestíbulo.

-¿El canciller? -preguntó el inspector.

-Sí, ¿qué sucede?

-Tengo orden -dijo extendiendo un papel sellado- de que me conduzca hasta los archivos donde guarden los libros de bautismo.

Instantes después, el canciller, acompañado de otros dos sacerdotes y seguido del inspector y la policía, entraba en los archivos.

-¿Estos son los libros de bautismo? - preguntó el inspector señalando los anaqueles.

-Sí, ¿qué es lo que vienen buscando?

-¿No tienen estos libros introducidos en alguna base informática? -preguntó el inspector sin molestarse en contestar la pregunta formulada.

-Sí, allí... esa caja metálica contiene todos los discos.

-¿Todo está allí?¿No hay más?

-Pues no -contestó tras mirar interrogadoramente al otro sacerdote que asintió.

-Muy bien -comentó el inspector-. A ver -dijo dirigiéndose a los agentes que le acompañaban-, poned veinte guardias que vigilen estas salas y los pasillos de alrededor. Desalojad a la gente que trabaja aquí, y que el resto de los guardias comience a sacar los libros y los discos informáticos.

-Perdone -se acercó atónito el canciller-, quizá no he entendido bien... ¿se llevan los libros?

-Sí, nos lo llevamos todo -respondió frío y seco el inspector, mientras otro agente le alcanzaba al inspector otro papel sellado que le mostró al momento al canciller-. Tengo una orden del Ministerio del Interior de trasladar todo esto a la Urbe inmediatamente, en cuanto hagamos un inventario.

El canciller leía la orden sin poder dar crédito a sus ojos, miró desazonado a los otros sacerdotes que habían venido de sus despachos y ya se agolpaban junto él en la puerta. Mientras tanto, los policías procedían a embalar en cajas los libros en cuanto otro agente acababa de anotar el número de tomo y los años impresos en los lomos.

Fuera del edificio, una aeronave era cargada con los cajones mientras un cordón policial cuidaba que no se perdiera nada en el camino. Agentes apostados en las puertas cuidaban de que absolutamente nadie pudiera entrar en los archivos.

El canciller sin decir nada se dio media vuelta, musitó algo hacia los otros clérigos que estaban detrás de él, y corrió seguido por otros tres sacerdotes a través de un pasillo hacia su despacho. Sin ni siquiera sentarse en su mesa, tecleó un número en el teléfono. En la pantalla apareció el secretario del arzobispo.

-Rápido -exclamó el canciller-, póngame con el arzobispo.

-El arzobispo está ahora ocupad...

-¡¡Que se ponga ahora mismo!! -le interrumpió casi gritando el canciller.

Unos segundos después aparecía el arzobispo en la pantalla con su sotana negra de bordes morados.

-¡Señor Arzobispo -dijo agitado el canciller-, no lo va a creer... pero el edificio del obispado está literalmente tomado por la policía y se están llevando todos los archivos referentes al sacramento del bautismo.

El arzobispo se pasó la mano por la cabeza, agobiado. Volvió la cabeza hacia el vicario general que estaba a su derecha, y le interrogó con la mirada. Finalmente y con lentitud, dijo:

-Acabo de recibir una llamada de Frankfurt y otra de Colonia, de hecho, todavía los tengo en línea. Me han comunicado que está sucediendo exactamente lo mismo en los obispados de esas diócesis. Es... perdone, me comunica mi secretario que tengo una llamada. Aguarde sin interrumpir la conexión mientras la atiendo en la otra pantalla.

En la otra pantalla apareció el cardenal de Los Angeles.

-Mark -dijo agitado el cardenal norteamericano-, efectivamente también ha sucedido aquí. Después de tu llamada, nos llamó el cardenal de Ginebra para advertirnos que también desde Francia y España le acaban de comunicar que la policía se estaba llevando los archivos. En todas partes, lo han hecho simultáneamente. Han debido planear que si empezaban a las 6 de la tarde, hora central europea, serían las 12 del mediodía en Nueva York, y que teniendo en cuenta los cuatro usos horarios de la Nación coincidiría con la apertura de puertas del obispado de Los Angeles.

-¿Tiene idea de para qué están haciendo eso?

-Ni idea, no sé que quieran buscar en los libros.

En unos lugares era el amanecer, en otros la noche invernal se había echado encima, pero en todos los territorios del Imperio y de Estados Unidos a la misma hora, hora mundial internacional, la policía estaba apoderándose de los archivos eclesiásticos referentes al sacramento del bautismo. Y lo estaba haciendo con unas

medidas de seguridad tan excesivas que nadie lo entendía.

## CAPITULO

### IX



Los escaños del hemiciclo del Senado Imperial estaban repletos hasta el último escaño. Sobre los sitiales tallados había senadores de la República con sus togas blancas, generales del Imperio con sus uniformes de gala y, en un sector de la derecha, una delegación militar norteamericana junto con todos los funcionarios de rango ministerial de ese país. Los generales estadounidenses vestían uniformes estilo de finales del siglo XX, los generales del Imperio vestían casacas cortas de un rojo intenso o de un azul muy oscuro, cuellos altos y sobre sus cabezas *salacofs* blancos. Con sus trajes de ejecutivo o sus togas o sus uniformes, allí se concentraban los poderosos que pensaban que aquella iba a ser una reunión más de protocolo.

-Excelentísimos Senadores de la República Europea, Estado Mayor, Secretarios de la Administración norteamericana, Generales estadounidenses -comenzó el emperador Viniciano-. Hoy es el día del decimonoveno aniversario del fallecimiento del Cónsul Máximo Fromheim Schwart Germánico Vitelio, un gran gobernante, un gran hombre. Ante sus conciudadanos semejaba tener un deseo que parecía el mismo que el de Napoleón o Julio César: el Poder. Parecía que no buscaba cambiar el mundo. El Partido del Orden, que el creó, parecía un mero elemento instrumental para introducirse en la escena americana. Pero las cosas no eran exactamente así, Fromheim tuvo en mente ver algún día el cambio que se va a producir. ¡Ni más ni menos que una nueva era, la instauración de un nuevo orden mundial!

Es tiempo por fin, de que la era judeocristiana pase definitivamente. Es tiempo de que un nuevo sistema de valores rijan nuestra sociedad y las relaciones planetarias. Gran parte

de los problemas que han aquejado a las naciones en los pasados siglos hasta el presente, se han debido a que los gobernantes estaban imbuidos de trabas morales que nos les permitieron actuar con eficacia. Cuando un jardinero tiene que acabar con los pulgones de su jardín no puede ir a cada paso preguntándose acerca de si está bien o mal ir refrenando tantas libertades insectiles o incluso poniendo fin a tantas existencias individuales. El concepto de libertad, de bien y mal, que ha imperado hasta nuestros días debe ser renovado. El Partido del Orden va a sufrir una mutación. El será el instrumento con el que cuento para empezar una nueva sociedad. Y esa es la razón por la que en menos de un mes se empezará a implantar el Partido también en la República Europea.

Señores, comenzamos una nueva era. Adorado sea Dagón.

Cuando descendió el Emperador de la tribuna un denso silencio flotaba en el ambiente, los oyentes estaban todavía bajo el efecto de la sorpresa. Pero dos segundos después todos se pusieron en pie y, como era costumbre, aclamaron al Emperador con el brazo en alto y gritando a voz en grito "HAIL". Después una explosión de aplausos durante medio minuto. La sorpresa les había paralizado durante dos segundos pero después todo el engranaje seguía funcionando como de costumbre.

Todos los presentes quedaron sorprendidos, esperaban un discurso de economía, un discurso sobre política, cualquier cosa menos un discurso que comenzaba versando acerca de las creencias religiosas de un emperador difunto. Aunque también era verdad que las veleidades pseudomísticas del Emperador no les eran totalmente desconocidas. Ya se rumoreaba desde hacía un año que estaba se estaba ascendiendo a los más influyentes puestos del Ejército, a miembros de aquella fe dagoniana. Todo el mundo sabía también que, a pesar de lo dicho por Viniciano, Fromheim había sido un ateo. Pero ahora le interesaba que él apareciera como el iniciador de toda esta revolución religiosa. Nadie se lo iba a discutir, por lo menos en público no.

La misma reacción del Senado fue la

que tuvo la sociedad, sorpresa en un primer momento, después el engranaje siguió funcionando como de costumbre a las órdenes de Viniciano. En todo el mundo la población era prácticamente increíble. Desde hacía un siglo, el ateísmo había avanzado de forma constante. Sólo un 4% de la sociedad era cristiana. En los últimos treinta años todo tipo de creencias habían proliferado: creencias sincretistas y gnósticas. Sobre todo el culto a Dagón era una de las que estaban creciendo de un modo más vertiginoso de día en día. Un 32% de los europeos compartía ese tipo de creencias dagonianas. En Estados Unidos era algo menor el índice de dagonianos, pero en ningún caso menor a la cuarta parte de la población. Viniciano podía contar con el apoyo entusiasta de esa porción de ciudadanos.

El Emperador ahora se había revelado como un ferviente servidor del dios Dagón. Toda la red del Partido empezó a recibir charlas y consignas acerca de la nueva religión. La nueva religión no les exigía ningún tipo de mandamiento. Es más, postulaba la satisfacción de todos los impulsos más dionisiacos. El Bien y el mal quedaban superados como categorías morales. A ello se añadía un complejísimo conjunto de creencias gnósticas. Tal conjunto de creencias pasaban en la práctica a ser el credo oficial del Imperio, sin embargo a nadie se le pediría que se adhiriese a ellas, ni siquiera que las conociese. El dios Dagón, cuya imagen se adoraba en el gran Templo Rojo en el centro del foro de la Urbe, pasaba a ser *de facto* una representación del Imperio. En el Partido los ya creyentes en Dagón tuvieron gran alegría con el anuncio, los no creyentes acogieron el anuncio con indiferencia, desde luego sin animadversión pues la nueva creencia nada les exigía.

Sin embargo, un año después el conjunto de la sociedad estaba encantada con el esnobismo del nuevo movimiento pseudomístico de moda. Se respiraba en el aire la sugerente idea de que habían entrado en una nueva era. El culto a Dagón había extendido por todas partes un amplio conjunto de prácticas ocultistas. Sobre todo el

espiritismo, que se entendía como un medio usual de comunicación con la dimensión en la que vivía el nuevo dios. Se podría decir que Viniciano había intuido el hambre por cosas nuevas que existía en la sociedad y la había satisfecho, pero el Emperador no era un oportunista, sino un convencido seguidor de la nueva creencia.

## CAPITULO

### X



**E**n el corredor en penumbra entraban rectilíneos por las ventanas haces de luz. Tres arzobispos paseaban lentamente después del almuerzo por un largo corredor del Palacio Arzobispal de Paris.

-Es increíble como todo el mundo se ha dejado seducir por el nuevo culto tan sólo dos años después que Viniciano desde el poder promoviera esas creencias -se quejó el arzobispo de Londres.

-Sí -asintió derrotado el arzobispo de Madrid-

-He tenido información del Nuncio de que ya se empieza a comentar la supresión de la semana de siete días -añadió con tristeza el arzobispo de París-. Consideran que es una herencia judeocristiana que también ha de ser borrada, en pro de una racionalización de la división del tiempo. Quieren implantar un sistema de meses regulares, todos con el mismo número de días. Y que el año coincida con la numeración del año astronómico. El anuncio del plan de supresión de la semana se ha retrasado porque están estudiando como implantar el nuevo sistema sin que varíen los días de vacaciones.

-¿Cómo será el nuevo sistema?

-La semana tendrá diez días, los tres últimos serán no laborables.

-¿Cae el domingo en día laborable?

-Sí, unos días sí, otros no. Además Navidad y el resto de fiestas religiosas quedarán trasladadas a otros días y con otros nombres.

-También es cierto que para la mayoría de la población no eran nada más que meros días de fiesta.

-El año tendrá treinta y seis semanas de diez días, más la semana nº 37 que será de cinco días.

-Sé de buena tinta que en el Senado se llegó a discutir sobre la posibilidad de obligar a los cristianos a pasar cierto tiempo del año en campos de reeducación. Pero que el Senado detuvo la medida concluyendo que los tiempos todavía no estaban maduros para eso.

-¿Pero cómo en tan poco tiempo ha podido cambiar la gente su indiferencia por nosotros en animadversión?

-Por la televisión no han hecho más que bombardear a la gente con reportajes acerca de la Inquisición, Galileo, las Cruzadas... La visión que se da de la Edad Media es... la deformación más descarada de la historia que se haya visto nunca. Las encuestas muestran una abrumadora mayoría a favor de que el Estado ordene cerrar los conventos. El ayuno, la castidad... todo ha sido explicado y entendido de la manera más retorcida posible. La gente considera que las leyes no deben permitir que padres eduquen a inocentes e indefensos niños en semejantes aberraciones que les causarán traumas de por vida.

-¡Ah, y no hablemos de la penitencia física!

-Sí, los últimos cuarenta años, con toda esta campaña internacional, han dado ya sus frutos. Y los dos últimos con un dagoniano en el poder han sido ya la guinda final.

-Ha sido la lucha de Goliat contra David.

-Y encima lo de la marca.

Diez días antes el Emperador había mandado que todos los cristianos fueran marcados con una **T** (la letra t mayúscula) en la frente<sup>1</sup>. Y todos, ricos y pobres, funcionarios, influyentes empresarios, militares e incluso dos viejos senadores imperiales habían sido tatuados. Humillados de esa manera aquellos dos viejos senadores ya no volvieron a poner su pie en el hemicycle imperial.

Ni los más altos prelados o los niños fueron eximidos de la medida. Sólo los cristianos de países que no pertenecían al ámbito de influencia de los Estados Unidos o de la República Europea continuaron sin la marca. Es decir, buena parte de Asia, todo el continente americano (menos USA), Australia y casi toda África

En la mente de todos, flotaban las palabras que el Emperador Viniciano había pronunciado en un discurso al Partido: *El cristianismo es una plaga, una enfermedad, una lepra que a esta generación se le ha encomendado la histórica tarea de erradicarla, como una medida sanitaria. Si la supervisión de la salud corporal se ha encomendado a las leyes y acción del Estado, mucho más debemos ocuparnos de la salud de la mente. Si la salud del cuerpo se preserva por parte del Estado con leyes coercitivas y penas legales, así también es deber nuestro no desentendernos de este parasitismo mental. Porque los curas han sido los parásitos de la sociedad alimentándose de un secular no hacer nada. Es hora de que liberemos a la humanidad y a nuestros hijos de esas fantasías que han llevado a comportamientos tan antinaturales. Toda erradicación requiere medios dolorosos, pero una vez que ha pasado la enfermedad, nadie se acordará de la medicina.*

-¿Qué nos puede suceder ya peor que esto -reflexionó en voz alta el arzobispo galo-? Más bajo no podemos caer.

-Con el salmo podemos decir, *hemos venido a ser el escarnio de nuestros vecinos, la irrisión y mofa de los que nos rodean.*

Los tres prelados seguían paseando entristecidos por los pasillos de la silenciosa casa. Las terribles marcas rojas se veían bien claras en la blanca piel de la frente de los tres arzobispos.

-No os preocupéis -sentenció el prelado español-, ya veréis como Dios nos ayuda.

---

<sup>1</sup>Ap 7,3

# CAPITULO

## XI



*Un aula de la Universidad Central de Sudáfrica*

El canoso profesor subió la tarima y se sentó en su mesa.

-Estimados alumnos. La clase de hoy no se articula de un modo sistemático, sino que es el análisis de unos cuantos aspectos sociológicos que reflejan el cambio que ha experimentado la mentalidad de la población en la época que va desde la segunda mitad del s. XX hasta nuestros días. Ese es el tema de nuestro análisis y esa es la materia que vamos a tocar en la clase de hoy. Si se fijan en el programa, este tema se inscribe en el punto 5°. Comencemos.

La cuestión es: ¿cómo una Europa que era a finales del s. XX un adalid del respeto a los derechos humanos ha pasado a tener un Circo Máximo? ¿Cómo una Europa que era un bastión de la democracia ha pasado a tener un sistema que, aunque democrático en teoría, es en la práctica un sistema monárquico, un modo de gobierno que es el del *principatus* romano? Entiendan aquí la palabra *monarquía* en su sentido aristotélico: el poder de uno. ¿Cómo de la polémica bioética hemos pasado a aceptar la legislación sobre los hombres clónicos en estado vegetativo? -el viejo profesor alzó sus pobladas cejas tratando de dar énfasis a lo que decía, pero su tono de voz era tan mecánico y aburrido como si estuviera explicando una clase acerca de triángulos isósceles-. Voy a tratar de dar algunas respuestas.

En Europa a finales del siglo XX, casi ningún país en occidente tenía en sus legislaciones la pena capital. ¡En Europa Occidental, desde luego ninguno! El rechazo social a la muerte impartida por el Estado era casi unánime. Sin embargo, observamos que en aquella época en televisión la violencia y derramamiento de sangre iba en aumento de día en día. La gente, la juventud, pedía espectáculos más fuertes. Para lograr audiencia hay que ofrecer cada vez un plato

más impresionante. Era evidente que no sólo existía una demanda social por este tipo de cosas, sino que la capacidad de tolerancia hacia esas imágenes iba aumentando.

En Estados Unidos sí que había pena capital, y nos encontramos que en el año 2089 el estado de Alabama decide retransmitir por televisión las ejecuciones como medio disuasorio del crimen. Como es lógico, hubo muchas protestas, declaraciones y bla, bla, bla. Pero treinta años después todas las ejecuciones de todos los estados eran retransmitidas. Y con gran éxito de audiencia. La muerte en directo provocaba un gran *morbo*. Un *morbo* justificado por el carácter vindicador, edificante, ejemplificador de aquellas ejecuciones. Por otro lado, la pena capital, en Estados Unidos y en todas partes, siempre se había impartido de modo público hasta el siglo XIX. ¿Es que la aplicación de la justicia es algo vergonzante que deba hacerse en secreto, como si hiciéramos algo malo?, reclamaban los defensores de esta línea dura. Las ejecuciones públicas se realizaban en Estados Unidos, pero cualquiera, vía satélite, podía visionarlas en cualquier parte del mundo.

Mientras tanto la violencia callejera y sobre todo los crímenes sádicos logran, al cabo de un debate que duró medio siglo, que la pena de muerte se vaya reintroduciendo en Europa poco a poco. En el año 2100, la pena capital era ya algo usual y admitido por todos. En el fondo, las masas de votantes, cuando el índice de seguridad ciudadana desciende, piden mano dura. Y si desciende mucho, piden más mano dura. Y los gobernantes al final les dan a los votantes lo que estos les piden. Este cambio de mentalidad se aceleró todavía más cuando tres países pequeños y no pertenecientes ni a la Confederación ni a la República Europea, tres países de Africa, comienzan a ofrecer a sus condenados a muerte una alternativa: luchas gladiatorias de dos en dos, al que sobrevivía se le indultaba la pena. ¿Ustedes que harían si se les ofrece el elegir entre morir con una inyección letal, ahorcado o fusilado; o el enfrentarse con una espada con otro condenado a muerte y si sobrevive queda libre? Naturalmente todos escogieron lo que se llamó jurídicamente la *Redemptio Gladiatoria*. Aquellos combates que sucedían en el corazón de Africa se

retransmitieron en directo a las televisiones de todo el mundo. Y eso cada semana. Al principio, se hizo un boicot por parte de las empresas que gestionaban la retransmisión por satélite. Pero al final, el boicot tuvo fisuras y con el tiempo todo el mundo que quiso pudo ver esos combates. Esos programas de combates fueron la causa más importante del cambio sociológico europeo en relación al tema que nos ocupa.

Al cabo de dos generaciones, el europeo medio era un defensor de los derechos, ¡pero de los derechos humanos de los ciudadanos libres!, no de los ciudadanos presos por crímenes graves. *Uno es sujeto de derechos a no ser que se haga merecedor de perderlos*, rezaba la nueva doctrina jurídica. Como es lógico, de ver esos espectáculos en televisión a tenerlos en vivo en suelo patrio no requirió más que el trascurso de una generación. Y así el Occidente pasó de tener tatarabuelos abolicionistas de la pena de muerte, a tener retataranietos forofos del Circo Máximo, donde se concentran todas las ejecuciones del Viejo Continente. Todo el proceso, como ven, en unas seis generaciones.

La siguiente cuestión: ¿cómo se pasa de la antigua Comunidad Europea, un gran Estado federal democrático, a un sistema que es, en la práctica, imperial? Siempre habrán tenido curiosidad al ver las noticias, por saber por qué todos los senadores y emperadores son descendientes de alemanes.

Europa tenía una larga tradición como democracia federal, su nombre era Comunidad Europea. Duró mucho tiempo y de modo eficaz ese Estado federal. Sin embargo, a mediados del siglo XXI cayó durante un decenio en la anarquía. Hubo varios *cracks* económicos y el continente se sumió en continuas revoluciones. Todas ellas de carácter nada democrático. Finalmente, fueron los grandes empresarios los que formaron ejércitos que pusieron orden, primero en Alemania y después, lentamente, en el resto del continente. Esos empresarios con el tiempo se constituyeron en verdaderas dinastías, y entre esos, vamos a llamarlos *nobles*, descolló uno que finalmente fue lo que hemos dado en llamar, a nivel popular, el *emperador*. Lo que hoy llamamos *emperador* no es otra cosa que el final de un proceso de

concentración de poder. Toda etapa de anarquía, provoca una feudalización. Y toda feudalización acaba entrando con el tiempo en un proceso de centralización. Alemania era la nación más rica y la más idealista, sólo ella pudo hacer lo que hizo: poner orden en el continente europeo. Cuando los alemanes entraron en Roma después de cuarenta años de saqueos y huída de sus habitantes, sólo quedaban 150.000 romanos con residencia permanente. Ellos refundaron la ciudad con colonos alemanes y hoy día es una ciudad enteramente germánica, bueno... hoy día es cosmopolita, pero germánica en su cúpula gobernante. Yo soy sueco y, sin embargo, tengo que admitir que los demás países hicimos un papel bastante malo, sólo ellos fueron capaces de poner orden, de imponerlo.

Lo que no lograron fue imponer en el continente su idioma. El idioma común siguió siendo el mundial (el inglés). Incluso el nombre oficial del estado lo tenía en inglés: The Senate and the People of Europe, SPOE.

¿Qué piensa la población acerca del sistema político? Pues piensa que el Estado es como una gran empresa, que los que gobiernan tienen que ser técnicos. Si en 1968 los jóvenes exaltados decían *la imaginación al poder*, ahora el típico europeo de clase media dice *la tecnocracia al poder*. El mensaje a los gobernantes es claro: no queremos experimentos. Hagan que la economía vaya bien, hagan que andemos seguros por la calle, hagan que vivamos mejor, denos libertad en todo, y por lo demás nos importa un bledo quien esté al mando del aparato de la burocracia. Es cierto que un presidente durante cinco años puede hacer proyectos y políticas mucho menos ambiciosas que un Cónsul Máximo durante varios decenios. También es cierto que en SPOE ha habido total libertad para salir, entrar, decir lo que se quisiera, y hacer cualquier cosa. Pero la magistratura máxima era y es una cuestión del aparato del Estado.

Como comprenderán, no se ha llegado a esta situación en un día. Al principio, el presidente de la República Europea, que allí se llama cónsul, tenía un mandato por cinco años. Después fue acumulando poder, finalmente en una situación de excepción logró un aplazamiento indefinido. Y así ya tenemos un cónsul permanente elegido por el



senado. El senado era elegido por el pueblo. Después unos cuantos miembros fueron de designación presidencial. Después más miembros. Al final todos los escaños eran elegidos por el cónsul permanente. Como ven, en política casi todos los cambios se dan como en la naturaleza, poco a poco.

Lo mismo sucedió con las cuestiones bioéticas. Primero sucedió que en una pequeña isla de Oceanía un poderoso grupo de empresas crea una clínica de alta tecnología y experimentación. Esa clínica, en un minúsculo país pobre sin legislación bioética, tenía las manos libres. Al cabo de veinte años comienzan a clonar seres humanos para extraerles los órganos y trasplantarlos a enfermos. La clínica afirma que esos seres humanos clónicos no son en realidad seres humanos, ya que antes de que nazcan se les inutiliza el cerebro. Si era lícito abortarlos, porque no podía ser lícito inutilizar un pequeño órgano para así hacer el bien con el resto del cuerpo. En el fondo aquello era el arte de cultivar cuerpos. Cuerpos sin pensamiento, sin dolor, ni percepciones. Repetirán una y otra vez, aquellos gerentes de la clínica, que esos cuerpos poseían únicamente vida vegetal eso.

Imagínese que usted –y el profesor señaló a un alumno- es un millonario atiborrado de dinero, que cuando llega a la senectud le dice su médico que le queda un año de vida, salvo que logre un trasplante de corazón, o de riñones, de hígado, o de lo que sea. ¡Usted pagará cualquier cantidad por lograr vivir al menos veinte o diez años más, irá a donde sea! ¿Me equivoco? Y eso fue lo que sucedió. Miles de millonarios iban allí cada año a hacerse los trasplantes de órganos. Hubo una gran polémica internacional. Pero al final, hasta los mismos políticos que públicamente atacaban la existencia de esa clínica, acababan sus días requiriendo sus servicios. Porque cuando un hombre va a morir hace lo que sea.

Claro que cuando digo *la clínica* en realidad me estoy refiriendo a un complejo en el que trabajaban y vivían 20.000 personas. La clínica generó tales ganancias que dominó por

entero la economía de aquel pequeño país insular y agrícola en que se había establecido. Treinta años después, las élites gobernantes dijeron que había que dejarse de hipocresías y que podían colocar esas clínicas en Occidente. Primero fue una nación, después otra, al final todas. En esto como en todo, el tiempo hace milagros.

Así hoy día nos encontramos con clínicas con corredores de cientos de camas, inacabables pasillos. En cada cama un ser humano clonado cuyo cerebro está inutilizado. Un cuerpo al que se alimenta por vía intravenosa. Vida vegetal, dicen. Electroencefalograma plano. Cada cuerpo va creciendo años y años en la camilla. Poco a poco se le van sacando los órganos. Y, por supuesto, la sangre cada semana. Primero se extraen los órganos no necesarios para la vida del clonado en coma. Por ejemplo, los ojos, después los riñones y se le mantiene con diálisis, finalmente aquellos tras cuya extracción no se le pueda mantener con vida. Éticamente los que están a favor de este tipo de clínicas se defienden con un argumento que parece lógico: si abortar un niño es perfectamente legal, ¿qué problema hay en diferir un poco su muerte si así podemos con sus órganos ayudar a un ser humano? Al niño no le vamos a hacer más mal y, sin embargo, alguien, varios, se van a beneficiar de esa muerte. Pues bien, al fin y al cabo, esto no es otra cosa que un aborto diferido. A nadie hacemos sufrir, porque su vida es completamente *vegetal*, no tiene actividad cerebral. Nadie sufre en el proceso y, sin embargo, la vida de algún anciano se prolongará más. Además, la leyes que aprobaron estas prácticas se legislaron con la pretensión de acabar con las redes mafiosas del comercio de órganos que mataban a cientos de seres humanos del tercer mundo hasta que apareció este famoso hospital origen del mayor giro bioético de la historia.

El último tema es el cambio que ha sufrido el matrimonio en los últimos sesenta años. La mujer que trabaja en altos puestos de dirección de empresas o de investigación, no desea que su carrera sufra un parón de varios meses a consecuencia de un embarazo. Así que un 48% de la población del Imperio usa el sistema de reproducción asistida popularmente conocido como *pick him up*. El marido deposita en una

clínica reproductora sus espermatozoides y a la mujer el ginecólogo le extrae durante unos cuantos ciclos unos cuantos óvulos. Cuando la pareja decide tener un niño la clínica fecunda un óvulo, lo implanta en una madre de alquiler. Desde hace tiempo éste ha sido un trabajo fácil y bien remunerado para todas las chicas pobres de Europa. Cuando da a luz al niño se entrega el bebe a sus padres. Cada vez que deseen tener otro hijo sólo tienen que telefonar a la clínica y dar su número de clave, ya tienen criogenizados los óvulos, al cabo de nueve meses, su verdadero hijo carnal, con su cara, sus ojos y su naricita, le será entregado en casa. Para qué pasar por el embarazo si tienes dinero para no hacerlo, es una tontería. Es tu verdadero hijo, sin baja laboral y sin parto.

Sólo un 32% de la población adulta ha contraído los lazos jurídicos del matrimonio o convive con una pareja. Hay, además, un 39% que vive ajena a cualquier tipo de vida de pareja estable. Esos hombres y mujeres que hacen opción por una vida monofamiliar, la mayoría, deciden, sobre todo al llegar a los cincuenta años, tener un hijo o varios. ¿Y qué método eligen? Pues como pueden imaginar el que les he explicado. Conocí en París a una mujer rusa que a sus 58 años había tenido ya 85 hijos. Como comprenderán ya que pasan por el trance de la gestación y el parto, los embarazos son siempre múltiples. Se les implantan dos óvulos fecundados. Así cada nueve meses pueden tener dos hijos. Aquella mujer tuvo una gestación por año. Eso no es del todo infrecuente en las chicas con más necesidades económicas, su trabajo es tener un parto al año.

El resultado es que con este sistema cualquier soltero o soltera pueden tener un hijo cuando se les antoje. En los catálogos de los hospitales llega la mujer soltera y mira las fotos de todos los posibles padres de los que tienen espermatozoides congelados. Puedes escoger tipo de piel, color de ojos, altura. Todo ello sin necesidad de la más mínima manipulación genética. Hubo un ejecutivo solitario que tenía sesenta hijos por este sistema. Y hubo otro famoso empresario que tuvo el capricho de tener siete hijos clonados perfectamente iguales. Era un antojo. Al fin y al cabo la ley lo permitía.

El profesor detuvo la explicación. Pues poco a poco se comenzó a percibir un murmullo que provenía del exterior del edificio. El murmullo se hizo cada vez mayor. El profesor se levantó de su silla. Un alumno se acercó a la ventana a mirar, después gritó: ¡Son los eremitantes!

Todos los alumnos corrieron a las ventanas a mirar. El edificio de la universidad daba a una de las calles centrales de Pretoria. Por el centro de la calle iba una multitud de personas, unas a pie, otras en todo tipo de vehículos. Todos cantando. Los viandantes se detenían a mirar el espectáculo con curiosidad.

El profesor bajó de la tarima y se acercó a una ventana.

-¿Quiénes son?

-Son grupos religiosos. Se dirigen al desierto a esperar la venida de su Mesías. ¿No ha visto las noticias la última semana?

-Pues no.

-Este fenómeno está ocurriendo en todo el mundo. Una pequeña facción de los cristianos, de los pocos que quedan, se dirigen al desierto liderados por sus mesías. Los obispos dicen que no les sigan, pero como ve hay miles que no obedecen.<sup>2</sup>

-¿Y qué hacen en el desierto?

-Acampar y esperar. Todos se dirigen al desierto más grande del mundo, el Sahara, allí ya hay muchos. La televisión mostró campamentos, infinidad de campamentos.

-Nuestra época se ha vuelto loca. -dijo el profesor para sí regresando a su mesa.

---

<sup>2</sup>Mt 24, 26

# CAPITULO

## XII



Explicar a un hombre del siglo XXI como son las grandes ciudades del orbe en el siglo XXIII, es como explicar a un hombre medieval como era el centro de Londres seis siglos después de que muriera Enrique II Plantagenet. Quizá la característica primordial de la gran revolución urbanística que supuso el siglo XXII, fue la expansión vertical de las ciudades hasta alturas que hubieran resultado materialmente imposibles en siglos anteriores. En Roma, capital política y económica de la República Europea, centro del comercio euroasiático, se elevaban varias megaestructuras que superaban el millar de pisos de altura.

Muchas eran las grandes ciudades en ese año 2207, pero entre todas ellas, sobre todas ellas, indiscutidamente destacaba Roma. En todo el mundo era conocida como la Urbe. Si la conurbación de Nueva York–Trenton contaba con unos 1500 rascacielos y unas 20 megaestructuras, en la Ciudad Imperial se erigían 74 megaestructuras (la menor de ellas contaba con 150.000 habitantes).

Desde una perspectiva aérea, la Urbe presentaba el aspecto de un bosque de inmensas torres cuyos límites se perdían en el horizonte. La ciudad de Roma ocupaba toda Italia central. El último censo daba como resultado que aquella aglomeración de gente había superado los 200 millones de personas.

De la espesura de ese bosque arquitectónico constantemente salían en dirección vertical aeronaves que se dirigían fuera de la Ciudad. Este tráfico vertical en ningún momento colisionaba con el tráfico horizontal, con las largas hileras de pequeñas naves que recorrían como ríos incansables los huecos entre las moles de los edificios.

En la Urbe había varios puntos predilectos por los turistas. Dentro de una megaestructura había se hallaba una réplica exacta, a tamaño natural, de la Acrópolis de Atenas. En otra parte

de la ciudad, había una reproducción del Madrid de Felipe II. Pero la más famosa y grandiosa estaba montada en una plataforma apoyada sobre varias megaestructuras. Sobre esa plataforma se desplegaba una reproducción perfecta de la ciudad de Roma tal como era en el siglo I.

Otro punto que ningún turista dejaba de visitar era el Palacio Imperial. El Palacio Imperial tenía las mismas proporciones de líneas que el Palacio de Buckingham, solo que cuatro veces más grande. Estaba recubierto de mármol azul y rodeado de un bosque. El bosque formaba alrededor de palacio una circunferencia de 10 kilómetros de radio. En medio de aquel bosque, se erigían las más lujosas villas del Imperio, todas ellas en mármol y siguiendo una estética neoclásica acorde con el Palacio que como una gran montaña dominaba toda aquella llanura artificial.

Bajo los pilares de las megaestructuras se hallaba lo que quedaba de la Roma que precedió al siglo XXI. Los pequeños barrios antiguos al nivel del suelo contrastaban al lado de los inmensos pilares que sostenían a las megaestructuras. Esos barrios aparecían lóbregos y degradados. Lóbregos, pues apenas llegaba luz solar entre los desfiladeros que formaban las moles superiores. Degradados, porque la vida social y económica se desarrollaba en los niveles superiores. En las calles se movía un tráfico rodado ligeramente inferior al de las ciudades del siglo XX. Si no hubiera sido por los inmensos pilares y uno no hubiera mirado hacia arriba, el visitante se hubiera sentido como en la Roma de finales del siglo XX, con una luz invernal, casi crepuscular.

En medio de aquel bosque de pilares colosales, en medio de aquellos cimientos formidables que sostenían aquellas torres pesadas y anchas, se hallaba un templo bastante frecuentado de turistas foráneos. A nivel del suelo, en aquella parte recóndita de la Ciudad Imperial, olvidado de los habitantes de la Urbe, se hallaba la nación más pequeña del mundo: el Estado de la Ciudad del Vaticano. Los habitantes de aquella megápolis que dominaba el Estado más extenso y poderoso del mundo, eran ignorantes de que a los pies de la ciudad se hallaba la nación más pequeña del universo y de la historia.

Todos los días cientos de personas traspasaban el umbral de la Basílica para visitar el altar bajo el que reposaban los huesos de San Pedro, aquel que escuchó el Evangelio directamente de los labios del Redentor.

La plaza enmarcada por la columnata de Bernini era recorrida por los curiosos turistas. Aquella mañana era como otra mañana cualquiera. Unos turistas grababan en video, otros tomaban sus helados, otros subían las escaleras de la plaza. Pero, de pronto, algunos empezaron a señalar hacia el cielo. De repente, aparecieron por todas direcciones aeronaves de la policía que se quedaron suspendidas en el aire sobre todo el perímetro de la muralla leonina. Alrededor del límite del Estado Vaticano, se desplegaron a pie miles de agentes de la policía a paso ligero, casi al trote. Los policías iban equipados con las pesadas corazas negras y la cabeza cubierta con el casco. El material que llevaban era de asalto.

Cientos de naves de la policía levitaban inmóviles por encima del espacio de la Ciudad Vaticana. Una treintena de pesadas naves con el emblema de la Policía Metropolitana, aterrizaron en la plaza de San Pedro junto al obelisco. La bella e incomparable campana del reloj de la Basílica tocó solemne las doce del mediodía.

La policía saltó de las naves y se dirigió hacia la puerta principal del Palacio Apostólico. De la puerta comenzaron a salir corriendo guardias suizos con sus alabardas y sus trajes multicolores. Los guardias se colocaron en línea delante de la puerta y blandieron sus alabardas en posición de defensa. Dos segundos después, en un escalón superior, una segunda línea de guardias suizos se alineó detrás de la primera. Estos blandían ametralladoras en sus manos. Era una cosa curiosa ver aquellos suizos con sus cascos y sus corazas de pecho, cargar sus ametralladoras y colocarlas en posición de ataque. La policía se detuvo. Un alto oficial de la policía se acercó a otro oficial de la Guardia Suiza. Mientras, un segundo oficial de la Guardia Suiza corría, volaba, escaleras arriba a avisar al Santo Padre, el sistema intercomunicador del edificio estaba casualmente siendo reparado.

-Tenemos una Orden del Ministerio de Justicia de entrar en este edificio -fue la lacónica y altiva explicación del oficial de la policía

enfundado en su grueso uniforme negro y en su peto y corazas antibalas. Debemos efectuar una detención.

-Quizá lo ignore -le explicó el oficial al mando de la Guardia Suiza-, pero esto es un Estado independiente y soberano. Entrar aquí es una violación flagrante del Derecho Internacional.

El policía le miró con sorna. Viniciano, el Emperador, ni siquiera había querido encargar la operación a uno de los destacamentos del Cuerpo de Infantería acuartelados en la ciudad. Consideró que hubiera sido conceder al Papa una importancia que ni tenía ni merecía. Por otra parte, el entrenadísimo Departamento de Policía de la Urbe era muy superior, en todos los aspectos, al centenar de hombres del ejército vaticano. El oficial de la Policía Metropolitana escuchó al oficial de la Guardia Vaticana sin inmutarse, ya se esperaba algo así. Aquello para aquel policía parecía que fuera una operación rutinaria. En cierto modo, para aquel hombre encargado de neutralizar a comandos terroristas armados, habituado a intervenir en operaciones con rehenes, aquella operación era una rutina más. 150 hombres armados, la Guardia Suiza, no eran obstáculo alguno. Además, aquella operación la llevaba preparando desde hacía una semana. Así que con toda tranquilidad le respondió:

-Disculpe, pero el Derecho Internacional es lo que diga el Emperador -el policía se lo dijo con aire cansado-. Así que respóndame ¿van a ofrecer resistencia?, ¿sí o no?

-Me parece que la respuesta es clara -dijo volviéndose a mirar la fila de guardias suizos en apuntando con ametralladoras.

El oficial de policía le dio la espalda, sin responder, y retrocedió hacia donde aguardaban en formación los agentes pertenecientes a cuerpos de intervención rápida de la Policía Metropolitana. Guarnecidos por sus chalecos antibalas aguardaban el fin de la conversación. En cuanto llegó a ellos el oficial, les dijo que se desplegaran. Al momento, los cuatrocientos policías corrieron cada uno en una dirección a parapetarse tras las columnas o cualquier cosa que pudieran encontrar. Otros se echaron en el suelo y apuntaron con sus armas hacia la puerta. En el exterior de la plaza, nuevos efectivos policiales seguían llegando. Los guardias suizos

abandonaron la puerta y se apostaron en el interior del vestíbulo apuntando hacia el exterior.

-Fuego -ordenó suavemente el oficial de policía.

Todos los agentes escucharon la orden a través de los intercomunicadores de sus cascos. En un mismo segundo ininterrumpidas andanadas de disparos de bala y rayos láser se arrojaron sobre el reducido espacio de la puerta. Unos pisos más arriba varios guardias suizos y monseñores andaban buscando al Santo Padre. Era domingo, el Papa después del almuerzo había abandonado el comedor y dejado a sus secretarios para dar un paseo a solas. Ahora lo estaban buscando por todos los pasillos y por el extenso jardín. Podía estar orando en cualquier rincón. Al que sí que habían encontrado en seguida era al cardenal Secretario de Estado.

-¿Pero cómo la Guardia Suiza ha comenzado a luchar sin que nadie se lo mandase? -preguntó el cardenal.

-Eminencia, se trataba de una violación de territorio. Las instrucciones que tenemos para estos casos es defenderlo.

-Pero esas instrucciones se referían a un ataque por parte de un grupo terrorista. En fin... de todas formas ya está hecho. ¿Siguen sin encontrar al Santo Padre? Bueno, detengan el combate allá abajo.

-Eminencia, el intercomunicador está fuera de servicio. Y ahora mismo no hay quien pueda moverse por el vestíbulo entre los disparos.

-Póngame con la Policía, traiga ese teléfono. Mientras yo llamo, que otro telefonee al Departamento Central y que desde allí nos conecten con el oficial al mando de esta operación.

Un minuto después, un secretario de Estado estaba al otro lado de un teléfono móvil.

-Aguarde un momento -le dijo un monseñor-, le voy a poner con su Eminencia el Secretario de Estado.

-Vamos a ver -dijo el cardenal cogiendo el teléfono-, ¿a quién están buscando?

-Al Papa.

-¿Al Santo Padre?! ¿Bajo que acusación?

-Eso se le comunicará dentro de dos días cuando comparezca ante un tribunal especial.

-Vamos a ver -dijo el cardenal comenzando a ponerse nervioso-, ¿no podría detener el ataque hasta que yo hable con sus superiores?

-Lo siento pero no es posible.

-¿Pero no sabe usted que esto es territorio independiente? ¡Esto es un Estado independiente, amparado por las leyes y acuerdos internacionales!

-Yo no sé nada. Yo sólo trabajo en el Ministerio del Interior. Si lo desea transmitiré su queja al Ministro cuando lo vea dentro de unas horas.

El cardenal, sin molestarse en despedirse, pulsó el botón de interrumpir la comunicación.

-Póngame inmediatamente con el Ministro de Asuntos Exteriores -ordenó a un monseñor dándole el teléfono móvil y comenzando a pasear intranquilo, nervioso, por aquella sala decorada con bellas pinturas renacentistas.

-Eminencia -dijo hundido el monseñor al cabo de unos minutos-, me dicen que no está ni el Ministro de Asuntos Exteriores, ni su secretario, me ofrecen la posibilidad de dejar el mensaje a uno de los subsecretarios.

-¡Eminencia! -dijo otro monseñor entrando por la puerta-, hemos encontrado al Santo Padre. Está ya subiendo las escaleras.

El cardenal le salió al encuentro en las escaleras y le puso al corriente de lo sucedido en los últimos diez minutos.

-Hijos míos -dijo apesadumbrado el Papa-, por mí no ha de morir ningún hombre. Comunicadles como podáis que me entrego ahora mismo.

-Santidad -repuso con energía el cardenal-, de ningún modo puede hacer eso. Tiene el deber de huir. El Emperador puede mandar asesinar a cuantos quiera cuando quiera. Pero Papa sólo hay uno. Si le confinan, la Iglesia quedará sin cabeza. ¡Debe huir! No por usted, ¡por la Iglesia!

El Santo Padre vaciló un momento, todos los presentes aguardaban en suspenso, pero un instante después tomó la decisión. Y el Papa ordenó con energía:

-Vamos a las excavaciones subterráneas bajo la Basílica.

Una sonrisa de descanso apareció en el rostro de todos los presentes. Y comenzaron todos a bajar apresuradamente las escaleras.

Ellos eran ajenos a saber que la lucha en la entrada del Palacio Apostólico había finalizado hacía medio minuto. Todos los guardias suizos del Vaticano vestidos en sus coloridos uniformes, yacían ya sin vida en el vestíbulo de entrada y las dependencias de alrededor. Ciento cincuenta guardias suizos yacían ensangrentados y exánimes, desperdigados por los pasillos y escaleras que llevaban a las oficinas y aposentos papales.

Mientras tanto cuatrocientos policías habían escalado las murallas por más de veinte puntos del perímetro del Estado Vaticano. Los policías enfundados en sus pesados uniformes negros corrían ya a través del Palacio. Todos los agentes de la Policía Metropolitana conocían el interior de los edificios por las explicaciones del Servicio de Inteligencia. De pronto, en un corredor un grupo de policías vio pasar a lo lejos al Santo Padre y al resto de clérigos se les dio el alto al instante, encañonándolos con sus armas. El grupo de eclesiásticos se detuvo. Sólo el Papa y tres cardenales, que ya habían sobrepasado la esquina del corredor, continuaron. Los cardenales andaban ligeros, pero sin correr, pues el Papa era ya anciano.

Detrás de ellos, oyeron los pasos ruidosos de las botas de los policías corriendo hacia el grupo de eclesiásticos que habían dejado atrás. En menos de un minuto, el Palacio Apostólico, la sacristía, los museos eran recorridos, peinados, por otros policías que se desplegaron en su busca. Pero aquello era un laberinto, y sólo los eclesiásticos lo conocían como la palma de su mano.

La entrada a las excavaciones arqueológicas, los *schiavi*, tenía una cerradura electrónica, de forma que con la tarjeta electrónica del cardenal Secretario de Estado fue posible entrar sin problemas. Debajo del suelo de la

Basílica se extendía la Cripta de los Papas, y por debajo de la Cripta un complejo y vasto laberinto de excavaciones arqueológicas. En aquellos túneles había todo tipo de construcciones y tumbas del siglo I y II. Ninguno de los arqueólogos que realizaron las excavaciones en el siglo XX y XXI pudo imaginar que llegarían a ser el escondrijo de un pontífice reinante.

Diez horas después, eran hallados por la policía que estaba peinando primero la Basílica entera con aparatos de detección de emisiones de calor. Dos días después, se le acusó al Santo Padre de desfalco, blanqueo de dinero procedente de asociaciones ilegales, y de ordenar el asesinato de una persona que se enteró de todo este entramado ilegal. Toda esta falsedad estaba basada en pruebas meticulosamente preparadas por los servicios de inteligencia, además de por unos cuantos agentes adiestrados para testificar en su contra. El escándalo de los cargos judiciales todavía hundió más la reputación de la Iglesia. Todo el mundo vio todavía más confirmada la baja opinión que tenían de la Iglesia. Internacionalmente, la violación del territorio vaticano no valía un conflicto diplomático, así que nadie protestó en los foros internacionales. El oficial al mando de la policía tenía razón, el Derecho Internacional era la voluntad de Viniciano.

Quince días después, el Departamento de Instituciones Penitenciarias comunicó a la Santa Sede que el Papa había muerto en prisión atacado por unos presos desequilibrados.

## CAPITULO

### XIII



Las puertas de la Capilla Sixtina se cerraron. La gran Puerta de Bronce de la Capilla Sixtina se encontraba ya cerrada y lacrada. Un señor calvo vestido muy formalmente, de oscuro, mostró un selló a otros dos señores que le acompañaban. Los otros dos también muy serios, vestidos de modo muy formal, de negro también. A una cinta de seda se aplicaron unas gotas fundidas de lacre, que en seguida solidificaron. Cuidadosamente, aplicó el señor del centro un sello. El gran portón de bronce quedaba lacrado.

Dentro de la Capilla sentados aguardaban en silencio 150 cardenales, todos los purpurados del mundo. Todos, vestidos con sus sotanas rojas y sus roquetes, aguardaban expectantes las palabras del cardenal Camarlengo.

-Eminencias –comenzó el prelado de voz ronca y anciana, pero firme-, todos ustedes han sido convocados para este cónclave. Sin embargo, ahora que están aquí tengo que decirles que la primera cuestión que tenemos que discutir es si esto es un cónclave o un consistorio general. Le cedo la palabra al Notario Apostólico.

-Gracias. Es mi deber en conciencia decirles que el Departamento de Justicia nos comunicó hace una semana el fallecimiento de Su Santidad Lino II. Sin embargo, el Departamento de Justicia que tramita todas las cuestiones relativas a las instituciones penitenciarias, no nos ha entregado el cuerpo del Pontífice fallecido. Nos comunicaron con pesar que el cuerpo fue inscrito como preso sin familia. Y que por un error administrativo se le aplicó el procedimiento para los casos de fallecidos de los que nadie quiere hacerse cargo. Así que fue incinerado y sus cenizas esparcidas en una fosa común en el Cementerio Norte. El por qué detuvieron al Santo Padre sigue sin estar claro para nosotros. Hemos consultado con nuestros expertos y parece, por lo que nos dicen, que por alguna razón lo que

querían era simplemente asesinarlo. Quizá hundir la reputación de la Iglesia con el anuncio de un proceso escandaloso, para después ahorrarse el proceso con algún asesino a sueldo.

El Notario Apostólico se sentó. El cardenal camarlengo se levantó y volvió a hablar.

-Ahora responderemos todos los curiales aquí presentes a las preguntas que nos quieran hacer nuestros hermanos y después procederemos a las votaciones.

Al cabo de una hora las votaciones eran claras. Todos votaron a favor de considerar que la Sede estaba vacante y aquella reunión se comenzaba con el carácter de cónclave. Se añadía en las actas la puntualización de que en caso de que no hubiera muerto S.S. Lino II daban por nulo e inválido aquel cónclave.

Al día siguiente comenzó la votación. Cada cardenal llegado junto al altar hacía genuflexión y oraba unos instantes. Sobre el altar un ánfora con las papeletas en su interior de los cardenales que ya habían votado. Detrás del altar el Juicio Final de Miguel Angel. Cada cardenal puesto en pie, pronunciaba en alta voz la fórmula de juramento:

*-Testor Christum Dominum, qui me iudicaturus est, me eum eligere quem secundum Deum iudico elegi debere<sup>3</sup>.*

A continuación, depositaba su voto encima de un plato metálico que había sobre el ánfora, y con éste lo introducía en el ánfora. Seguidamente, hacía inclinación al altar y regresaba a su asiento, mientras, otro cardenal ya se dirigía hacia el altar con su voto en la mano.

El ceremonial de votación se llevaba a cabo con gran quietud y silencio. De pronto, se oyeron gritos detrás de la puerta cerrada de la Capilla Sixtina. Los purpurados volvieron lentamente la cabeza hacia la puerta de entrada. Las hojas de la puerta se abrieron de un golpe seco. Soldados de infantería, pertenecientes al IV destacamento Schawenkoprf, penetraron en la sala

---

<sup>3</sup> Pongo por testigo a Cristo, el Señor, que me juzgará, de que mi voto lo doy a aquel que, en presencia de Dios, creo que debe ser elegido.

y se alinearon frente a los cardenales. Detrás de ellos entró un coronel.

-¡Señores! -gritó sin titubear, arrogante, al llegar al centro de la capilla-. Traigo una Orden de la Máxima Magistratura que ordena su inmediata detención -y levantó un pliego de papel con su derecha.

-Bajo qué acusación -preguntó, al instante, el cardenal más anciano.

-Eso se les comunicará más adelante.

-¿Cómo puede detenernos sin comunicarnos los cargos?

-Yo no soy la policía. Soy un militar. Simplemente me limito a cumplir órdenes. Sólo se me dijo que los cargos se les comunicarían más adelante -se volvió hacia detrás y ordenó:- ¡Soldados, procedan!

## CAPITULO

### XIV



**E**l Emperador sentado en su despacho pulsó un botón, al momento apareció en la pantalla el rostro de su secretaria.

-Señorita -dijo el Emperador-, diga al Comandante de Palacio que mañana, a las doce, quiero que me traigan aquí, al despacho, al Papa.

-Muy bien, señor.

-¡Ah! -se le ocurrió de pronto-, que me lo traigan vestido de Papa, si me lo traen con uniforme de prisionero me tendré que imaginar que estoy ante el Papa.

Al día siguiente, justo a la hora, un oficial entró en el despacho del Emperador.

-Señor.

-Sí -dijo Vinicius levantando la vista de los papeles.

-El prisionero.

-Ah, sí. Que entre.

Entre dos guardias pretorianos, apareció la figura blanca y apacible del Sumo Pontífice.

Contrastaba la dulce sonrisa en la cara del anciano con los fríos e inexpresivos rostros de los guardias que lo conducían. Su figura venerable andaba silenciosa entre los ruidos metálicos de la pesada coraza de los soldados.

-Dejadnos solos -ordenó el Emperador haciendo un gesto con la mano.

Viniciano no dijo nada más hasta que salieron los guardias pretorianos, simplemente trató de paladear la escena. Dos hombres solos en un despacho. *La Coronación de Napoleón* que tanto le gustó al difunto Fromheim seguía colgado en aquella estancia. A Viniciano le hubiera gustado echar un vistazo al óleo mural, para comparar al vencido y débil Pío VII con el sucesor que tenía ante sus ojos. Pero no se le ocurrió. La visión de aquel anciano ocupó todos sus pensamientos.

-Mi querido Suumooopontíficee -le saludó alargando sarcásticamente esas dos



palabras palabras, poniendo voz chillona, como silbándolas y uniéndolas en una sola palabra.

Siéntese, siéntese.

Estará sorprendido de que le haya mandado llamar. Oooh, no me extraña. Quería que me concediera audiencia –se burló con ironía Viniciano mientras juntaba las manos delante del pecho-. No le haré perder mucho el tiempo, ya se que en prisión tiene mucho trabajo. Quiero que sepa de primera mano lo mucho que nos ha costado destruir su Santa Iglesia.

Ha de saber que, en nuestro afán de que las puertas del infiernos prevaleciesen, primero le encarcelamos creyendo que teniéndole a usted no podrían elegir otro Papa hasta que usted muriera. Sin embargo, se nos pasó un detalle: el que los Papas pueden dimitir. Así que decidimos encarcelar a todos los cardenales. ¿Qué mejor que reunirlos a todos en un cónclave? Así que comunicamos a la Congregación de Obispos que usted había fallecido. Cuando usted falte ¿cómo elegirán a otro Papa si todos los cardenales han sido encarcelados y después eliminados, sin dejar ni siquiera uno? Los cardenales eligen al Papa, el Papa elige a los cardenales. Si no tenemos ni Papa, ni cardenales, ni uno solo, ¡todos estaban en el cónclave, como era su deber, entonces... ¿qué vamos a hacer?

¿Se da cuenta de la cantidad de diferentes opiniones que pueden surgir en los dispersos católicos del mundo acerca del procedimiento para elegirle un sucesor? Todo van a ser distintas opiniones, dudas... quizá, hasta facciones encontradas.

Además, le voy a decir un secreto. Hasta ahora la persecución contra los cristianos es un hecho más o menos encubierto, pero antes de un año será abierta. A plena luz del día. Y cuando comencemos lo haremos en serio. Con sus libros de bautismo confiscados, disponemos de los nombres de todos. Puestos esos nombres en nuestro la red de nuestro sistema informático nacional sabemos donde viven, a qué se dedican... todo.

Sé que piensa que alguno se nos puede escapar. Ya hemos pensado en esa contingencia, hemos pensado en todo –y le sonrió satisfecho, burlón-. Estamos trabajando en un proyecto de seguridad estatal: el documento nacional de

identidad se llevará sobre el cuerpo, ¡tatuado! En realidad no será exactamente un tatuaje, será como una especie de tatuaje de quita y pon, una especie de calcamonia, que dura sobre la piel no menos de cinco años. Ese código de barras será la identificación de cada persona. Se acabó con los indocumentados. La delincuencia sufrirá un duro golpe. Cada compra que se haga, por pequeña que sea, deberá registrarse con ese código de barras.

Eso no sólo significará más seguridad para el Estado, sino también significará que haremos salir de sus guaridas y madrigueras a los cristianos. Porque el código de barras estará inscrito en una representación de Dagón enmarcado en un círculo con blasfemias. Estudiaremos adecuadamente qué pondremos en la marca para que sea algo inaceptable para un cristiano.

Tal vez se preguntará por qué hasta ahora, a pesar de haber perseguido tanto a la Iglesia, no he tomado ni la más mínima medida contra los judíos. *Divide et vinces*, No es porque tema a los ricos judíos con sus parcelas de influencia. Sino porque si cogía al pez chico primero, el judío, el gordo cristiano podía asustarse y escapárseme. Pero también a ellos les va a tocar el turno. ¡Se acerca su turno!

A Viniciano le molestaba tanto silencio de su interlocutor. Es cierto que había hablado en un tono burlón, pero le hubiera satisfecho el placer de escuchar alguna súplica, alguna petición de clemencia. Se levantó y se dirigió al famoso cuadro de David León.

-Fíjese que majestad hay en Napoleón colocándose la corona sobre sí mismo. ¡Y esa era la verdad! No se la debía a nadie. Fíjese en la cara lustrosa y rolliza de este arzobispo... y de éste. Qué mal papel hicieron. Lamentable. Pero qué mal han hecho las cosas ustedes durante veintidós siglos. Si yo hubiera sido Dios, hace tiempo que les hubiera despedido. Es triste que tenga que ser yo el que les diga estas cosas. Lamentable.

A Viniciano le displacía mucho tener un prisionero tan callado. Allí estaba sobre esa silla, enfrente, mirándole lánguidamente con un toque de tristeza. Viniciano de pié, junto al cuadro mural, vestido en tonos oscuros con un ceñido traje de ejecutivo. Un traje apretado que dejaba

ver las formas armoniosas de su cuerpo. Formas algo ya decaídas por la llegada de la edad madura.

Enfrente de él, a dos metros, sentado, aquel anciano que parecía tan poca cosa, con cara de monje, tan recatado y modesto en sus movimientos. Vestido de blanco desde la cabeza a los pies. Hasta sus zapatos eran blancos.

-Veo que calla. Bueno, le voy a hacer una revelación ante la que creo que va a ser muy difícil que siga mudo. ¿Sabe por qué me tomado tantas molestias en perseguir a la Iglesia? ¿Sabe por qué he asumido el desgaste político ante la opinión pública de emprender esta persecución de la que yo no saco nada?

Pues se lo voy a decir... porque soy un creyente.

Creo, en verdad, que usted es el sucesor del Apóstol Pedro, creo que la Santa Iglesia Católica es la barca que Dios ha puesto en el mundo para la salvación de las almas. Creo que sus sacramentos tienen un poder real. Sí, no se sorprenda. Las otras cosas que me habrá oído decir en los discursos son para el pueblo.

La siguiente revelación que sólo la saben un centenar de personas en el mundo, es que Dagón, en realidad, es Satanás. La gente ya ni siquiera sabe qué es Satanás, si les dijera esa palabra tendrían que mirarla en sus enciclopedias. Pero yo sí que lo sé. He sido su siervo desde los veinte años en que me consagré a él. Yo soy el sumo sacerdote de su iglesia. Ya sabe que en la religión de Dagón hay distintos niveles iniciáticos, sólo en los tres últimos se revela este secreto. Al resto de la gente se les dice que es un dios. Pero nosotros sí que conocemos la verdadera esencia de su naturaleza. Y por eso hemos luchado contra Dios con todas nuestras fuerzas. A El no le podremos coger, pero sí a sus siervos. Estamos hundiendo la Barca de la Salvación porque precisamente eso es lo que queremos. Vamos a hacer una nueva semana de la creación, o mejor dicho de la anticreación. En el último día, el infierno aparecerá sobre la tierra. Una nueva era va a amanecer. El cristianismo habrá pasado. Los siervos de ese Dios celeste habrán marchado a esa dimensión celeste, y la Tierra se nos dejará a nosotros. Porque toda esa revelación judeocristiana no ha sido otra cosa que una invasión de una divinidad celeste sobre la Tierra.

Hay que devolverles a su dimensión. Es más, a los seguidores de esa divinidad celeste, les vamos a ayudar a marchar cuanto antes a ese lugar beatífico. Incluso, hasta que fenezcan, les vamos a hacer ganar todos los méritos posibles. Cuando el último cristiano deje la faz de la tierra, entonces sólo nosotros reinaremos.

¡Ah!, tiene que saber que todas las formas de todos los sagrarios van a ser depositadas en una cámara especial del templo de Dagón. Allí serán profanadas con ritos especiales. Vamos a hablar con químicos sobre el modo de conservar esas formas cien o doscientos años. Así podremos profanar la Eucaristía siglos después que el último sacerdote haya muerto.

La profecía es *las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella*. Pues bien, yo soy el humano que va a romper, por vez primera, una profecía divina. Rota una, todo su poder sobre la Tierra quedará quebrado. O todo es cierto, o todo es falso. Yo seré la piedra que haga saltar el engranaje de las profecías.

Siiiií, mi querido cura. Todaviiiía no se ha dado cuenta de ante quién está delante.

El Emperador hizo una pausa de silencio, sin apartar la mirada de los ojos de su interlocutor.

-Yo soy... -continuó suavemente en voz baja- ...el Anticristo.

El Sumo Pontífice dio un respingo.

-No se asuste -prosiguió el Emperador-, todos los Papas ya sabían que antes o después este momento había de llegar. No se imagina el placer que es para el gato jugar con el ratón entre sus zarpas. Ese y no otro es el motivo de esta conversación. ¿Qué hay que usted me pueda ofrecer? Pues nada... ya únicamente me queda jugar con el ratón.

¿Callas? -gritó enfurecido el Emperador ante el silencio solemne del Sumo Pontífice.

El anciano Papa levantó los ojos y lleno de dulzura y paz comenzó a hablar por vez primera.

-Hijo mío, estás muy enfermo. Tienes gran necesidad de que Nuestro Señor Jesucristo toque tus ojos para que veas, de que toque tu corazón para que la luz de Dios anide en él. Hijo mío, no es tarde, abre las ventanas de tu alma a Dios. Si tú quieres, yo te explicaré detenidamente quién es de verdad ese Dios a quien combates.

-¡Fuera!, ¡fuera! –rabió iracundo Viniciano mientras pulsaba un botón para que entraran los guardias y se llevaran al prisionero.

-Hijo mío, así como si un arquero que dispara al sol no puede herirle, así tú tampoco podrás herir al Dios Omnipotente. Reflexiona sobre esa palabra: Omnipotente.

Los guardias aparecieron al instante y se llevaron al prisionero.

## CAPITULO

### XV



**E**l Circo Máximo era una de las grandes obras arquitectónicas del orbe. Todas las gradas podían ver cualquier punto de la arena en unas gigantescas pantallas. Aquel vasto edificio se había levantado como un inmenso escenario para el espectáculo. Allí se llevaban a cabo todo tipo de funciones y representaciones. Desde las grandes óperas y representaciones teatrales, hasta los desfiles de las conmemoraciones militares. Sin embargo, eran los combates de gladiadores y la muerte de hombres por fieras los espectáculos preferidos del público.

En la tribuna principal, se encontraba el Emperador rodeado de la Familia Imperial y algunos senadores. La tribuna se hallaba rodeada de bellísimas estatuas adornadas con flores, y todo ello en medio de los vapores de aromas que se quemaban en grandes pebeteros de oro. Todo aquel esplendor contrastaba con la arena del circo manchada con la sangre de los que habían muerto primero en las luchas y después en las fieras. Las últimas bestias eran conducidas de nuevo a sus jaulas cuando una voz resonó en el aire a través de los altavoces.

-Ciudadanos de la Urbe, el punto final de hoy: Su Santidad Lino II, último Papa de la historia, y sus Eminencias, el Colegio Cardenalicio en pleno.

Por una de las bocas que daba a la arena aparecieron los cardenales yendo al interior de la arena en dos filas. Avanzaban hacia el suplicio con el mismo orden como si fueran a celebrar una

Misa: en fila de a dos. Todos vestidos con sus trajes talares y esclavinas rojas. Al final de todos, iba el Santo Padre. Lo habían revestido pontificalmente, con una bellísima capa pluvial, con una tiara y báculo sacados de un museo. Las dos filas de cardenales iban rodeadas de guardas armados con tridentes, los cuales los habían dirigido hacia un gran recinto de cristal de forma cúbica. Mientras iban caminando, los altavoces iban instruyendo al ignorante público de la importancia de los Papas y los cardenales en la historia. Una vez que entraron todos los cardenales dentro de aquel recinto transparente y cúbico, que se encontraba en el centro de la arena, cerraron la compuerta.

Los guardias del tridente corrieron la cortina que por fuera cubría la base del recinto donde habían metido a los prelados. Un gigantesco “oh” de admiración profirió la multitud. Un metro por debajo del suelo donde estaban de pie los cardenales, había un recipiente con más de un centenar de anacondas. Los inmensos y gruesos reptiles se movían sinuosos allí de un lado a otro, entrelazándose, abriendo sus bocas amenazadoras unas a otras por el territorio dentro de aquella especie de gran cisterna.

Aunque la voz de los altavoces estaba explicando el juego, los condenados no estaban prestando atención pues no hacían otra cosa que rezar. El suelo comenzó a moverse con suavidad bajo los pies de sus eminencias. Los cardenales se tambalearon en el primer momento pero sólo un par tuvieron que levantarse del suelo. Pronto vieron en seguida con horror que debajo de ellos se encontraban las terribles serpientes. El suelo seguía deslizándose hacia afuera del recinto, por una ranura, mecánicamente, de forma que los cardenales se iban concentrando cada vez más, poco a poco casi todo el fondo estaba quedando descubierto. Al final, en el poco espacio que quedaba, los cardenales ya apenas podían apretarse más y alguno empezó a caer donde las serpientes. Varias anacondas hambrientas agarraron en un instante al cardenal caído, inmediatamente empezaron a estrangularlo y a devorarlo mientras los reptiles luchaban entre sí por el bocado. Desde ese momento, continuamente seguían cayendo cardenales al fondo y la escena espantosa se repetía. De la

multitud llegaba un irreconocible murmullo de gritos, risas y comentarios. El Santo Padre dio por última vez la bendición a todos los cardenales y poco después él, con el resto de los preladados, inevitablemente cayó con los demás. Como las anacondas tenían ahora muchas presas varios cardenales pudieron correr horrorizados entre las serpientes, pero sólo podían correr de un lado a otro pues las paredes transparentes impedían cualquier tipo de salida. Un cuarto de hora después unos estaban deshaciéndose en el interior de las hinchadas anacondas, y otros yacían muertos con los huesos rotos, asfixiados y estrangulados.

No mucho después, el espectáculo acabó y el público se fue retirando. Se retiraban a cenar a sus casas inconscientes del momento histórico que habían presenciado. Allí acababa de morir el Obispo de Roma con sus últimos cardenales.

Viniciano abandonó la tribuna acompañado por su esposa y rodeado de varios de sus ministros. Comenzó a recorrer el pasillo hasta el hangar donde aguardaba la nave *Imperator*.

-Yo creo que el público -comentó el Emperador a su esposa- no ha sabido valorar el exquisito plato final que les he ofrecido. Ha sido dar margaritas a los cerdos.

-Querido, sólo los espíritus cultivados estaban preparados para un final tan refinado. Según su mitología una serpiente les hizo caer al principio, y serpientes han sido las que han puesto punto final a todo ese asunto cristiano.

-No había caído en la cuenta -musitó para sí con satisfacción el Emperador.

De todas maneras este asunto de la persecución cristiana me está saliendo muy caro políticamente.

-¿Sabe? -se acercó un ministro-, hoy me han vuelto a pedir que visite nuestras bases en la Luna. Quieren que sea el primer emperador en hacerlo.

-¿Quiénes lo han solicitado -preguntó Viniciano-, la base imperial o la estadounidense?

-La nuestra.

-Ya pueden estar contentas nuestras bases orbitales y la lunar con tener gobernador propio y un senador representante -comentó Viniciano-. Recuérdeme a la pesada y terca delegación que la

distancia entre la Tierra y la Luna es de 384.000 km, y que a 2000 km/h se tarda una semana en llegar. Recuérdelos también....

De pronto, a veinte metros, un guardia que custodiaba una puerta se volvió y disparó contra Viniciano un proyectil VX. Una fugaz estela roja, un silbido en el aire, y el pequeño proyectil explotó en medio de toda la comitiva. El regicida huyó de inmediato por la misma puerta que custodiaba. La escena que dejaba tras de sí era espantosa, quejidos ahogados, el suelo lleno de sangre, cuerpos caídos que no se levantaban. Corriendo llegaron los secretarios y guardas que trataron de dar alcance al culpable. Adriana, la todopoderosa secretaria del Emperador, al llegar al lugar y ver lo sucedido se llevó las manos a la boca y dio un horrible alarido de dolor. Allí, mezclado con otros cuerpos estaba el Emperador, la mitad de su cuerpo en un lado, y la otra mitad a tres metros de distancia, o más bien los restos que quedaban de cintura para abajo. El Emperador todavía hizo un gesto de querer incorporarse, pero no tenía piernas y le faltaba un brazo. Al instante, cayó inconsciente por la pérdida masiva de sangre. La secretaria vio como con un disparo se ponía fin a un nuevo orden que iba a traer una nueva era.

Adriana, haciendo uso de todas las fuerzas de su voluntad recobró el dominio de sí misma. Tomó el teléfono diplomático y tecleó rápidamente un número. El teléfono diplomático era un teléfono portátil, cuatro veces más grande que los normales, pero que al mismo tiempo que establecía la comunicación transmitía los códigos secretos que permitían verificar que el que llamaba era alguien de rango ministerial.

-¿Dirección general?, envíen inmediatamente un servicio medico UCI al hangar de la nave del Emperador -ordenó llena de firmeza y energía-. Sí... Sí... ¡Soy la secretaria del Emperador! ¡Ha habido un atentado! Estamos en el edificio del Circo Máximo.

Pulsó la tecla de interrupción de comunicación y, seguidamente, volvió a marcar otro número.

-¿Mando Central? Soy la secretaria del Emperador. Quiero que interrumpan todo el

tráfico entre megaestructuras desde el Circo Máximo y el Hospital Ziegler. Ha habido un atentado contra el Emperador. Sí. Quiero que la nave pueda volar en línea recta desde aquí hasta la compuerta de entrada del centro médico.

Rápidamente, en menos de medio minuto, llegaron los seis médicos del complejo del Circo Máximo al lugar del atentado.

-Señora -dijo respetuosamente el médico jefe al ver el estado del cuerpo de Viniciano-, no hay nada que hacer.

-¡Eso lo decido yo, comience a trabajar! -ordenó Adriana.

-Con todo respeto, insisto en que no hay esperanza. Las vías de hemorragia son masivas, ha perdido la mitad de su cuerpo, fíjese en que estado está lo queda. Los acompañantes del médico comenzaron a dedicarse a varios que se quejaban levemente y que estaban alejados del centro de la explosión.

Adriana se volvió al soldado de detrás de ella, dirigió sus manos a la funda de su pistola, la abrió en menos de un segundo y con la pistola en la mano apuntó al médico.

-No me importa que se usen cien litros de sangre para mantenerlo con vida un minuto. Pero no se lo volveré a decir -le amenazó Adriana-, no pierda ni un segundo más o va a haber otro cuerpo más tendido en el suelo.

Los médicos, de mala gana, tuvieron que abandonar el cuerpo del herido que consideraron que tenía más posibilidades de sobrevivir, y se arrodillaron junto a lo que quedaba del Emperador y comenzaron a coser y a conectar tubos. Un minuto después, la mitad del cuerpo del Emperador conectada a mil tubos, siendo suturada incluso en el trayecto, llegaba al Hospital Ziegler. Los médicos corrían por el pasillo junto a la camilla, sosteniendo todo tipo de aparatos y goteros. Del tórax de Viniciano salían muchos de delgados conductos conectados a diversas máquinas y bolsas de plástico. El grupo de médicos entró en el quirófano, la puerta se cerró tras ellos.

Dos minutos después, salía un cirujano a informar a Adriana.

-Parece que no ha habido daños neuronales -le dijo el médico-, sin embargo, en su tórax las hemorragias internas y externas son irrefrenables. El proyectil era del tipo que produce este tipo de lesiones irrecuperables. No son tajos limpios, sino destrozos en todas direcciones. El corazón se colapsó totalmente ya antes de entrar al hospital, los pulmones irrecuperables. El resto de los órganos... son un amasijo de carne destrozada. Como ve el diagnóstico médico no puede ser más claro, además...

-¿Qué me quiere decir con eso?

-Pretendo decirle que si su corazón es ya un amasijo de carne cortada podemos colocarle un corazón mecánico, y mientras tanto, mientras dure la operación, trasfusionar sangre oxigenada al cerebro. El pulmón lo mismo, está destrozado, podemos conectarle a un pulmón artificial cuando tenga corazón. Así podría seguir explicándole las sustituciones que podemos hacer. La cuestión es si quiere seguir adelante. Aunque la cabeza está más o menos entera, es seguro que no resistirá todas estas operaciones.

-Doctor -le interrumpió Adriana-, dentro de un minuto vamos a traer aquí una pantalla A30 conectada a un módem Interworld. Hemos convocado a diez de los mejores especialistas del mundo. A través de la videoconferencia van a tener una reunión acerca de como continuar con el caso. Aunque llevo ejerciendo funciones muy distintas a las de mi carrera, quiero que sepa que soy médico también. Estamos convocando a los mejores expertos de las mejores universidades y hospitales. Después de la reunión se verá por donde continuamos.

Doctor... si quiere evitar una guerra civil haga lo imposible porque esa persona de ahí dentro se salve.

*5 horas después.*

-¿Hermann?, soy Adriana -saludó la secretaria hablando desde el teléfono diplomático todavía en el hospital-. Habla con el Comandante de la Guardia Pretoriana, que por ningún motivo permitan a nadie entrar a nadie en los despachos del Cónsul Máximo. Mejor, que nadie entre en Palacio mientras yo no de nueva orden. El Estado Mayor está reunido en el Ministerio de Defensa, les he asegurado que Viniciano vive, pero ellos ya

dan por supuesto que únicamente estoy tratando de ganar tiempo. Están discutiendo la sucesión. Viniciano no había designado sucesor. Se me ha informado que las legiones de Francia y el Reino Unido se han inclinado a favor del senador Umbe. Mientras que el Estado Mayor quiere que el nuevo emperador sea un general, aunque de momento no se ponen de acuerdo en cual.

-¿Quién ha ordenado el atentado?

-No han cogido al traidor. Pero todo parece que ha sido una intriga interna de una facción del Senado. O quizá del Ejército. Parece ser que estaban bastante cansados de tanta religión, empachados de tanta reforma religiosa. La persecución contra los cristianos ha debido ser la gota que ha colmado el vaso, yo creo. Se han dado cuenta de que las cosas habían ido demasiado lejos. Mira que se lo dije una y otra vez: debemos ir con mas cautela, no tan rápido. Pero él se sentía completamente seguro. Esta posibilidad, lo que le ha sucedido, ni se le pasó por la cabeza.

En fin –no pudo evitar exhalar un suspiro de tensión-, te llamaré después. Tú habla con el Comandante de la Guardia, dile que no se precipite, que espere. Es muy importante que no deje entrar a nadie. Hasta luego.

*Al día siguiente.*

-Señores -comenzó Adriana dirigiéndose a todos los generales de Estado Mayor en el Ministerio de Defensa-, creo que esta noche ninguno de nosotros ha dormido. Donde menos se ha descansado ha sido en el Hospital Ziegler. Los generales Bert y Kulmann me han acompañado al quirófano del Hospital y podrán confirmar lo que les voy a decir.

El emperador Viniciano vive. Sólo hemos podido salvar su cabeza. Su cabeza sin ningún daño neuronal, está conectada a un sinfín de tubos y aparatos, pero está perfectamente viva y consciente. Eso sí, sufre un gran cansancio y un terrible dolor de cabeza a consecuencia del golpe de la caída por el atentado y por los fármacos que le hemos suministrado.

La preservación con vida de una cabeza sin cuerpo, es algo que todavía se halla en fase experimental. Cada vez que se ha intentado anteriormente, las cabezas no han pervivido más

allá de unos meses en los mejores casos. Podemos poner oxígeno en la sangre, podemos diluir sustancias alimenticias en la sangre, pero el problema lo constituyen el sistema endocrino y linfático. El cuerpo produce cientos de pequeñas sustancias que no podemos producir nosotros artificialmente, ni siquiera conocemos todas. El resultado es que las cabezas comienzan a demacrarse, a tener ojeras cada vez más acusadas, los ojos se hunden, y la delgadez se va acusando hasta provocar la muerte.

No les oculto la realidad. Pero ahora escúchenme. Ustedes no han logrado ponerse de acuerdo en un sucesor, hay una seria amenaza de insurrección en las legiones de Francia y el Reino Unido. Probablemente, Estados Unidos no aceptará como presidente al que ustedes designen en las actuales circunstancias. Les propongo que demos carpetazo a esta situación que nos acerca cada hora a la guerra civil y que acepten que continúe como emperador Viniciano. Hasta que él muera, podemos seguir negociando el asunto de la sucesión, tenemos un año por delante.

Voy a ponerles la grabación -dijo tomando la cinta e introduciéndola en el aparato de la mesa.

En la pantalla aparecía la cabeza del Emperador rodeada de tubos, goteros y todo tipo de aparatos, tal como había dicho su secretaria.

-Mis queridos y fieles generales -comenzó Viniciano hablando lentamente con grandísimo esfuerzo-, ya saben que he sufrido un atentado. Pero finalmente me he salvado. Mi capacidad para gobernar no ha sufrido merma alguna. Puedo pensar perfectamente y puedo seguir dando órdenes como si estuviera en mi despacho. Emperadores ha habido que en su ancianidad gobernaron desde su mecedora y aun desde su cama durante años. Así que puesto que yo soy el emperador ¡y vivo!, pongan fin a cualquier vacilación. Les ordeno que a cualquiera que ponga en duda desde este momento quién es el que sigue mandando lo ejecuten por alta traición.

Mientras tanto, y hasta dentro de unos días en que tome una decisión definitiva, Adriana, mi fiel secretaria, queda nombrada cónsul suplente en sustitución del anterior, fallecido lamentablemente en el atentado. Ella junto con el

general Schmaus y el general Nolding formarán la tríada de gobierno de suplencia establecida para estos casos. Nada más. He dicho.

La grabación finalizó.

-No sé que pensarán mis colegas -dijo el general Durk levantándose-, pero prefiero seguir obedeciendo al Emperador en estas circunstancias, que afrontar una guerra civil. Además, el juramento de fidelidad se lo dimos al Emperador y éste vive, así que para mí la situación de trono vacante está finalizada.

El resto de generales asintieron, unos con más entusiasmo, otros con menos. Alguno se guardó de dar su asentimiento hasta que vio que se iba a quedar solo. Al día siguiente, todos los cuarteles amanecieron en paz, la guerra civil estaba abortada, Adriana dio un gran suspiro de descanso. El nuevo orden de Dagón seguía adelante.

## CAPITULO

### XVI



*3:30 de aquella noche  
Hospital Ziegler*

Un médico y un técnico avanzaban hacia los dos guardias que custodiaban la entrada al quirófano donde se encontraba la cabeza de Viniciano. Los dos iban cubiertos de pies a cabeza con las prendas verdes esterilizadas.

-Soy el doctor Beaumont -explicó el médico ante el guardia mostrándole su tarjeta de identificación- ha surgido un pequeño problema con un aparato. Es una cosa sin importancia pero hay que arreglarla ahora mismo.

-Muy bien, adelante -asintió finalmente el guardia tocando el botón de apertura de la puerta-.

El médico y el técnico entraron. La cabeza, que estaba durmiendo, con todos los tubos semejaba un pulpo agarrado, aprisionado, en sus extremidades por los aparatos que le circundaban. El médico sacó de la bolsa del técnico una pistola y comenzó a acoplarle el silenciador. El falso médico y el falso técnico sabían que hasta el amanecer del día siguiente el servicio de seguridad no dispondría de la lista completa de médicos de guardia que por la noche tenían que entrar y salir de ese quirófano. El retraso había sido culpa del ajetreado equipo médico que le atendía que hasta bien tarde habían estado dudando si era más conveniente trasladarlo al Centro de Investigación Médica de la Universidad de Frankfurt. La misma facción de senadores que había intentado asesinarlo, iba a tratar ahora de completar el trabajo fallido del día anterior.

El que iba vestido de médico no había tardado ni cinco segundos en preparar el arma, sin embargo, no sabía que en el segundo control que habían pasado el agente al mando había decidido telefonar para confirmar si era verdad que los enviaba el HTA del hospital. Por eso, tres segundos después de haber entrado, el falso médico oyó tras de sí que la puerta mecánica se

volvía a abrir. Sin volverse hacia la puerta a mirar a quien entraba, el médico apresuradamente con un movimiento instantáneo apuntó hacia la cabeza y disparó. Un segundo después, el médico caía acribillado por treinta disparos de la Guardia Pretoriana.

**A**driana, la omnipotente secretaria, dormía en su ancha cama. La oscuridad en su habitación era total. El teléfono de su mesilla comenzó a sonar. Casi sin poder despegar los ojos de sueño encendió la luz. Su rostro se llenó de ira incontenible, agarró el teléfono y, sin soltarlo, se incorporó sobre su almohada.

-Perdone, ¿sabe usted que son las 3:40 de la mañana? -ese fue el saludo furioso de Adriana. Alguien iba a ser despedido al día siguiente, pensó en medio de su sueño.

-A las 3:32 a.m. han atentado contra el Emperador, le han pegado un disparo a la cabeza.

-¿¿Cóomoo?? -el grito de la dama se debió escuchar en toda la mansión.

Media hora después Adriana, acompañada de diez agentes del servicio de inteligencia y cuatro personas más, entraba en el vestíbulo del hospital dirigiéndose hacia el quirófano donde yacía el Emperador mientras el nervioso jefe médico le explicaba el pronóstico.

-Señora Adriana, hemos tenido una gran suerte porque debido a que el asesino fue sorprendido de inmediato no pudo apuntar al centro del cráneo, el resultado fue que la bala dio en el blanco, pero sólo rozando el parietal izquierdo y el temporal. Apenas llegó a afectar el ala menor del esfenoides.

-¿Han estimado cuánta masa encefálica ha perdido? -preguntó Adriana.

-Un 10% del tejido neuronal.

Adriana apretó los puños con rabia. Trató de calmarse. Después, continuó:

-Hay pacientes que con esa pérdida no han sufrido deterioros en sus actividades mentales, ni en sus recuerdos, ni en su capacidad.

-Aunque otros sí que han quedado muy disminuidos en sus funciones. Pero el mayor problema ahora es que la hemorragia interna está resultando incontrolable. Los senos venosos están

controlados, pero no así las arterias meníngeas. No podemos hurgar en el cerebro como si fuera el intestino. No le oculto que si no logramos estabilizar su situación en diez minutos vamos a tener como mucho una vida vegetal en esa cabeza.

Poco después la Secretaria se dirigía a la entrada de los quirófanos.

-Ustedes esperen aquí -ordenó Adriana a los hombres del servicio de inteligencia al llegar al umbral de la zona estéril de los quirófanos-, ustedes síganme -e hizo una seña a los cuatro misteriosos hombres que la acompañaban-.

-Perdone... -objetó el jefe médico-, pero no pueden pasar así, tienen que revestirse de la ropa aséptica.

-Ya no tenemos tiempo -respondió Adriana penetrándole con los ojos.

**D**entro del quirófano la actividad era frenética, los cuatro hombres que acompañaban a Adriana eran sacerdotes de Dagón. Nada más llegar comenzaron a abrir sus bolsas y a pintar un pentáculo en el suelo, alrededor de la especie de camilla donde reposaba la cabeza de Viniciano. Los médicos se extrañaron, pero tras pedir explicaciones a la poderosa secretaria siguieron con su trabajo sin hacer preguntas. Los cuatro dagonianos pusieron velas en las puntas del pentáculo del suelo y comenzaron sus ritos...

Aquella misma noche todos los generales del Estado Mayor se enteraron de que un disparo había impactado en la cabeza del Emperador. Ninguno de ellos daba ya nada por la vida del cerebro agonizante, sin embargo, ninguno de ellos quiso dar ni un paso en ninguna dirección hasta que oficialmente se les anunciara que el Emperador había fallecido. Ninguno quería dar el primer paso y ser acusado de traición. Ni una bandera a media hasta, ni un comentario en ningún medio de comunicación, sólo los generales sabían. La noche se les hizo interminable, pero nadie del Estado Mayor se movió.

Al día siguiente, Adriana les comunicó a primera hora que el cerebro había sido salvado. Aunque reconoció que hasta dentro de un par de



semanas no sería posible saber si sus facultades habían quedado perturbadas.

Por supuesto la opinión pública lo que entendió fue que el Emperador había realmente muerto pero que lo que se trataba al decir que vivía todavía, era de ganar tiempo para clarificar el verdaderamente turbulento paisaje de la sucesión.

## CAPITULO

### XVII



**D**os semanas después, ante el estupor universal el emperador Viniciano apareció ante las cámaras de televisión.

El Senado en pleno fue a verle al hospital. La visita fue retransmitida en directo a todo el mundo. Nadie podía creerlo, pero allí estaba la cabeza de Viniciano. Todos los tubos y aparatos estaban ocultos o disimulados, de manera que parecía que la cabeza reposaba directamente sobre el centro de la gran caja-mesa que la sostenía. Su aspecto, a excepción de la parte donde recibió el disparo, era normal, si bien con un color blanquecino enfermizo. Viniciano saludó a los senadores y contestó a todas sus preguntas con normalidad, aunque todavía con lentitud y cansancio. Lentitud y cansancio que irían desapareciendo en las semanas venideras.

En los meses siguientes todos los políticos quedaron convencidos de que podía seguir dando órdenes y supervisando el Imperio desde aquel trono nunca visto. Después de haber hecho trabajar concienzudamente a un equipo de 98 técnicos, el Emperador salió del hospital sobre un nuevo ingenio cibernético. Todos los aparatos que mantenían con vida a la cabeza habían sido colocados en una gran caja de acero blindada de dos metros por dos metros, y casi un metro de altura. A esa caja se le había acoplado un complejísimo sistema cibernético de movilidad. De la caja salían 8 pies mecánicos como los de una araña. El aspecto general de la cabeza, la caja y los pies, era (sin pretenderlo) el de una gigantesca araña. De esta forma, como dijeron todos los titulares, el 3 de junio de 2208 salió el Emperador de hospital “por su propio pie”<sup>4</sup>.

Del atentado surgieron dos consecuencias. La primera fue un aumento de devotos en Dagón pues la mayoría de la porción más ignorante de la

---

<sup>4</sup> Ap 13, 3

población creyó que el Emperador había realmente muerto, y que había sido Dagón el que lo había devuelto a la vida. La segunda consecuencia fue un aumento considerable de poder para Viniciano, pues todas las facciones senatoriales comprendieron durante su enfermedad que la ausencia del Emperador les abocaba a la guerra civil.

3 meses después.

**E**l Emperador se hallaba en su despacho. Un nuevo despacho en otra ala de Palacio. El despacho era una inmensa sala vacía de mobiliario. La sala era tan grande porque al Emperador le gustaba moverse de un lado a otro de la habitación. Otra de las razones para el gran tamaño de la sala era porque en una de las paredes había una pantalla de diez metros de altura. A través de ella era informado del estado del Imperio y a través de ella daba continuamente órdenes. El sistema informático de la pantalla, lo mismo que el ingenio cibernético con el que se movía, obedecía a la voz de Viniciano, de manera que no había necesidad de teclear nada. La gran pantalla se subdividía en otras muchas subpantallas, de forma que podía mantener una conversación con un gobernador en una subpantalla y al mismo tiempo en la subpantalla de al lado leer los informes económicos de esa provincia del Imperio.

La sala quería ser alegre, pero tenía un aire tétrico, de tumba faraónica en el corazón de una pirámide. Las paredes de color hormigón, desnudas; la inmensa araña biónica con la cabeza en el centro de la sala. Justo enfrente de la cabeza cinco asientos para las visitas. Aunque aquello era un despacho ya no había mesa, ya no tenía utilidad ninguna. *La tumba del faraón*, así denominaron aquel lugar algunos empresarios que fueron a visitarle.

La puerta de la sala se abrió. Una hombre y una mujer penetraron en la sala-despacho.

-Adriana, Nequo. Me alegro de veros de nuevo -les saludó gélido el Emperador, hacía ya tiempo en que Viniciano era frío con todos,

parecía que la última emoción humana hubiera desaparecido con el atentado-. Sentaos.

Adriana, no voy a volver a repetir los errores del pasado. Nequo, ya estás al corriente de que en los próximos meses Adriana tomará las riendas de la vicepresidencia de Estados Unidos y de Cónsul suplente del Imperio. Necesito que la autoridad de mi *número dos* en el mando quede desde ahora muy clara. No puedo arriesgarme a que nuestra obra pueda hundirse si algún día falto. Mi salud es buena, los médicos se muestran optimistas. Pero no me engaño, hoy por hoy nadie ha sobrevivido demasiados meses con carencia absoluta de cuerpo. Si a la caja que tengo debajo se le hubiera podido añadir mi hígado y un par de órganos más, mi tiempo se hubiera alargado en varios años. Ah... la prolongación del tiempo -y cerró los ojos con pesar-. Sin embargo... no se pudo hacer nada. Estoy dedicando billones y billones del presupuesto imperial y de Estados Unidos en investigación sobre este campo médico. Pero... hasta ahora... nada. Hemos cortado la cabeza de cientos de seres humanos clónicos, de fetos, lo estamos intentando todo... Pero el mayor problema con el que me enfrento es que esos experimentos sobre la degradación de cabezas exentas comienzan ahora y no darán su fruto hasta dentro de un año. No podemos acelerar el tiempo. Y el tiempo pasa para esas cabezas, pero también para la mía -los ojos de Viniciano se enrasaron con lágrimas, aunque ninguna llegó a caer.

Así que Adriana prepárate, el proximo 8 de octubre será tu juramento como vicepresidenta de Estados Unidos. La sociedad por una de esas irracionalidades que escapa a toda comprensión desde hace varias generaciones se ha vuelto algo más machista, así que tu trabajo no será fácil.

Tú, Nequo, como Sacerdote Supremo de Dagón. Te encargo que pongas disciplina en el Quinto Círculo del Templo. Diles a esos imprudentes que todavía no es tiempo de dar a conocer el verdadero nombre de Dagón. La gente no sabe qué es Satanás, pero por qué crearnos problemas con unos cuantos profesores de universidad cuando de momento podemos pasar ese asunto inadvertido.

-Satanás, me ha dicho que nos demos prisa -dijo Nequo-, que el tiempo que nos queda es corto.

-Tú, Nequo -ordenó el Emperador mirándole con fijeza-, recuerda que la futura emperatriz será ella. Tu misión es formar a los sucesivos emperadores y gobernantes inferiores en los secretos de los Círculos de Dagón.

-El tiempo es breve -repitió Nequo.

## CAPITULO

### XVIII



**L**a araña-emperador subió las gradas de mármol. Abajo, detrás de él, el Senado en pleno, a la izquierda en formación, en posición de firmes, una representación de los altos oficiales de los tres ejércitos de Tierra, Mar y Aire, a la derecha los embajadores de todo el mundo. Viniciano al llegar a la última grada se volvió y con delectación miró desde lo alto a la multitud.

-Ciudadanos y súbditos -sus palabras, como toda la ceremonia, se estaban retransmitiendo a todo el planeta y bases espaciales en directo-. Hoy se celebra el 25 aniversario de la *Pax Maxima*. Desde los acuerdos de ese lejano año, el mundo ha disfrutado de la paz más larga de la historia. Hoy en el mundo, podemos decir con orgullo que no hay ni un solo conflicto armado, ¡ni uno sólo! Y no solo eso, sino que incluso las dos superpotencias que habían sido rivales, forcejeando durante casi un siglo, pero sin arañarnos, hemos logrado alcanzar este estado de armonía y buen entendimiento. Hemos estado, durante casi una centuria, sacando pecho la una frente a la otra, llegando a las manos sólo en conflictos menores, regionales, pero siempre con el miedo de la preponderancia de la otra, siempre con el temor de que la otra avanzara en el mapamundi. Todo eso es ya historia, es parte del viejo orden, ahora constituimos una alianza. Nunca la paz ha estado tan bien amarrada. Muchos se quejan de que el poder del Emperador sea tan fuerte, pero su fortaleza es la fortaleza de los lazos que mantienen atado al dios de la guerra. Sin una mano fuerte, el monstruo de la guerra no hubiera podido ser sujetado. Ahora el mundo conoce una prosperidad sin parangón en toda la historia de la humanidad, porque nada favorece tanto la economía como la estabilidad, como la disolución de hasta las más pequeñas nubecillas que pudieran enturbiar nuestro horizonte. Prosperidad que es fruto del orden y la disciplina. Ahora tengo tras de mí la estatua que conmemora

esta paz, la estatua que simboliza el poder imperial, la imagen de la divinidad que nos ha conducido a este punto.

Detrás de él, se elevaba una mole que parecía tocar el cielo, cubierta con una especie de colosal velo. Acabado el discurso y tras una gran fanfarria de trompetas, comenzaron a cantar trescientas voces del Coro de la Orquesta Sinfónica de Londres el comienzo de *Carmina Burana*. En ese momento el velo blanco comenzó a caer, dejando al descubierto la estatua más colosal del mundo. Junto a los más grandes edificios se erigía descomunal esta imagen de Dagón. No sólo era la estatua más grande del planeta, sino que era veinte veces más grande que la mayor levantada hasta aquella fecha: un kilómetro de altura. Dagón tenía la forma de una pantera negra antropomorfa sentada sobre sus patas traseras y en posición rampante. Era una especie de pantera con patas de oso y una boca desproporcionadamente grande, como de león, abierta amenazadoramente enseñando todos sus dientes. La imagen era de un bellissimo mármol negro. Sus dos patas delanteras estaban en alto desafiadoras, pero otras dos pequeñas manos salían de su pecho y sostenían sobre sus rodillas una pequeña imagen de Viniciano vestido como pontífice<sup>5</sup>.

Delante de ella comenzaron a quemar en varios pebeteros grandes cantidades de incienso, mientras a sus pies corría la sangre de las víctimas de varios sacrificios. Un poco más abajo del pedestal desfilaban con el paso de la oca las orgullosas legiones del Imperio en medio de las fanfarrias de trompetas.

La muchedumbre congregada gritaba "HAIL" enardecida, mientras cientos de miles de brazos se extendían y se alzaban saludando como los antiguos romanos. Los estandartes militares orgullosos corrían alineados pero como un río en medio de un mar de cabezas.

Occidente se hundía en medio de la oscuridad.

## CAPITULO

### XIX



*Un mes después.*

El senador Karl Berger entró apresuradamente en su despacho y se sentó delante de la pantalla de su ordenador. Una rápida consulta a su agenda y sus dedos teclearon un número. Unos momentos después, aparecía en la pantalla su viejo amigo Ku Lí, un político muy bien situado en Tokio.

-Hombre, Ku, menos mal que te he encontrado -le saludó rápidamente el senador.

-Vaya, hacía tiempo que nos veíamos.

-Siéntate porque lo que te voy a contar no lo vas a creer.

El japonés se sentó con cara de extrañeza.

-Mira -continuó el senador-, ya sabrás que desde hace cosa de un par de meses Roma está dominada por la cónsul Adriana. El Emperador poco a poco se ha ido retirando cada vez más a su despacho mausoleo y dándole cada vez más atribuciones a esa mujer.

-Sí, sí, lo sé. Estoy al corriente.

-Bueno, pues lo que te voy a decir te va a dejar helado. Había una gran concentración de servidores de Dagón en una explanada en las afueras de Roma. Fueron cientos de miles de fanáticos. En un momento dado, apareció ella como sacerdotisa e imprecoó a Dagón para que hiciera bajar fuego del cielo<sup>6</sup>. Y... aunque no lo creas bajó. Una tromba de fuego, como un tornado de llamas descendió abrasando un pequeño edificio cercano.

-Ja, ja, ¿no pretenderás que me trague esa bola? Oye estás hablando con un político profesional. ¿Desde cuándo los políticos tenemos fama de haber nacido ayer?

-Yo por supuesto cuando me llamaron para darme la noticia no me lo creí. Lo vi después,

---

<sup>5</sup>Ap 13, 14

---

<sup>6</sup>Ap 13, 13

en la televisión, en las noticias. Yo, en ese momento, estaba convencido de que eran efectos especiales. Estaba seguro de que el Régimen estaba usando los medios para aunar al País con la excusa de la religión. Sabes que siempre he sido escéptico. Mi familia ha sido agnóstica de toda la vida. Sin embargo, dos días después anunció que lo volvería a hacer. Invitó a venir a todos los que quisieran, por supuesto invitó a toda la flor y nata de la Urbe, a todos los canales de televisión. Y todos los científicos que quisieran podían llevarse los aparatos que desearan para hacer las averiguaciones que les apeteciese. Es como si dijeran: va a ocurrir un milagro ese día a tal hora. Vengan los que quieran. Traigan lo que quieran para comprobar la veracidad del milagro.

-¿Fuiste?

-Sí, yo fui uno de los que estaban ahí. Y ante nuestros ojos... ¡todos lo vimos! Mira, yo no se si hay trucaje. Lo cierto, de lo que estoy seguro, es de lo que vieron mis ojos: descendió fuego del cielo. Lo vi con mis ojos.

-¿Cómo era?

-Era como una especie de tornado de fuego descendió del cielo y abrasó un pedestal donde le habían colocado varias reses como sacrificio y unas cuantas personas que voluntariamente se querían inmolar ante el nuevo dios.

-¿¿Voluntariamente??

-¡Sí, sí! No te imaginas lo cambiada que está la Urbe desde la última vez que viniste. Se ha desatado una especie de histeria religiosa. Los servidores de Dagón lo invaden todo. Pero espera, que allí no acaba la cosa. Adriana en estos últimos días está desplegando todo tipo de portentos. Ha desarrollado poderes telekinéticos.

-¿Qué es eso?

-Mueve cosas sin tocarlas. Pero no sólo telekinesia, también ha curado ciertas enfermedades. Dolencias no muy serias, también es verdad. Y en sus ritos provoca ciertos fenómenos poltergeist<sup>7</sup>. Los senadores y generales estamos aterrados porque estamos persuadidos de que tiene un sexto sentido, una percepción especial, que nos traspasa cuando vamos a entrevistarnos con ella.

-Vamos, vamos, las cosas pueden estar mal, pero yo creo que lo que pasa es que ha logrado crear un clima obsesivo. Os estáis obsesionando.

-Sí, tienes razón. Ya es difícil distinguir mantener la cabeza fría en este ambiente tan enrarecido.

-Oye, he oído hablar de que Adriana está realizando profecías.

-Sí, es cierto. Además de lo que te he dicho, ha realizado una serie de profecías que hasta ahora se han cumplido. Y, encima, se asegura que está realizando todo tipo de maleficios. Varias de las últimas muertes las profetizó, casi todos sus vaticinios versan sobre ese tema macabro.

-¿A qué tema te refieres?

-El de los fallecimientos de personas influyentes. Se dice que sus maleficios fueron la causa de su muerte. ¡Créeme el ambiente aquí está enloqueciendo por momentos!

-Tranquilízate, tranquilízate. Vente un par de semanas a descansar a Tokio. Además, ahora que ha acabado la guerra comercial entre la República Europea y Japón incluso podrías aprovechar para hacer unas cuantas visitas oficiales.

-Lo voy a pensar. Esta bien, te volveré a llamar.

-Oye, un consejo de amigo.

-Dime.

-No tengo ni idea de qué es lo que pretende el Régimen diseñando, creando y fomentando esta histeria religiosa. Tal vez aunar voluntades alrededor del Cónsul Máximo o de la que ya desde aquí vemos que se perfila como su sucesora. Pero, en cualquier caso, no te dejes contagiar de esta epidemia pseudomística. Mira, aquí nuestro Gobierno ve este asunto con mucha preocupación. Para aunar voluntades se puede usar la ideología, el nacionalismo, la religión... Detrás de estos movimientos de masas, siempre hay alguna mente fría y calculadora, escéptica y nada dada a misticismos, que usa todo eso para lograr algo. Te aconsejo vivamente que te ausentes de la Urbe durante unas semanas. Después, cuando regreses lo verás todo con más objetividad. La histeria religiosa es tan contagiosa como una gripe. Yo creía que los políticos

---

<sup>7</sup>Ap 13, 14

estábamos vacunados contra ella, pero oyéndote veo que las cosas se han puesto muy feas allí. Camináis hacia el poder absoluto con la excusa de esas creencias en Dagón.

-Ya somos súbditos del poder absoluto de la aristocracia económica desde hace mucho.

-Pues camináis hacia el absoluto poder del poder absoluto.

-Ja, ja.

-En serio, vais hacia una concentración de lo que ya estaba concentrado.

-Bueno, me pensaré lo de darme una vuelta por Tokio. Necesito un descanso.

-Hazlo.

-Hasta la vista.

-Adiós.

## CAPITULO

### XX



**A**driana subió las gradas de mármol, a los pies de la inmensa estatua de Dagón había un altar. Sobre el altar tumbada una persona atada de pies y manos.

Adriana recitó en alta voz unas oraciones, un asistente le acercó un cuchillo ritual de plata. Adriana elevó sus ojos hacia la estatua y después lo hundió sin dudar en el pecho de la víctima. Detrás de la sacerdotisa la multitud comenzó a repetir mantras y a agitarse frenética.

Recientemente, una nueva ley permitía que si alguien voluntariamente por escrito ante notario, se ofrecía para un sacrificio humano pudiera ser sacrificado en vez de los animales que hasta entonces se ofrecían. Sin embargo, las sentencias capitales públicas sólo podían seguir ejecutándose en el Circo Máximo. La sangre de aquella víctima se esparció en todas direcciones por encima del ara de mármol blanco.

Sobre el pecho de Dagón había una especie de amplia repisa. A ella se accedía desde el interior de la estatua, hueca por dentro. Allí, sobre aquella repisa, cinco sacerdotes de Dagón, cada uno con un ánfora. Los sacerdotes vertieron el contenido de las ánforas en una abertura en forma de boca de león. Cada vasija contenía toda la sangre de una víctima voluntaria. Toda aquella ceremonia era inapreciable desde el suelo, tanta era la distancia, pero aquella liturgia estaba pensada para las cámaras de televisión que enfocaban todos los detalles desde sus privilegiadas posiciones.

-¡Señor de las Tinieblas -invocó Adriana a los pies de la estatua-, infunde aliento en esta imagen tuya!

Esta invocación fue repetida tres veces. Después la repitieron los trescientos sacerdotes congregados a los pies de aquella representación de la divinidad. Finalmente, las masas gritaron la petición una y otra vez, como una letanía, como un fragor en aquella concentración que se asemejaba estéticamente a las antiguas

concentraciones de Nuremberg en los tiempos del nacionalsocialismo.

Ante el asombro de todos la estatua emitió un gruñido. En la multitud se hizo un silencio total, absoluto. Un nuevo gruñido todavía más fuerte surgió de la estatua. Después silencio. Finalmente, un terrible bramido puso los pelos de punta a todos.

-M-i-i-s s-i-e-r-v-o-s -comenzó a hablar pausadamente la horripilante bestia-, por fin después de tantos milenios me puedo comunicar directamente con vosotros, los humanos -la imagen hablaba moviendo los labios y haciendo terribles gesticulaciones con su rostro bestial-. Yo soy vuestro dios. Adoradme porque va a dar comienzo una nueva era -su voz era como de serpiente, articulaba las palabras llenas de odio<sup>8</sup>.

Tras aquello la voz cesó y su rostro volvió a quedar estático. La multitud respondió enloquecida con un gran grito unánime de entusiasmo. Toda la escena, así como los sacrificios previos, habían sido retransmitidos por televisión. Durante aquella jornada y las siguientes, todos los noticiarios no hablarían de otra cosa. Los reportajes, las entrevistas, los programas especiales, no trataban de otro asunto. En los días sucesivos, cuando se llevaban a cabo los ritos pertinentes, la estatua hablaba. Todos los científicos escépticos pudieron investigar el caso. El resultado, al cabo de una semana, fue unánime. No se podía explicar cómo, pero el mármol se movía como si fueran los labios de la boca y el rostro de una persona. El sonido era también auténtico, y científicamente inexplicable. Después del mensaje, el mármol negro volvía a ser mármol inmóvil.

Al principio, los científicos desplazados estaban seguros de que todo era un montaje. Aquello tenía trampa. Pero pronto se dieron cuenta de que el exterior de la estatua era mármol. Una capa de mármol artificial que una vez solidificado formaba una única pieza sin juntas, sin uniones. Y lo comprobado era eso: que el mármol se movía, que la piedra inanimada parecía cobrar vida en sus intervenciones.

Los documentales y entrevistas se hacían eco de que la humanidad había entrado en contacto con otra dimensión. No había otro modo de explicar todos aquellos hechos que iban más allá de la naturaleza. En el siglo XX estuvo muy de moda la idea de que seres de otros planetas estaban entrando en contacto, ocultamente, con la Humanidad. Lo que ahora, en el siglo XXIII, había sucedido, decían, era que la Humanidad había entrado en contacto con otra dimensión. Una dimensión poblada de entidades superiores. Dimensión en la que descollaba la entidad conocida como Dagón. Todo el mundo quería saber más sobre el tema. El hambre de ocultismo se extendió por Occidente como una moda. La imagen de Dagón hablaba seis veces cada dieciséis días. Su mensaje era oído por todo el planeta, pues se emitía en televisión. Todo tipo de fenómenos paranormales se estaban produciendo en muchas viviendas como consecuencia de las prácticas espiritistas que se estaban realizando. Cada día, aparecían en los platós de televisión personas poseídas de espíritus pitónicos siendo entrevistadas acerca de sus poderes. El Partido del (Nuevo) Orden se extendía sobre todos los países del planeta como una sociedad de iniciación esotérica. La sociedad entera entraba en un loca euforia de revolución, una revolución que venía inspirada de otra dimensión y dada por seres ultraterrenos.

---

<sup>8</sup> Ap 13,15

## CAPITULO

### XXI



Cinco semanas después, la imagen de Dagón comenzó a dar, durante diez días seguidos, los más terribles mensajes acerca de los cristianos. Se les acusaba de las cosas más odiosas. Finalmente, amenazó con espantosas enfermedades epidémicas, catástrofes naturales y una sucesión de plagas si la sociedad no tomaba medidas. La imagen de Dagón no decía claramente qué había que hacer con ellos. Sólo exhortaba repetidamente a que se tomaran medidas, porque, de lo contrario, ellos iban a acarrear la venida de un sinnúmero de desgracias a todo el género humano.

El undécimo día después de que empezaran aquellos mensajes de aviso contra aquella secta minoritaria, en Estados Unidos y en todo el territorio del Imperio se lanzó la orden de encarcelamiento de todos los cristianos. El Servicio de Seguridad General en SPOE y el FBI en USA, recibieron el listado de todos los nombres de ciudadanos bautizados, gracias a los libros de bautismo confiscados meses antes. Los archivos informáticos proporcionaron el domicilio y lugar de trabajo de cada uno de ellos. Con mucha antelación, cuidadosamente, se había preparado esta operación. En el plazo de tres días no debía quedar ni un sólo cristiano en libertad. El ejército ayudó en esta ingente tarea de detener a millones de personas en un término de tiempo tan breve. Desde hacía varios meses, se llevaban construyendo veinte gigantescos campos de prisión en Eurasia y quince en territorio americano. La masa de cristianos hubiera colapsado el sistema de prisiones estatales, había que preparar espacio para ellos.

Entre los encarcelados se contaban intelectuales, militares, empresarios, familiares de altos senadores. La medida causó un amplio malestar en la sociedad, pero nadie se movió. Viniciano y Adriana estaban forzando los engranajes de la maquinaria, pero ésta resistía. La última vez que Viniciano la había forzado con la

condena por decreto del Santo Padre y los cardenales le había valido un atentado y casi un golpe de Estado, aunque éste último no llegara a eclosionar. Ahora la sociedad estaba más adoctrinada con las ideas dagonianas, pero aun así se necesitaba algo que eclipsara ese malestar de ciertos sectores, de muchas personas individuales pero influyentes, por la persecución anticristiana, algo que supusiese un revulsivo de la unidad nacional. Y ese algo se lo iba a proporcionar Adriana en los días siguientes, todo calculado y decidido en un plan ideado hacía ya años.

*Tres días después.*

*Frontera de Canadá.*

El horizonte completo estaba cubierto de altos pinos nevados. Todo estaba inmaculado y gélidamente blanco. A cada kilómetro, una elevada torre metálica con la rojiblanca bandera canadiense. Algunos soldados con guerrera roja, pantalones negros y el típico sombrero de ala redonda de la Policía Montada, vigilaban con prismáticos, observando cualquier objeto sospechoso. El silencio invernal, aumentado por la nieve, era absoluto.

De repente, desde la frontera de Estados Unidos, y casi a ras de suelo comenzaron a aparecer en el aire unas pesadas naves negras acorazadas. Hacían el ruido de helicópteros y se movían como ellos. Primero aparecieron una docena, después cientos. Todas las naves atravesaron la línea fronteriza y se internaron en territorio canadiense sin hacer caso de las torres metálicas de vigilancia. En las torres, la actividad era frenética, todas llamaban de inmediato al Cuartel General del Ejército. Ninguna torre se atrevió a hacer ningún disparo, pues semejante ejército acorazado desde el aire los hubiera aniquilado, pues con sus calibres era inútil atacar las panzas de aquellos vehículos aéreos blindados. Todavía estaban llamando cuando aplastando los árboles aparecieron gigantescas máquinas acorazadas terrestres, eran los AR-AD. Tenían el aspecto de cuadrúpedos, su altura era de veinte metros, avanzaban con gran lentitud, pues no en vano eran los artefactos bélicos terrestres más pesados del Ejército USA.



Desde la cabeza del cuadrúpedo que iba al frente de aquella columna de fuerzas terrestres, un coronel miró, en la pantalla de su puesto de control, las torres del sistema de fronteras canadienses.

-El presidente Viniciano nos ha dicho que ya no existirán fronteras a partir de ahora - comentó fríamente. Sin dudarlo, ordenó abrir fuego contra ellas, sus subordinados obedecieron. De la cabeza y del cuerpo del ingenio acorazado salieron ráfagas de rayos láser y pequeños misiles. En cinco segundos, todas las torres que abarcaba la vista estaban en el suelo en medio de las llamas. Una treintena de pesados AR-AD cruzaron la frontera, detrás de ellos iban miles de pequeños vehículos transportando las tropas de infantería. Por encima de la columna terrestre, se veían aquí y allí, moviéndose en el aire, inmensos dirigibles, esféricos, pintados con grisáceoverdosos colores militares.

Un día antes, en el espacio exterior, cinco inmensos cruceros orbitales del Ejército Imperial se habían colocado sobre la nación canadiense. Y media hora antes de la invasión habían desplegado centenares de miles de pequeños misiles. Los misiles se mantenían estáticos en órbita geoestacionaria a poca distancia de los cruceros. Cada uno de ellos tenía fijada su diana en suelo canadiense, objetivos que eran seguidos desde los satélites espía. Diez minutos antes de la invasión terrestre, centenares de miles de reactores se encendieron, en la parte trasera de cada misil el fuego del reactor fue pasando del amarillo débil al rojo intenso, mientras cada proyectil se lanzaba disparado a su objetivo. Las dianas: el Ministerio de Defensa, bases del ejército, sistemas de comunicaciones. Cinco minutos después, todos los proyectiles caían de golpe, desatando un infierno de fuego en todos los puntos militares estratégicos dispersos por el país. Cuando las tropas terrestres atravesaron la frontera, la guerra estaba ya ganada.

*8 días después.  
Senado Imperial.*

-Nobles senadores -comenzó la cónsul Adriana desde la tribuna-, la Guerra del Canadá ha terminado el día de hoy a las 8:15 a.m. No les voy a informar del desarrollo de los combates porque les supongo completamente informados a través de la televisión. El despliegue de información de la CNN ha sido tan magnífico, que yo casi ni me molestaba en leer los partes de guerra -comentó con una sonrisa la cónsul-. Canadá no esperaba el ataque pues pensó que nuestros cruceros orbitales iban de paso hacia Asia. Por otro lado la concentración de fuerzas militares a 500 kms de la frontera de Canadá se le anunció con semanas de antelación a ese país, como maniobras conjuntas SPOE-USA.

Debo advertir a este noble senado con pesar, que los consejeros de la Casa Blanca nos aseguraron que el pueblo americano no participaría en una guerra contra su país vecino. Esa es la razón por la que hemos tenido que hacer uso de nuestra infantería imperial, y sólo la mitad de los aparatos eran de procedencia USA. Tengo confianza en que el pueblo norteamericano con el tiempo participará en nuestras campañas. Pero por el momento tan sólo se tolera la existencia de un Presidente con Poderes Especiales. Si imponemos por la fuerza más cargas psicológicas a ese pueblo tan orgulloso, habrá motines populares. La confinación cristiana allí ha tenido más problemas que en ningún otro sitio. Nuestra esperanza es que el Partido del Orden prosiga infiltrándose poco a poco en todos los estratos de la sociedad, hasta minar esos obsoletos valores nacionales.

Canadá, aunque era miembro de la Confederación, pasará a ser territorio imperial. De momento gobernado bajo leyes militares. Esperamos mucha oposición de parte de la población, pero nuestros especialistas -y sonrió mostrando sus dientes- harán un buen trabajo. Además, en Canadá un 8% de la población ya estaba adscrita al Partido del Orden Canadiense. De allí sacaremos las élites gobernantes tras la ocupación militar.

Esta campaña militar nos ha costado quince billones de euros. O sea la mitad de los beneficios semanales de nuestro monopolio telefónico. Hemos perdido mil hombres, el doble que los accidentes de tráfico de un fin de semana.

Señores, me enorgullezco al comprobar que nuestro formidable poder militar no se corresponde en nada con la escasa proporción de territorios planetarios que disponemos.

¡Larga vida al Emperador Viniciano!

HAIL -gritó extendiendo el brazo y poniendo fin a su discurso.

Todos los senadores se pusieron en pie gritando HAIL y correspondiendo a su saludo. Estaban eufóricos de verdad. No se conquistaba todos los días Canadá. Después vino el turno de preguntas, el senador Durkheim se puso en pie y desde su sitio preguntó:

-Cónsul, mi tatarabuelo, el general Durkheim el Viejo, y mi bisabuelo lucharon por la implantación del régimen imperial en la desastrosa y anárquica etapa final de la democracia en la Comunidad Europea. No obstante, respetuosamente me gustaría preguntar qué motivo nos ha llevado a conquistar ese territorio de un pueblo libre.

Todos los senadores sintieron que se les ponía la piel de gallina. Nadie se había atrevido a tanto desde hacía años. Y aunque la mitad de ellos, por lo menos, estaban de acuerdo con aquellas venerables canas, eran conscientes de que la libertad de palabra había desaparecido de aquel hemisferio hacía ya mucho. Nadie les había limitado la palabra, ellos, cada uno, se habían autoimpuesto esos límites.

-Senador -contestó condescendentemente Adriana. Condescendiente por aquellas canas venerables-, si usted es un creyente en Dagón, le diré que la invasión se ha llevado a cabo para obedecer las órdenes del dios que nos mandó invadir Canadá. El nuevo orden debe extenderse también sobre ellos. Si usted no es un dagoniano, le diré que la campaña la hemos realizado para poner fin a una nación que era muy contraria a los intereses de nuestra República. Ha sido una mera cuestión de evolución natural. El pez grande al final se ha comido al pez pequeño que tantos quebraderos de cabeza le daba. Quizá suene mal esto de *evolución natural*. Pero sí, no hemos hecho otra cosa que aplicar las leyes de Darwin. Confío en que mi respuesta le haya satisfecho.

Adriana se sentó.

## CAPITULO

XXII



El mismo senado imperial quedó sorprendido cuando dieciocho días después de la conquista de Canadá, las tropas imperiales desde el mar invadían Panamá, Guatemala y Nicaragua. Al acabar el mes, toda Centroamérica era territorio imperial. La Campaña Centroamericana había resultado tan fácil como un desfile militar. La ocupación de la resignada población fue sencilla, todo lo contrario de la ocupación canadiense que llevaba ya miles de muertos en la represión. La población europea vivía una euforia semejante a la embriaguez. Siempre habían sentido el orgullo de ser ciudadanos del Estado Imperial, pero ahora les parecía que si se les antojaba apoderarse de un país sólo tenían que cogerlo. En la Urbe, fastuosos desfiles triunfales al modo de los césares antiguos eran celebrados por la grandes avenidas de la Urbe y retransmitidos a toda la República y al mundo entero.

## CAPITULO

### XXIII



**E**l inmenso tren llegó, detuvo sus máquinas en la estación del campo de concentración de Orleans. El tren monorail era grande como un barco, tenía seis pisos de altura. Al detenerse una docena de pasillos móviles se desplegaron hasta acoplarse en las compuertas del tren. Miles de personas cargadas con bultos desalojaron en un minuto aquel gran vehículo de transporte. A distintos niveles de altura, se encontraban los andenes donde los recién llegados fueron colocados en hileras mientras soldados los iban identificando. Una vez identificados, eran conducidos en una larga fila de fuera de la estación.

José Pérez era un colombiano que acababa de llegar de su país, su mujer y sus siete hijos no se separaban de él cargados con unas cuantas maletas.

Todos los recién llegados fueron agrupados por los guardias en una larga fila. Había pasado media hora, la fila avanzaba con lentitud. José y su familia aguardaron con paciencia.

-¡Hombre, José! -le saludó sorprendido un funcionario del campo que pasaba por al lado.

-¡Juan, qué alegría!

-¿Pero qué haces aquí? -le preguntó el funcionario.

-Eso digo yo. ¿Y tú?

Juan y José habían sido amigos desde la infancia. Habían dejado de verse desde hacía diez años, desde que Juan había marchado a Europa a requerimiento de la empresa en la que trabajaba.

-Pues verás -le contestó el funcionario con la alegría de encontrarse con el amigo-, el Ministerio de Obras Públicas necesitaba técnicos electricistas y hace unos meses hicieron una oferta pública de trabajo con unas muy buenas condiciones. Un tiempo después, me enviaron aquí a encargarme de la electricidad, hay cien electricistas sólo en este campo, es inmenso. Oh, perdona, ¿ésta es tu familia?

-Sí

El funcionario se puso al lado de su amigo en la fila, aunque fuera de ella, y fue andando a su lado conforme la fila lentísimamente avanzaba.

-Encantado, no le había saludado -le dijo a la mujer de su amigo- porque cuando le dejé en Colombia todavía era soltero. No le había visto desde hacía tantos años. Oye... -de pronto Juan se puso muy serio- si estás aquí, significa que eres cristiano.

-Pues sí. Pero no entiendo nada. Yo sólo sé que hace un mes el gobierno de mi país nos comunicó por televisión que a partir de ese momento Colombia era una provincia del Imperio. Se decía que el Presidente y el vicepresidente habían sido fusilados. Los ministros que quedaban hicieron aquel comunicado conjunto. Éramos ya una provincia de la República Europea. Nuestros anteriores ministros advirtieron que cualquier resistencia era inútil. Que nada iba a cambiar en el País, etc, etc. Y efectivamente sólo cambiaron las banderas. Sólo notamos que en las ciudades grandes se podían ver acantonamientos de soldados imperiales. Todo continuó igual. Pero he aquí que hace unos días nos han detenido, a nosotros y a más. Nos han metido en un barco y hemos desembarcado en Francia. En el viaje, algunos de los detenidos, gente que parecía ser importante, nos han dicho que lo han hecho porque somos cristianos. Pero eso no puede ser, ¿verdad?

-Me temo que en Colombia estabais muy desinformados -le respondió con pena el funcionario-. Aquí en Europa la persecución cristiana comenzó hace meses. El ambiente es de histeria colectiva. En este campo de concentración, sólo hay cristianos. Cuando os saludé dudé porque no vi en vuestra frente la marca.

-¿La marca?

-Mira hacia allí.

Al comienzo de la larga fila, varios funcionarios acompañados de soldados iban tatuando una **T** de color rojo en la frente de los recién llegados tras comprobar sus papeles.

-Pero, pero... ¿cómo es posible? -se preguntó boquiabierto José mirando a su mujer y sus hijos.

-José -le dijo Juan poniéndole la mano en el hombro-, ten confianza. Hay una orden de confinamiento general de todos los cristianos. Pero no te preocupes, el Emperador Viniciano no es eterno. Morirá. Antes o después. Y, desde luego, esta histeria de masas no puede prolongarse mucho.

-Entonces ¿estamos aquí todos los cristianos de Colombia? -preguntó José dejando en el suelo la pesada maleta, ya comenzaba a estar fatigado.

-Me imagino que sólo érais unos centenares de miles. En todo el mundo hay sólo 4.000 millones de cristianos. En territorio imperial 3.000 millones.

-¿Y todos están ahora en campos de concentración como éste?

-Sí, no sabes el inmenso problema logístico que supone dar infraestructuras a 3.000 millones de personas. El campo de Orleans es uno de los más grandes, encierra diez millones de prisioneros.

-¡Increíble!

-Eso sí, no se ofrece más que techo, comida y letrinas. Nada más. Hemos hecho cuentas, bueno, unos compañeros con los que como las han hecho, y por turno tendréis que esperar dos semanas a ducharos. ¿Ves esos edificios?

Al fondo tras los muros se veían unas inmensas moles cuadradas que se elevaban hasta una altura de 50 pisos.

-Esos edificios -prosiguió- en su interior no tienen más que inacabables dormitorios comunes. Cada uno para mil personas, en literas para seis, cada una casi pegada a la otra.

-¿Literas para seis? ¿Significa que la litera se eleva hasta una sexta cama?

-Sí, sí. Por eso, nada más entrar, coge una de las de abajo.

-En todos esos edificios no hay más que dormitorios, pasillos y letrinas. Una vez que se os asigne un dormitorio, ya no saldréis, en el mismo dormitorio tendréis que comer y pasear. Para pasear por el dormitorio, tendréis que hacer turnos, si todos bajáis de las literas parecerá un vagón de metro. No hay ventanas en los dormitorios, ni más luz que la artificial. Sin embargo, el sistema de ventilación para la

renovación del aire en el interior del edificio es muy bueno.

Créeme, se ha hecho todo lo más barato posible. Nosotros los funcionarios llamamos a esas moles *la Biblioteca*, porque allí en las literas estás archivados como los libros. Ni siquiera se han pintado las paredes, todo es hormigón desnudo. Tampoco hay calefacción.

-No puede ser posible debo estar soñando -dijo desesperado José poniéndose la mano en la cabeza.

-¿No hay nadie ante quien podamos interponer un recurso? -preguntó la esposa de José-. La República Europea es una democracia, hay tribunales.

-Ja, ja -el funcionario fingió una risa desganada-. La República ha mantenido todas sus instituciones. Pero en ella hay un gigante: el Emperador. Y los emperadores hace generaciones que se han dado poderes constitucionales prácticamente omnímodos. Por otro lado...

Un soldado se acercó por detrás al funcionario.

-Eh, tú, ¿qué haces hablando tanto rato con el prisionero?

-Nada, nada, ya me marchaba -y el funcionario se marchó sin despedirse de su amigo.

Una hora después, José, ya separado de su familia, y con la **T** tatuada en su frente cargaba su pesada maleta en la fila que iba subiendo por las interminables escaleras del edificio-prisión. Todo era hormigón como le había dicho Juan. Los prisioneros llevaban subiendo por aquella escalera desde hacía un cuarto de hora, descansando cada varios pisos. Al llegar al piso designado, la larga hilera de presos anduvo durante cinco minutos por un recto pasillo hasta llegar a su dormitorio. Juan no había exagerado, todo era tal cual le advirtió.

Cuando dejaron solos e instalados a los prisioneros todos se saludaron y compartieron sus interrogantes. Los mil reclusos del dormitorio eran colombianos. La compuerta de salida del dormitorio era redonda, como la de una caja fuerte, sólo que menos gruesa. El impacto al cerrarse retumbó en todos los oídos.

Por los pasillos del edificio-prisión volvían de hacer su trabajo cuatro fontaneros. Cargados con sus bolsas de trabajo observaron a

los soldados cerrar la pesada compuerta metálica del dormitorio y girar la rueda central que movía los cierres internos de aquel portón.

-Qué barbaridad -comentó uno de los fontaneros al otro-, otros mil más.

-Sí, tu estás aquí recién llegado pero ya te acostumbrarás.

-Eh!, so golfo, me has dicho que eras de Chile, ¿verdad?

-Sí. ¿Por qué hay tantos hispanoamericanos trabajando como técnicos en este lugar?

-¡El señorito se sorprende de ver tantos congéneres suyos en este rincón! -comentó sarcástico volviéndose a mirar a los dos fontaneros que les seguían detrás, a un metro-. Mira, pollo, construir prisiones para 3.000 millones de personas ha requerido buscar mano de obra cualificada en todas partes. Si la hubieran buscado sólo en Europa hubiera elevado tanto los salarios que hubiera hundido la previsión de la inflación del gobierno. Soy un poco obtuso pero mis neuronas llegan calibrar eso -comentó satisfecho de demostrar que podía hacer algo más que colocar tuercas.

-Oye, veo que entre los guardias hay unos vestidos de marrón y otros de negro.

-Los de marrón son soldados de infantería, los de negro, tan elegantes, son agentes de las HH.AA. Forman dentro del Ejército una división especial, hay muy pocos, son agentes del Partido, adoctrinados... -hizo un gesto con la mano como si dijera "si yo te contase"- . Forman un grupo aparte. La política del Gobierno es que las HH.AA. con el tiempo se hagan cargo totalmente de la gestión y vigilancia de estos edificios-prisión. Mientras tanto ellos se encargan de los trabajos que puedan causar más repugnancia... moral al ejército.

-He oído que los prisioneros pueden quedar en libertad si quieren.

-Sí, si apostatan de su Mesías y adoran a Dagón quedan en libertad. Pero una vez que han entrado aquí, no es totalmente cierto que los dejen en la calle. Eso les dicen, pero van a campos de reeducación, por los menos unos años.

-Todo esto es una locura

-Sí, es una cosa de locos. Pero no te pierdas lo que hacen estos popistas.

-¿Popistas?

-Sí, así se llaman estos fanáticos, los más dementes del mundo. Su nombre viene de que adoran a un hombre como si fuera un dios, un hombre que tenía que vivir en Roma, además, no dejan a sus hijos disfrutar de la vida, no les dejan comer durante varios días, casi todo es pecado, se disciplinan con látigos. Es la comedura de coco más terrible que ha habido sobre la tierra. Incluso practican la antropofagia. Lo que te digo: están mal de la bola. Pero bastaría con haberlos esterilizado a todos. Sólo a un emperador loco como éste, loco por la religión, se le ha ocurrido cortar por lo sano. Mejor para nosotros, menudo sueldo.

-He visto en el sector A2 de este edificio dormitorios llenos de monjas, monjas de todos los hábitos. Y otros dormitorios llenos de curas y religiosos. Yo me pregunto... por qué Viniciano no ha encargado simplemente que los maten.

-Eso está muy claro -continuó con satisfacción el veterano que, ante el recién llegado, se sentía docto como pocas veces-, Viniciano es un emperador fuerte, puede estar mal de la olla, puede faltarle un tornillo, pero tiene todas las riendas del poder bien cogidas. De hecho, cuando unos cuantos de los que estaban cerca de él quisieron dar un golpe de estado no se arriesgaron a hacerlo sin quitarlo de en medio. Después del atentado, todavía ha fortalecido más su posición. Sin embargo, el asesinato de tantos millones de personas era algo a lo que no se atrevía. La opinión popular, los militares podían ponerse en contra. Su familia es dueña de buena parte de las acciones de todos los grandes grupos de medios de comunicación, pero sabe que, de momento, a tanto no puede llegar, o por lo menos que es arriesgado hacerlo. Incluso un amigo mío, que es una gran cabeza, un cráneo privilegiado, me ha dicho que puede que la guerra la haya comenzado para que la opinión pública esté centrada en otros temas para el día en que comience a hacerlo.

De momento, esto que ves, es lo que hay. De todas maneras, haya lo que haya, acerca de estos campos de prisión sólo llega al exterior la visión oficial que él quiere que llegue.

¡Ah, si se conociera todo esto! Has de saber -y puso voz de confidencia-. Que a los

prisioneros del sector A30 los usan como conejillos de indias para experimentar los fármacos antes de sacarlos al mercado. Y no sólo eso, las HH.AA. están haciendo todo tipo de experimentos biológicos y psicológicos con ellos.

-¿Psicológicos?

-Lo que oyes. Por ejemplo, el servicio de inteligencia tenía interés en probar exhaustivamente como se puede sacar un secreto a una persona. Ellos saben que los popistas por nada quieren blasfemar de su Mesías. Pues allí los tienes, erre que erre, buscando, experimentando. El método que les haga no poder resistir más a estos fanáticos, será lo que hará que un agente enemigo cante los secretos.

Al fontanero chileno, al escuchar aquello, sintió un escalofrío. Y echó una mirada a las compuertas cerradas a cal y canto que se perdían a lo largo del corredor por el que iban. De una de esas compuertas, oyó un cántico lejano, al otro lado, en el interior, cientos de voces entonaban el canto "*Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor*". A través de los muros, se percibió claramente en el dormitorio contiguo, y también los del dormitorio adyacente comenzaron a cantar. No habían caminado veinte pasos los fontaneros, cuando desde todas las compuertas del pasillo, más de cien metros de longitud, se escuchaba ese cántico. Los fontaneros se alejaron dejando la música detrás de ellos.

## CAPITULO

### XXIV



*Un año después*

**A**driana cabalgaba un bello corcel blanco. La sien coronada de laureles, cabalgaba con firmeza, con su vestido amplio, abundante en pliegues, muy blanco y sedoso que caía hacia atrás, sobre la grupa del animal. Delante de ella, una cohorte de estandartes y de águilas de oro, detrás de ella, cinco legiones sardaunkers desfilaban gloriosas

por el centro de la amplia Avenida de los Césares en medio del foro de la Urbe<sup>9</sup>. La masa de gente a los lados los vitoreaba formando una ininterrumpida cascada de sonido. El desfile era todo un espectáculo, decenas de miles de hombres al paso de la oca, unidades ligeras acorazadas, vehículos aéreos, por encima de sus cabezas, también desfilando. Flores, bandas militares tocando marchas marciales coloridas y orgullosas.

No era para menos. El Senado y el Pueblo de Europa habían conquistado una tercera parte de Africa. La otra tercera parte del Continente Negro ya pertenecía a la República Europea desde hacía tres generaciones. Las legiones también avanzaban a buen ritmo por el continente americano. Los generales, especialistas de la guerra, estaban haciendo muy bien su trabajo.

Una hora después, finalizados los actos oficiales, Adriana con su bellissimo vestido blanco entró en el despacho del Emperador seguida por cinco generales y el Director General de la CIA acompañado de su colega del Servicio de Inteligencia de SPOE. El color de la cabeza de Viniciano era cada vez más artificial, más mórbido, más enfermizo. Claramente, indisimulables, ya aparecían unas pronunciadas ojeras.

-Enhorabuena, Adriana -le saludó con mortecina lentitud y fatiga el Emperador.

-Gracias, Alteza.

-Enhorabuena a todos.

Los generales y los dos civiles dieron un taconazo y le saludaron con el brazo alzado.

-Señores -continuó el Emperador-, el tiempo se me acaba, por eso quiero dejarlo todo bien atado para cuando falte. La sucesión de Adriana ya no plantea ningún problema. Ella es quien ha dirigido todas las campañas, el *Bellum Americanum* y el *Africanum*. Y lo ha hecho con diestra inflexible pero siempre, ¡siempre!, con prudencia. País a país hemos engullido todo. Sólo hemos hecho la guerra a dos países simultáneamente cuando nos han obligado a ello. Podíamos haber atacado todo un continente de una sola vez. Pero en fin... lentitud a cambio de

---

<sup>9</sup>Ap 6, 2

seguridad. No obstante, es tiempo lo que a mí me falta –aquellos ojos sin brillo miraron hacia el techo, hacia lo lejos, como adentrándose en personales anhelos que ya para siempre quedarían insatisfechos.

Bueno... han de saber que este modo de actuar no podrá seguir así.

Viniciano dijo aquellos porque los servicios de inteligencia le habían advertido que los políticos de la Unión Asiática se habían dado cuenta que de seguir ellos inactivos, al final la frontera de SPOE iba a lindar con la suya. Los generales de SPOE sabían que los ocho países de la Unión asiática (y especialmente Corea, China y Japón) eran unos rivales muy poderosos.

Sin embargo, la Unión Asiática desde hacía un año había estado creando una red de infiltración para lograr la desintegración del Imperio. Estaba armando a grupos disidentes de los Estados Unidos y promoviendo la democracia zonas de Europa. A favor de la alianza SPOE-USA estaba el hecho de que el Partido del Orden era fuerte en Japón y China. Los creyentes en Dagón serán una buena quinta columna.

Todo esto lo sabían bien los allí presentes en el despacho del Emperador. Durante una hora discutieron las directrices generales que seguiría el Imperio para afrontar ese ineludible problema. El Imperio no debía tener prisa. La política de rearmamento, el almacenamiento de más stocks militares, debía ser una política continuada durante varios años. Después de aquella larga reunión, acabó diciendo:

-La táctica que vamos a usar en este caso va a ser armar fuertemente a Tailandia y Birmania –países que mantenían endémico enfrentamiento con China y Corea-. Pues bien, les vamos a suministrar más material del que nunca han imaginado. Incluso les vamos a dar misiles BV1. Así que estas son las líneas maestras que dispongo para los próximos dos años. Las últimas líneas maestras. Yo ya no viviré para cuando nuestras legiones entren triunfantes en Pekín y Tokio. Qué no hubiera dado por ver nuestras banderas ondear en el centro de esas capitales. Pero... he de ser realista. Pueden retirarse.

Todos le saludaron militarmente y volvieron a dejarlo en soledad.

## CAPITULO

### XXV



3 de octubre

año 2209

Plaza de San Pedro.

La nave *Imperatrix* apareció en el aire escoltada de aeronaves del ejército. Mientras la escolta permanecía suspendida en el aire, la nave del Emperador descendió verticalmente en el centro de la Plaza de San Pedro. Al salir la cabeza de Viniciano sobre el ingenio arácnido, resonaron las músicas de las bandas. Nada más abandonar la rampa de la nave pasó revista a las tres cohortes de soldados formados en la plaza. El ingenio arácnido pasaba revista seguido de diez fornidos miembros de su guardia pretoriana. Las corazas antibalas, sus capas negras de los pretorianos, su aspecto pesado y corpulento contrastaban con la vestimenta, propia de ejecutivos, de los secretarios de Estado que seguían al Cónsul Máximo. Trajes oscuros de burócratas, rodeando a un par de togas. Vista desde el aire, aquella recepción en la plaza era un bello espectáculo.

Después, Viniciano, seguido de todo el séquito, subió las escaleras hacia la Basílica. Junto a la puerta le esperaban vestidos completamente de negro la cúpula de los sacerdotes de Dagón. Saludó uno a uno a los sacerdotes, estos correspondían con una inclinación. Después, Viniciano entró en la Basílica, todos los bancos estaban llenos de servidores de Dagón. El Emperador avanzó hacia el interior del templo seguido ya sólo de sus acompañantes más distinguidos. Al llegar al centro de la iglesia, sus pesados pies mecánicos comenzaron a subir los nueve escalones del presbiterio del Altar de la Confesión. Subidos los escalones, los pies mecánicos se alzaron hasta ponerse sobre el ara. El mecanismo de los cuatro pies delanteros hizo que se alargaran hasta sujetarse en el borde delantero del altar. El ingenio cibernético dio un

impulso y se colocó entero encima del ara<sup>10</sup>. La araña mecánica estaba sobre el ancho altar renacentista. El Emperador miró a todos desde lo alto, sin prisas. Después, recorrió con los ojos todo el templo, su bóveda, la *Trasverberación* de Bernini con las cabezas de Santa Teresa y el ángel arrancadas, las imágenes habían sido profanadas, los mosaicos de las pechinas ennegrecidos por hogueras. No decía nada, estaba haciendo historia, su mera presencia allí ya era, desde ese momento, una página de la historia.

-¡Servidores de Dagón -gritó el Emperador desde encima del altar en cuanto le acercaron un micrófono-, cuánto tiempo hace que he esperado este momento! ¡Cuántos de nuestros predecesores en la historia quisieron ver este momento! La abominación de la desolación.

El dios hebreo ha sido vencido, hemos roto el ciclo de las profecías bíblicas, presenciáis el inicio de una nueva era. Desde hoy, hay un antes y un después. Este *después* ha acabado definitivamente con el *antes*. Este momento fue profetizado por muchas de las páginas que para ellos fueron textos sagrados. Pero a lo que no se atrevieron esas profecías era a explicarles, a describir en toda su profundidad, hasta qué punto la desolación iba a ser irreversible. Porque, si se lo hubiesen revelado, hubieran comprendido hasta qué punto las profecías finales eran de tal intensidad que anulaban las precedentes. Sus profetas atisbaron, divisaron, este momento, pero no se atrevieron a consignarlo en toda su radicalidad.

Nada más.

El Emperador descendió con precaución y se retiró a Palacio seguido de su séquito. Detrás de él, sobre el altar colocaban una imagen de oro de Dagón. En menos de un minuto, sus sacerdotes comenzarían sus ritos de execración del lugar. Acabados los ritos las Puertas de Bronce de la entrada de la Basílica se cerrarían definitivamente para nunca más ser abiertas.

---

<sup>10</sup> II Tes 2, 4.



## CAPITULO

### XXVI



20 de octubre  
año 2209

**A**driana estaba en su propio despacho. Detrás de ella había una gran vidriera de arcos de piedra que ocupaba toda la pared. La parte inferior de la vidriera era de cristal transparente que dejaba ver una extensa y fabulosa vista de los rascacielos de Roma. Al lado de su mesa había un bellissimo doberman de color rojo y azul turquesa, su lomo era más largo que el de sus ancestros naturales y tenía seis patas. Un carísimo espécimen de ingeniería genética.

Al despacho entraron cinco hombres del Partido enfundados en los negros uniformes de las HH.AA. Eran los más altos cargos de esa división especial. Saludaron enérgicamente con el brazo en alto y tomaron asiento.

-Señores -dijo tras unos breves saludos de cortesía-, han de saber que he recibido instrucciones del Emperador de que en el plazo de una semana se encarguen ustedes de la represión en Argentina, Chile y los países del centro de Africa. No se anden con contemplaciones. Si tenemos la tierra con gente, bien. Si tenemos sólo la tierra, ya la colonizaremos. No podemos destinar grandes recursos humanos a la vigilancia de zonas tan amplias. Por eso recuerden, *muerto el perro, muerta la rabia*. No queremos tener varios Vietnam. Lugar donde suceda algo, apliquen el cauterio sin que les tiemble la mano. Ya conocen lo que era la *decimatio* que los antiguos romanos usaban en el ámbito militar. Ya saben que...

-¡¡Adriana!! -gritó uno de los militares poniéndose en pie y señalando con el brazo hacia el ventanal-

La cónsul se volvió con un movimiento felino. No podía creerlo. Desde el cielo estaba cayendo pedrisco, pero pedrisco con fuego. Cada pedrusco de hielo, aunque pareciera increíble, estaba ardiendo. Los seis se acercaron al cristal en silencio. Al mismo tiempo, estaba lloviendo. Pero

no era lluvia... aquella lluvia fina era como muy oscura y densa. Pronto, al apreciar las gotas que caían sobre el cristal, se percataron de que era sangre lo que estaba lloviendo del cielo (\*11).

Aquel fenómeno duró tres minutos. Una vez que acabó todo fueron continuas llamadas al despacho de la cónsul. Los escasos incendios urbanos fueron sofocados sin demasiados problemas. No así en los bosques.

Aquel tipo de pedrisco siguió lloviendo durante varias semanas, de modo siempre muy localizado. Pero ese tipo de lluvia provocaba pequeños incendios en todas partes en las regiones boscosas. Eran tantos los incendios, en tantos frentes, que, para cuando acabó aquella insólita racha de pedrisco, una tercera parte de la masa forestal había desaparecido con las llamas.

## CAPITULO

### XXVII



2 meses después

**A**driana entró sola en el despacho del Emperador. La cabeza de Viniciano aun se encontraba en un estado peor. Los amplios ventanales rectangulares situados en lo alto de aquella sala, casi en el techo, aparecían cubiertos por telas oscuras. La luz natural cada vez molestaba más a los debilitados ojos de Viniciano. Cada vez pasaba más tiempo con los párpados cerrados, cada vez pasaba más tiempo durmiendo, somnolienta.

-Alteza.

-Bienvenida, Adriana -la voz del emperador tenía una mortal lentitud.

-Traigo malas noticias, Emperador.

Viniciano la miró en silencio.

-Se han agudizado los conflictos armados -prosiguió Adriana- en Brasil, Chile, Guinea y en nuestras dos provincias asiáticas. No estamos luchando contra una guerra de guerrillas, bueno,

---

11 Ap 8,7

no sólo eso, quiero decir. Se trata de verdaderas fuerzas uniformadas y de verdaderas batallas.

-¿Cómo es posible?

-Claramente la mano de Pekín y Tokio está detrás. Esos conflictos regionales se han hecho más graves, otros muchos pequeños focos están surgiendo, los servicios secretos orientales están detrás. Actuando a través de naturales de cada lugar, pero organizándolo todo.

-Bien... no tengo instrucciones que dar al respecto. Que mis generales se ocupen del asunto. Es una labor para especialistas. De todas formas, no hay mal que por bien no venga, esta situación de alboroto es ya suficiente para que podamos poner en marcha nuestro plan *Terminus*.

-Sí, una situación casi bélica es la mejor para que si sale en los medios de comunicación nadie le preste demasiada atención.

-Que comience la ejecución de los popistas el 13 de mayo.

-Los técnicos nos dicen que podemos acabar con un millón de cristianos al día. Serían 300 millones en un año. Hay 3.000 millones, necesitaremos diez años.

-Bien... -masculló-, no es mal ritmo - Viniciano masculló más cosas entre dientes-. Recuerda que tiene que ser un holocausto. No debe quedar nada de ellos.

-Sí, sí. De todas maneras su deseo de que sean incinerados es demasiado costoso. Costoso en dinero y en tiempo, todos los campos a pleno rendimiento no podrían al día acabar ni con una décima parte de la cifra anterior.

-¿Entonces? ¿Qué sugieren los expertos?

-El equipo de expertos nos dicen que lo más limpio y rápido es el ácido pluteico. Lo podemos producir en cantidades industriales. Es barato y no dejará ni un solo residuo. En este disquete le explicamos el modo en que serán introducidos en las cubas.

-¡Tienen que ser introducidos vivos! Quiero que sea un holocausto conocido por la víctima.

-Sí, sí. Los prisioneros serán atados a una cinta transportadora. Al final del trayecto verán que van a ser sumergidos. En fin... yo creo que se ajusta a las directrices que nos ha indicado... en anteriores ocasiones.

-Bueno, pero en el campo de concentración de Roma quiero que por lo menos haya un horno crematorio con fuego real. Y que se los introduzca vivos en ese fuego.

-Así se hará.

La cónsul guardó un momento de silencio, como si no quisiera dar más fastidio al Emperador. Después tomó fuerzas y prosiguió.

-Tengo una mala noticia más.

La cabeza levantó completamente los párpados.

-Nuestros científicos -dijo en voz baja Adriana- han descubierto un asteroide. Todavía no se ponen de acuerdo alrededor de qué planeta gravitaba. Lo cierto es que se ha salido de su órbita. Y su curso de colisión hacia el sol cae justamente en la trayectoria elíptica de nuestro planeta. Caerá sobre la Tierra dentro de dos días.

## CAPITULO

### XXVIII



**E**l asteroide cayó finalmente sobre el planeta, concretamente en medio del Océano Indico. Y aunque perdió buena parte de su masa en la fricción con la atmósfera, la ola que provocó asoló todas las costas cercanas.

-Buenas tardes -saludó el locutor de televisión en las noticias-, parece increíble, pero después que hace una semana cayera el asteroide Robert, les dijimos que en el lugar del océano donde cayó el asteroide apareció una gran mancha de sangre. La mancha sangre contaba con varios kilómetros de longitud. Al día siguiente se fue extendiendo según la circulación de las corrientes marinas. Pues bien, hoy, la mancha sigue extendiéndose y dilatándose.

Tras ofrecer todo tipo de imágenes, presentaron en el noticiario al profesor William Hughes de la Universidad Metropolitana de Los Angeles.

-Bien -dijo el experto-, la sangre está sólo en la superficie del agua, en la capa superior. Es una capa que varía entre una medía que va de los cuatro milímetros a los ocho. Raro es el trecho en que pasa del centímetro. Pero eso sí, en un día cubre ya 1/12 parte de todos los mares adyacentes al Indico.

-Profesor, ¿de dónde viene esa sangre?

-Eso es lo que puedo contestar con mayor seguridad: no tenemos ni idea.

-Hemos preguntado antes de empezar el programa a astrónomos, químicos, biólogos... todos mostraban su perplejidad. ¿Puede usted añadir algo?

-Un asteroide es pura roca, componentes químicos de lo más simples. Sin embargo, lo que hemos analizado, recogido del mar, es sangre. Auténtica sangre.

-¿Sangre humana?

-Efectivamente. Los análisis son inequívocos.

**D**iez días después, la mancha de sangre alcanzó su máxima extensión: una tercera parte de la superficie de los mares (\*12). A partir de allí no siguió su extensión se detuvo. Sin embargo, el problema fue que comenzó a pudrirse. Era un foco de putrefacción de todas las aguas. El plancton debajo de la marea roja moría por falta de luz solar. Los peces murieron días después. La mancha roja fue disolviéndose al ritmo de su putrefacción. El mar entero, lleno de coágulos y pescados muertos flotando, era el mayor pudridero jamás imaginado. Los biólogos aseguraron que todas esas toneladas de materia corrompiéndose flotando no desaparecerían absorbidas por los ritmos naturales hasta al menos un año.

## CAPITULO

### XXIX



*24 de noviembre  
año 2209  
Jerusalén.*

**L**as cámaras de televisión enfocaban a dos hombres subidos a un estrado en medio de una plaza. Los dos ancianos hablaban a la abigarrada multitud de judíos que llenaba hasta el último hueco de la plaza.

-Detrás de mí, allá en el centro -dijo la enviada especial de la televisión a la cámara que le grababa- están, como todos los días a esta hora, los dos hombres<sup>13</sup> que traen de cabeza al gobierno de Israel y han atraído la atención de los periodistas del mundo entero.

¿Qué es lo que dicen? Muy sencillo, les dicen a sus compatriotas judíos que un Mesías de

---

12 Ap 8,8

<sup>13</sup> Ap 11,3

la antigüedad, llamado Jesucristo, aquel en el que creen los popistas, era el verdadero Mesías que llevan esperando 4200 años. Este es el sencillo mensaje que está provocando una auténtica histeria colectiva en los millones de judíos esparcidos por todo el mundo. Estos dos iluminados afirman, también, que la Iglesia Católica es el Nuevo Israel. Un Nuevo Israel en el que ellos, los judíos, deben ser injertados otra vez. Estos dos hombres dicen ser Enoc y Elías. Dos hombres que, según su versión, fueron transportados por Dios fuera de este mundo hace miles de años para ser devueltos a esta época. Su misión sería convertir al pueblo judío a la auténtica fe que esperaron sus padres. Esa, siempre según ellos, auténtica fe que esperaron sus padres sería una Nueva Alianza cuya depositaria sería la proscrita Iglesia Católica.

Por supuesto este mensaje sería intolerable para las autoridades en la República Europea, pero Israel es un Estado independiente. De todas maneras, si sólo hubiera sucedido lo que les hemos contado apenas hubieran estos dos visionarios llamado la atención de los periodistas, en esta época en que los visionarios brotan como hongos. Pero ciertos sucesos, de momento inexplicables, han hecho de esta pareja un caso especial.

Cuando estos dos ancianos llegaron a Jerusalén eran dos desconocidos. Lo primero que hicieron fue dirigirse a la explanada del Templo. Allí, tras llorar un buen rato, comenzaron a predicar. Nadie les hizo caso. Pero día tras día volvieron a predicar, en el mismo sitio a la misma hora. Y, después, el resto del día, cada día, por las plazas y calles de Jerusalén. Con el pasar de los semanas, los dos viejos se hicieron muy conocidos. Eran conocidos como los locos de la Explanada. Pero de pronto sucedió lo increíble. Delante de todos, transformaron agua en sangre. Además el granizo, los rayos de las tormentas y otros azotes parecían obedecer al día siguiente a sus palabras<sup>14</sup>. Ellos decían donde iba a caer, y así sucedía. Entonces fue cuando esta pequeña nación comenzó a prestar interés por sus palabras. Hablaron por la televisión. Al cabo de una

semana, todos los judíos del mundo les escuchaban en directo a través del canal internacional Shalom, un canal israelí. Desde entonces las conversiones de judíos al cristianismo han ido *in crescendo*. Ayer este asunto fue abordado incluso en una sesión del Senado Imperial. Pues los judíos se están bautizando en masa en todos los países. Muchos van al extranjero a recibir el sacramento, a aquellos países donde los cristianos todavía gozan de libertad. Otros, un número indeterminado, se bautizan en comunidades católicas clandestinas. Estimaciones no oficiales consideran que se ha bautizado ya la mitad de los judíos del planeta. Y de seguir así este ritmo, en menos de medio año todos los descendientes de Abraham serán cristianos.

Si esto ha revuelto a todas las comunidades judías, imagínense a este Estado en el que nos encontramos. Por un lado, estos dos ancianos son venerados como profetas por una parte de la población, y por otro, un espeso cordón policial, tiene que protegerles cada día en sus alocuciones para no ser agredidos. Sin embargo, un respeto lleno de temor embarga, desde hace un par de semanas, incluso a sus enemigos. Ya que varios políticos poderosos, que se enfrentaron con ellos abiertamente y les amenazaron con matarlos, han sucumbido. No está claro cómo murieron, salvo el hecho de que les devoró el fuego<sup>15</sup>. Los testimonios de los testigos parece que son contradictorios. Se sigue investigando el asunto por las autoridades que de momento no ha llegado a ninguna conclusión definitiva.

Jannette Le Pen, CNN, desde Jerusalén.

En Los Angeles, Franklin Marshall, Director General de la CIA, pulsó un botón y apagó las noticias que estaba viendo en la televisión. Pulsó un segundo botón.

-Señorita -dijo con gesto preocupado-, póngame con el despacho de la Cónsul Adriana<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Ap 11, 6

---

<sup>15</sup> Ap 11, 5

<sup>16</sup> Ap 11, 7

## CAPITULO

### XXX



Hasta el momento todo súbdito del Imperio portaba consigo siempre su tarjeta electrónica de identificación. Sin embargo, a partir de ahora cada ciudadano llevaría tatuado un pequeño número en la muñeca. Aunque lo que aparecía bajo la imagen de Dagón era denominado popularmente como *el número* en realidad no se trataba de un guarismo, sino de sistema especial de código de barras. Ese *número* sería absolutamente necesario para comprar o vender algo.

El nuevo sistema tenía múltiples ventajas en la lucha contra el fraude fiscal y en la lucha policial contra la delincuencia. El número se inscribía bajo el nombre e imagen de Dagón. Algunos protestaron por que se les inscribiese el nombre de Dagón sobre la piel, pero no fueron demasiadas las protestas porque el tatuaje era muy estético y de dimensiones muy reducidas. Era un bello diseño a colores del tamaño de una moneda.

Además, la marca no era estrictamente un tatuaje subcutáneo, sino epidérmico, una marca realizada con una técnica mucho más novedosa que permitía trazar líneas muy finas con la misma precisión y detalle que sobre un papel. La bella filigrana representaba al dios Dagón sosteniendo en sus manos una cruz invertida. Aquel dibujo era una conmemoración de la victoria sobre los popistas. Había otras letras que, según los expertos, eran blasfemias contra esa misma secta, pero que para el común de la población carecían de significado.

El lugar más usual para llevar la marca era la mano derecha. Pero los más devotos del dios la llevaban en su frente.

El propósito del Emperador era acabar con todas las comunidades cristianas clandestinas. Resultaba que los catecúmenos no estaban inscritos en los libros de bautismo. Esos catecúmenos se habían bautizado posteriormente al encarcelamiento de los bautizados. A las HH.AA. les constaba que un número

indeterminado de sacerdotes habían sido introducidos desde el extranjero, y que estaban reconstruyendo pequeñas comunidades ocultas. Todo eso iba a acabar pronto. La marca de la Bestia sería obligatoria, y los expertos habían estudiado a fondo qué tipo de representación iconográfica sería absolutamente inaceptable para un cristiano.

La televisión repetía que toda la acción del Estado respecto a los cristianos se reducía a llevarlos a campos de reeducación, donde se trataría de ofrecerles una visión alternativa y dialogante a su educación antinatural y dogmática. Y se insistía en que los cristianos que morían en el Circo Máximo eran ejecutados por sentencias basadas en delitos probados contra el Estado y el resto del Código Penal y no por su mera adscripción a la secta. Respecto a los campos de reeducación, corrían terribles rumores, pero la gente no tenía demasiado interés por salvar lo que consideraban una lacra de la humanidad.

## CAPITULO

### XXXI



*2 de enero  
año 2211  
2.00 a.m.*

**E**n el despacho del Emperador, reinaba la semioscuridad. La cabeza dormitaba sobre su ingenio mecánico en el centro de la sala. Normalmente, Viniciano abandonaba su despacho por la noche. Esa acción de ir a otro lugar no tenía otra finalidad que su descanso psicológico. Ya que él sueño como cualquier otra función fisiológica tenía lugar sobre ese aparato cibernético. El abandono del despacho durante la noche no tenía otro sentido que el variar de ambiente. Sin embargo, desde hacía varios días, Viniciano no había querido abandonar su despacho ni para dormir. Pero, desde hacía varios días, ya era innegable para todos que su fin se acercaba.

El Emperador tenía un sueño intranquilo. De pronto, abrió los ojos. Allí, en soledad, su mirada fue cambiando desde una vaga y difusa perplejidad, (¿qué me está pasando?, ¿qué estoy sintiendo dentro de mi cráneo?) hasta dejar traslucir un evidente comienzo de dolor. Un minuto después, repentinamente, un terrible grito salió de la boca de Viniciano.

*2.40 a.m.*

**E**n el dormitorio de Adriana la oscuridad era total, dormía profundamente. En medio del silencio, el agradable sonido grave y armónico del teléfono sonó. Unos segundos después la mano de Adriana lo cogía.

-¿Cónsul Adriana?

-Sí –respondió la voz somnolienta con un *sí* que se prolongó en un silencioso bostezo.

-Llamo desde el Palacio Imperial, soy el jefe del equipo médico. Creo que sería conveniente que viniese.

Media hora después, la cónsul, seguida de sus asesores, alcanzaba en un pasillo de palacio a Viniciano rodeado del equipo médico palatino. La cabeza del Emperador no hacía más que aullar con gritos de dolor. De vez en cuando, fuera de sí, daba órdenes orales al ingenio cibernético de que corriera hacia delante o se lanzara hacia uno de los lados.

Los médicos, en seguida, desconectaron el sistema de ordenes orales que guiaba la máquina. Viniciano estaba fuera de sí por el dolor y ya no sabía lo que ordenaba.

El ingenio estaba ya en el quirófano. Todos habían entrado raudos, sin ni siquiera ponerse los trajes asépticos. Los médicos tan solo se cubrieron las manos guantes estériles y las bocas con mascarillas. Adriana se acercó a la cabeza de Viniciano y observó como bajo la piel de la frente había como un abultamiento. Una ligerísima elevación subcutánea. Lentísimamente, comenzó a asomar la cabeza un gusano. Una cabeza, no negra y redondeada, sino muy puntiaguda, propia de un gusano muy delgado de medio centímetro de largo. El típico gusano amarillo y delgado que suele criarse en la carne putrefacta. El gusano salió fuera de la piel, por sus propios medios, contorsionándose. Al salir completamente fuera de la frente, resbaló y cayó sobre la sabanilla blanca estéril que habían colocado alrededor de la cabeza al entrar en el quirófano. Por la parte de detrás del cráneo y por el cuello, otros cinco pequeños gusanos habían atravesado la piel y caían también, resbalando hacia abajo.

-¿Qué es esto? -preguntó horrorizada Adriana.

-No tenemos ni idea -respondió el jefe médico-. Lo lógico es que la cabeza hubiera ido cayendo en una fase de anemia y degradación física. Pero esto... no tenemos ni idea de que pueda ser. Probablemente hay alguna pequeña zona de necrosis en el interior, no sé, y el estado de putrefacción ha llegado a este estado... No tengo ni idea.

-Doctor –dijo la enfermera trayendo unas cuantas fotos en su mano enguantada-, el TAC realizado muestra que hay más parásitos en el cerebro.

-¿Pueden sacarlos con microcirugía? – preguntó Adriana.

-Podemos extraerlos, pero están incluso en el centro de la masa encefálica –respondió el médico sin apartar la mirada de las fotos del scanner-. Sacarlos, supondría hurgar por todo el órgano cerebral. Sería una carnicería. Dese cuenta, además, que para hacer tal operación con tantos puntos de inserción tendríamos que abrir el cráneo por la mitad en dos partes, como una nuez. No resistirá tal intervención.

Los bramidos del Emperador seguían como ruido de fondo a la conversación.

-Sédenlo -ordenó la cónsul, harta de aquellos aullidos demenciales.

Veinticuatro horas después, la cabeza era un hervidero de gusanos. Los diminutos animales salían continuamente por la boca y oídos de aquella cabeza. Toda la piel estaba horadada. La mandíbula se movía lenta pero incesantemente de arriba abajo por el dolor. Había que prestar mucha atención para percibir tal movimiento, pero era continuo. Los movimientos de la mandíbula cesaron poco a poco. La cabeza no respiraba, porque, desde la intervención en que fue separada del cuerpo, el oxígeno le era suministrado a la sangre a través de un complejo aparato mezclador, que hacía las veces de los alvéolos pulmonares. Así que no había medio alguno de conocer si vivía que la tensión arterial de las carótidas y la actividad cerebral a través de los electrodos conectados a un electroencefalograma. Ambas constantes vitales eran mínimas pero todavía continuaban.

Adriana hacía ya horas que con gusto habría ordenado que lo desconectarán de los aparatos que lo mantenían con vida. Pero ella quería ganar todavía unas horas, para preparar mejor los festejos de su juramento como Emperatriz y Presidenta de los Estados Unidos.

*7.02 a.m.*

**E**l teléfono sonó en el hospital de palacio. El jefe médico de guardia lo descolgó.  
-Desconéctenlo -fue la orden tajante y seca que se dio al otro lado de la línea antes de colgar.

Los médicos cansados de limpiar tanto gusano como caía y cansados por la guardia de la noche allí, se acercaron a Viniciano. Se pusieron los guantes y, entre los cuatro, empujaron hacia arriba la cabeza. La cabeza se separó del aparato arrastrando varios tubos. Otro médico se acercó con unas tijeras y los fue cortando en el aire mientras los otros médicos la sostenían. Después, sin más ceremonias, la soltaron. La cabeza cayó al fondo de un ánfora de mármol negro y reluciente, preparada ya para esa ocasión. Alguien puso encima la tapa, un mecanismo automáticamente la selló de modo hermético. El vaso marmóreo fue llevado inmediatamente hacia el edificio del Senado para las honras fúnebres. Mientras dos soldados de la Guardia Pretoriana portaban el ánfora, cada uno agarrando un asa de bronce dorado, en su interior se iba extinguendo el último latido de consciencia de la cabeza de Viniciano Druso Germánico, primer emperador de la dinastía Staufen, hijo del senador Gerhardt Staufen, nieto de Fromheim Schwart, conquistador del Canadá, Ecuador, Colombia, Uruguay, Nigeria, Sudán, etc, etc, etc.

## CAPITULO

### XXXII



*30 días después  
Llanuras de Tsi-gin  
Birmania*

Los ejércitos de infantería birmano-tailandeses avanzaban en columnas. Al frente del ejército 40 inmensos acorazados terrestres AR-AD. En el aire, miles de distintos aparatos. Desde cazas hasta los dirigibles esféricos de comunicaciones. 500.000 tropas de asalto se iban concentrando, a 10 kilómetros de distancia de un punto que todos trataban de vislumbrar a lo lejos. Los oficiales sabían que en ese lugar estaban formados cientos de miles de tropas chinas con todo su material dispuestos ya a entrar en combate. El choque era inminente.

En medio de las tropas birmano-tailandesas, pululaban un centenar de asesores norteamericanos vestidos de civil. El Imperio había echado puesto gran empeño en proveer de material a aquel ejército.

Una hora después, se oyó el primer impacto de misil. En pocos minutos, el cielo se llenó de aparatos unos luchando contra otros. Como es lógico los dirigibles fueron los primeros en caer en medio de grandes bolas de fuego. Desde la tierra todo era un continuo, un ensordecedor, lanzar ráfaga tras ráfaga de proyectiles dirigidos. Los AR-AD alineados en todo el horizonte, la línea se perdía de Este a Oeste, disparaban al minuto miles y miles de andanadas de cabezas explosivas. De vez en cuando, un AR-AD, alcanzado, se doblaba sobre sus pies metálicos y caía en medio de formidables y atronadoras explosiones. Los gases neurovenenosos impregnaban el ambiente, cuando las tropas de infantería entraron en contacto todos iban ya enfundados en herméticos uniformes militares. Continuamente, los rayos láser trataban de atravesar la coraza de las grandes aeronaves.

Cinco horas después, a las 4.27 p.m. la batalla había finalizado, sólo algún que otro grupo de infantería combatía entre los cráteres y la chatarra, mientras el ejército vencedor continuaba su avance. La batalla no había tenido táctica, había sido un choque frontal primero desde el cielo y después en la tierra. La infantería china yacía en el campo de batalla, el ejército birmano-tailandés penetraba hacia el interior del colosal país asiático hacia Hong-Kong.

*4.33 p.m.*

A 4.000 kilómetros de distancia de la superficie de la tierra, en una orbita geoestacionaria, un acorazado orbital se movía en medio del silencio del espacio teniendo en su objetivo la zona de la batalla. Sobre el acero del acorazado orbital el color rojo del emblema del Sol Naciente de la bandera nipona. En diez minutos desplegó su poder balístico. Después, lo lanzaron sobre la llanura de Tsi-gin. Un par de minutos después, por el lugar donde avanzaba el ejército caía literalmente una lluvia de misiles. Ni un metro de tierra quedó sin ser sacudido por las explosiones. El victorioso ejército birmano-tailandés era un recuerdo.

*Washington*

*4.45 p.m.*

*Despacho Oval de la Casa Blanca*

Adriana estaba en la Capital, hacía una semana que había sido investida con todas las formalidades como Presidenta de los Estados Unidos. Delante de su mesa, el Secretario de Defensa USA y el Ministro de Defensa SPOE, al lado de ellos tres asesores más.

-Sí, señora Presidenta, ha sido una violación de todos los tratados. El pacto de Oslo fue que no intervendrían los acorazados orbitales.

-Además, el acorazado orbital atacó después las bases militares marítimas del Mar de Tsu-Yí. En ese ataque, en un abrir y cerrar de ojos, hemos perdido 300.000 soldados imperiales.



-¿Ellos sabían -preguntó muy seria la presidenta Adriana- que nuestras tropas estaban allí?

-Sí, y no olvide que las bases marítimas, aunque prestaran sus hangares al ejército birmano-tailandés, eran de bandera norteamericana. Nosotros hemos estado apoyando a un bando, pero nunca hemos aparecido abiertamente en este conflicto. Japón ha atacado a cara descubierta nuestras bases.

La Presidente apretó los puños con fuerza. Giró su sillón hacia la ventana que tenía a sus espaldas. ¿Qué se podía hacer cuando una nación atacaba abiertamente unas bases en aguas internacionales? La Presidente volvió a girar su sillón hacia el Secretario y el Ministro de Defensa.

-No hace falta que me digan más -sentenció finalmente Adriana más pálida que nunca-. General Howard -dijo ella tras pulsar un botón de su teléfono-, ordene a nuestras aeronaves que despeguen de todos nuestros portaviones y ataquen las bases japonesas y chinas en el Pacífico. ¿Con cuántos portaviones contamos en la zona?

-Con doscientos.

-Muy bien, ordene un ataque masivo.

## CAPITULO

### XXXIII



-¡Alfred! ¡Alfred -gritó a su esposo que trabajaba en la azotea arreglando unas piezas de pizarra del tejado..

Alfred y Anne era una familia normal de clase media que vivía en la Normandía francesa.

-¿Qué pasa?

-¡Ven-ven, corre, ven a la televisión, hay noticias!

-¡Señoras y señores! -dijo el locutor-. En la tarde de ayer, aeronaves estadounidenses atacaron bases militares marítimas de China. A media noche, hora de la Costa Este de Estados Unidos, China declaró la guerra a USA y a SPOE.

Una hora después, toda la Unión Asiática con Japón a la cabeza declaraba la guerra al Imperio. Las incursiones aéreas se han sucedido toda la noche. Hoy, varias columnas de infantería se mueven ya en Asia y en Europa hacia las fronteras asiáticas. Tardarán como mínimo dos semanas en llegar a las fronteras. Sin embargo, esta mañana China ya ha lanzado ataques con misiles intercontinentales. El sistema antibalístico los ha destruido en la estratosfera, sólo cuatro han alcanzado dos bases militares en Checoslovaquia. No podemos confirmar si el Imperio ha lanzado un ataque balístico de respuesta. En las próximas horas, les ofreceremos nuevos datos en posteriores avances.

*Cuatro días después, la familia volvió a ser conmovida por las noticias de la televisión.*

-Hace dos días les informábamos como todas las bolsas han sufrido el crack más terrible desde 1927 -dijo el locutor-. Todas las multinacionales japonesas vendieron sus acciones en el resto del mundo. Japón necesita esos capitales para financiar la guerra. El resultado ha sido que el pánico bursátil se ha adueñado de todos los mercados. Al día siguiente, prosiguió el mismo pánico en la bolsa y en los bancos. Y hoy ha continuado, devastando las reservas que todos los bancos centrales han puesto en el mercado. Hoy es uno de los días más negros. Todos los bancos centrales han agotado sus reservas. Repetimos, todos los bancos centrales han agotado sus reservas. Las bolsas han tenido que cerrar por insolvencia de las entidades financieras. Si ayer las colas ante las oficinas bancarias eran interminables, hoy tenemos la triste noticia de que los bancos no tienen efectivo. Repetimos que hoy no pierdan el tiempo en ir a retirar sus ingresos, los bancos permanecerán abiertos para informar a los clientes, pero sin dinero en efectivo.

La familia quedó acongojada y perpleja, pero más acongojada iba a quedar. Tres días después de que toda actividad financiera quedara suspendida en América, Europa y Asia por falta de capital, los bancos centrales hicieron un desesperado intento de cubrir la demanda de liquidez imprimiendo billones cada uno en su moneda respectiva. Era una medida

inflacionariamente suicida, pero aquella inyección en vena de masa monetaria era la única medicina a mano en una situación de bancarrota global. Una semana después, la hiperinflación había destruido toda credibilidad en el papel moneda. Todo el mundo se temió ya lo peor y se lanzó a proveerse de comida. El desabastecimiento fue tal, que los almacenes de alimentos no se atrevieron a desembarazarse de tan preciada mercancía. En tres días no se podía comprar ni una lata de conservas en todo Occidente. Todos los esfuerzos de los gobiernos, todos los decretos, no sirvieron para que los que poseían la comida en los puntos de producción y de almacenamiento se desembarazaran de ella por un papel moneda que ya no valía nada. Mientras tanto, la guerra seguía su curso, los combates de Asia llevaban un gasto ya de diez millones de vidas humanas.

## CAPITULO

### XXXIV



*3 meses después*

**E**l comercio mundial estaba hundido, la economía se había derrumbado. Habían bastado tan solo tres meses tras el gran crack, para que en el orgulloso Occidente apareciera el espectro del hambre. Era un espectro desconocido desde hacía siglos en aquellas tierras dominadoras y orgullosas. Pero allí estaba: lo imposible hecho realidad, la pesadilla paseándose por las calles. Sólo los altos funcionarios podían seguir comiendo hasta hartarse, y aun ellos con una dieta muy poco variada. El resto de la población tenía que conformarse con lo escaso que se les proporcionaba gracias a los vales de comida. Un 6% de la población no tenía ni vales ni amistades, y vagaba esquelética por la calle. Con los vientres hinchados por el hambre se veía a personas caer desfallecidas.

Los en otro tiempo ejecutivos o técnicos informáticos, o cualesquiera otros profesionales,

ahora iban de un lado a otro sin saber qué hacer. Porque el hambre impulsaba a los que no tenían ningún vale a moverse en busca de algo. No había comida para todos, no era una cuestión de reparto. El Estado daba por sentado el hecho de que iba a morir ese 6% de la población desprovista de los vales de comida. Por eso el ejército patrullaba las calles en previsión de motines. Un ejército bien alimentado, orgulloso como nunca de su poder. Todos los ejércitos del mundo, salvo los orientales, hacía ya dos siglos que eran totalmente profesionales. Los militares no eran unos idealistas, estaban acostumbrados a cumplir su trabajo sin discutir, no había riesgo de insurrecciones en favor de la población.

Por las calles había mucha gente, vagando. El sistema monetario se había hecho añicos. Como la hiperinflación de los primeros meses de la guerra había hundido toda confianza en el dinero, la única moneda que circulaba eran los vales de comida, pero su cantidad era reducidísima. El resultado había sido que muchos negocios carecían ya de sentido, un terrible efecto dominó había dejado sin trabajo a todo el mundo. En ese momento, sólo los sectores estratégicos seguían funcionando. Esos obreros eran afortunados pues tenían la comida asegurada.

A golpe de decreto y por imposición del Ejército se iban recuperando más y más sectores de la producción y distribución de alimentos.

**A**driana estaba sentada en su despacho ensimismada mientras oía a sus hombres de máxima confianza. Con el rostro tras la mano, arrellanada en su sillón, escuchaba sin decir nada.

-Aunque la situación es extremadamente crítica -continuó explicando un asesor-, tenemos la suerte de que desde el principio nos hicimos con los almacenamientos de vino y aceite. Además su producción continua normalmente. De esas dos cosas tenemos en abundancia para dar a la población<sup>17</sup>.

-¿Cómo sigue el asunto de las úlceras? -preguntó hosca la Emperatriz.

---

<sup>17</sup>Ap 6, 6

Desde hacía medio mes toda la población sufría unas úlceras sobre la piel<sup>18</sup>. Unas úlceras inflamadas que supuraban un poco de pus.

-Bueno, los científicos creen que algún elemento químico del tatuaje que hicimos para la marca de identificación universal debe ser el causante. Siguen investigando.

-¿Qué hay del cometa? -preguntó la Emperatriz igual de hosca, tensa.

Unos días antes, había caído un cometa sobre el Océano Pacífico. No había producido daños considerables, fuera de la ola gigantesca que llegó a las costas. Sin embargo, por alguna razón desconocida el agua del mar se había vuelto amarga. Ese amargor se fue extendiendo por los océanos del mundo a través de las corrientes marinas.

-Pues siguen sin dar con los componentes químicos que han provocado el extraño fenómeno del amargor. Lo más desazonador, es que en los laboratorios han descubierto que el B/W -así denominaban los científicos al agua amarga, eran las iniciales de *bitter-water*- mantiene intacta su característica de amargor incluso al evaporarse. Eso significa que hasta que ese elemento químico se degrade en otros componentes más simples, las lluvias sobre las montañas van a ser amargas.

-Y por lo tanto también el agua que baje por los arroyos y los ríos -concluyó un científico a su lado-. O sea que el agua de los arroyos que bajan de las montañas será amarga<sup>19</sup>.

-Lo último que me faltaba era que el cielo se volviera loco en los últimos años -comentó Adriana que no podía creer tal cúmulo de noticias negativas-. En fin, un asteroide cayó durante el reinado del emperador Viniciano, quizá era lógico que cayera otro durante mi reinado -aquello había tratado de ser una ironía, una ironía que dijo terriblemente ensimismada-. ¿Hay alguna novedad -preguntó Adriana-en nuestra defensa antibalística?

-No -contestó otro asesor-, los asiáticos siguen lanzando ataque tras ataque cada día. Sin

embargo, hasta ahora nuestro escudo nos protege. Nuestros misiles antimisiles han acabado con el 94% de todos los proyectiles lanzados contra nuestras ciudades. Sin embargo un 12% de los que les hemos lanzado nosotros contra sus ciudades sí que han alcanzado su diana.

En el frente de Asia los combates en tierra continúan. Nuestras pérdidas cada día son de una media de medio millón de hombres.

---

<sup>18</sup>Ap 16, 2

<sup>19</sup>Ap 8, 10-11

## CAPITULO

### XXXV



*3 meses después*

La senadora imperial Berthousen esperaba a una sobrina suya en el aeropuerto internacional de la Urbe. La senadora paseaba envuelta en su toga de un lado a otro en los andenes exteriores. Los guardaespaldas y la policía custodiaban la zona que ocupaba la senadora. Los altavoces anunciaron la entrada en muelle de la aeronave procedente de Malasia, justo la que esperaba la senadora.

En los andenes, había sólo un centenar de personas, estaban casi vacíos, así como los diques de las aeronaves. Con la mitad de la iluminación apagada, y las tiendas de la zona comercial del aeropuerto cerradas, todo tenía un aspecto tétrico y gris. La guerra y el colapso económico habían acabado con la casi totalidad del movimiento aéreo internacional. Semanalmente sólo llegaba una aeronave. Una sola allí donde en otro tiempo millares de aeronaves arribaban diariamente.

La joven descendió de la nave, y ella y su tía se saludaron efusivamente. Escoltados por la policía se dirigieron a la nave.

-Sí, sobrina -dijo la senadora-, ahora ya no nos podemos mover por la ciudad más que escoltados. Aunque te parezca increíble ha habido ya dos asesinatos de personas destacadas del Gobierno, sólo por la rabia de gente a causa de la terrible situación que están viviendo.

La nave personal de la senadora volaba a poca altura, casi no había tráfico aéreo en el interior de la Urbe. Abajo, en las calles, se veía una megápolis degradada y sucia. Gente sentada en mitad de las calles, colas ante los lugares de distribución de alimentos, grupos gritando ante algún edificio.

De pronto un resplandor y todo retumbó como si de un trueno se tratase. Una resplandeciente bola de fuego se formó lejos en el horizonte de la ciudad. Para volver a desvanecerse poco después.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó la joven sobrina.

Nuestro escudo antimisiles nos protege, pero de vez en cuando algún que otro proyectil interceptador falla y no da en el blanco. Entonces, el misil enemigo cae en tierra y diez manzanas quedan convertidas en escombros.

-¿Pero cómo es que fallan? Yo pensaba que el escudo Dm-H de última generación no dejaba pasar ni un pájaro si no quería.

-Te explicaron que había varios filtros y que si en un nivel no se destruía el misil, en el segundo o en el tercero sí que era interceptado, ¿verdad? Así ha estado funcionando. Pero llevamos ya un mes de guerra mundial. Parte de los depósitos del sistema antibalístico han tenido que ser trasladados al frente para proteger a nuestras legiones. De momento, se ha concentrado el escudo en proteger las megaestructuras.

Cada día, caen bombas sueltas aquí y allá en las principales ciudades del mundo. De todas maneras esto no es nada con el infierno que están viviendo en Asia. Lo que en otro tiempo fueron Pekín y Tokio son ya meras ruinas. Sus cúpulas militares están dirigiendo la guerra desde los búnkers subterráneos.

La nave seguía sobrevolando aquellos barrios hacia su destino. La noche invernal se echó encima. La ciudad parecía aun más lúgubre que antes, apenas había luces, sólo las moles oscuras de los edificios. Ahora, cuando la noche se echaba sobre la ciudad, verdaderamente la cubría con su manto de oscuridad, sin apenas luces que mitigaran la barbarie de todos los actos de violencia que tenían lugar en una megápolis en la que cada uno tenía que contar consigo mismo para defenderse. Las fuerzas de seguridad ya sólo protegían los lugares públicos de máximo interés para el funcionamiento de la ciudad. La nave salió de la zona de las megaestructuras y la joven pudo por fin ver el cielo sin obstáculos.

-¡Tía, la Luna está roja! -exclamó señalando hacia el cielo.

-¿En Madagascar todavía no ha llegado la nube?

-¿Qué nube?

-Ya veo que no. Verás, hace dos días, las tropas asiáticas bombardearon los depósitos de

una base imperial en Siberia. Millones de hectolitros de una sustancia química inflamable ardieron. Se fueron incendiando en cadena más de 300 depósitos de metahidroclorato fosfórico; bueno, creo que era eso. En fin, es una sustancia no tóxica, pero el humo formado de la combustión tiene una cohesión molecular muy fuerte. Resultado: la base sigue ardiendo, de esos lejanos depósitos sigue surgiendo una nube densa, tan negra como descomunal. Los representantes del Gobierno ya han comunicado que es impensable tratar de apagar semejante fuego. La combustión sigue y el humo se extiende a través de la atmósfera.

-Y no se... disipará.

-Esa sustancia gaseosa, no. Con más o menos densidad cubrirá todo el mundo durante un mes, eso han predicho los químicos. De todas maneras, la nube se mueve a muchísima altura, justo en los últimos estratos de la atmósfera. Además, esa nube de gases de combustión es una capa muy tenue. Por fortuna no es tóxica y el aire sigue como antes, sólo que con la nube por encima. De ahí que el sol luce mucho menos, la luna la vemos roja, y las estrellas... ni las vemos.

Pero lo peor es la peste -dijo en tono de confidencia acercándose a su sobrina-. No te acerques a nadie pobre, ni comas nada fuera de casa, sea quien sea el que te lo ofrezca, ¿entendido?

-Sí.

-Las condiciones de suciedad y pobreza han provocado una enfermedad para la que de momento no hay cura, los médicos como siempre no saben nada. Le han puesto un nombre rarísimo: *Síndrome Triglisimbiotno-se-qué*, pero todos la llamamos *la peste*, sin más, porque es una enfermedad vírica. Cada día sólo en esta ciudad, mueren decenas de miles de personas. No lo sabemos con seguridad porque el Ministerio de Salud no quiere dar las cifras reales para que no cunda el pánico. Los hospitales de la Urbe, a base de traer tantos enfermos, se han convertido en focos de infección. La mayor parte del personal sanitario por más precauciones que tomó cayó enfermo. Muchos médicos y enfermeras no se acercan a los centros sanitarios alegando que están enfermos y que no pueden levantarse de la cama. Pero en realidad, lo que sucede es que están

huyendo de una infección segura para la que de momento no hay cura. Te lo digo de buena tinta porque mi médico así me lo ha contado. El hace cuatro días que ya no va al hospital. Tres cuartas partes de los colegas de su departamento ya han contraído las primeras pústulas que anuncian el contagio. Por eso él ha decidido llamar y decir que está enfermo.

-¿Y qué síntomas produce la enfermedad?

-Vómitos, dolor de cabeza, hinchazón de vientre y finalmente manchas rojas. Después la muerte.

-Tía las cosas aquí están mal, pero si vieras en Madagascar... En África todos los pequeños países independientes en un mes fueron conquistados por ejércitos imperiales. Desde que estalló la Guerra Mundial, todo son grupos de gente civil armados con ametralladoras y que tratan de recobrar la independencia. Cuando llegan las tropas imperiales, quedan aniquilados. No pueden hacer nada contra los métodos de hacer la guerra de las legiones profesionales, ni contra sus escuadras acorazadas. Pero antes o después, esas tropas son requeridas para apagar el fuego de otra rebelión en otra parte de Africa. Una semana después de irse, ya vuelven a formarse las bandas armadas. Africa está quedando desolada.

-Sí, lo mismo ocurre en el cono sur americano, y en todo el continente con excepción de los Estados Unidos. Y Australia, uno de los pocos países independientes, sigue arrastrando una guerra civil que dura ya veinte años. Pero no te preocupes todo acabará. Esto es un parto, de este parto saldrá un nuevo orden mundial. Sólo habrá un Estado, SPOE. Esta es la peor guerra porque será la última, es el último esfuerzo que se le pide a la humanidad.

## CAPITULO

### XXXVI



-Este... peso en el pecho -pensó sintiendo un gran dolor-, es como si tuviera una piedra sobre el pecho. Quiero articular palabras... pero no oigo mi voz. Las piernas... las manos... no me responden. No las siento. No veo nada.

Sola en la habitación la emperatriz Adriana yacía en una camilla en un hospital de Nueva York. Estaba en coma, los médicos habían hecho todo lo posible, pero su corazón era ya un órgano mortalmente enfermo. En esa época la entera sustitución del corazón era una ciencia casi exacta. Sin sobresaltos. Pero ella era uno de los niños nacidos con la característica Welter-negativo. Característica alérgica la cual que impedía cualquier tipo de trasplante biológico o mecánico.

La Emperatriz había tenido un trabajo continuo dieciseis horas al día. Ni las comidas, ni los desplazamientos interrumpían su trabajo. Hacía varios días que se sentía muy cansada. Hoy el infarto se había abalanzado sobre ella en Nueva York. En el hospital, la Guardia Pretoriana no se separaba de ella. Inmediatamente detrás de la puerta de la unidad de cuidados intensivos, catorce soldados hacían guardia. La Emperatriz estaba en coma, sin embargo, su mente pensaba con lentitud, pero con una casi total lucidez.

-Qué pena no haber designado sucesor -pensó Adriana-. Pero quien iba a haber imaginado que mi reinado iba a ser tan corto. ¿Cuánto llevo? Creo que dos años, sí dos años.

Nunca hubiera sido emperatriz si no hubieran atentado contra Viniciano. Entonces el Emperador se encontró con la necesidad de encontrar rápidamente a alguien fiel a su persona y sin ambiciones. Alguna persona que para todos significase una solución transitoria. Aquel nombramiento de *Cónsul en funciones* iba a ser por un breve espacio de tiempo. Pero... qué pegajoso resulta el poder. Lo toqué un momento... y ya no se separó de la palma de mi mano.

Desde entonces, siempre pensé que si yo algún día llegaba a ser emperatriz sería una emperatriz distinta. Querida por el Pueblo. No pensé en restaurar la república porque el Pueblo ya estaba desencantado de toda Política. Lo que demandaba era efectividad, no idealismos de tiempos pretéritos. Y yo quería ser no simplemente una gestora, sino una gobernante querida. Me iba a encargar de hacer cosas por mi Pueblo. Qué grandes proyectos arquitectónicos. Qué de proyectos nunca realizados. Sólo cuando se está en la cúspide del Poder uno se da cuenta de lo poco que se puede hacer. Tantos deseos. Lo único que he hecho en estos dos años ha sido continuar la guerra. Apagar fuegos. La guerra que me encontré empezada y la que después empezó muy a mi pesar. La guerra ha absorbido todas mis energías. Quizá ya no me quede más tiempo. Cómo me gustaría tener más tiempo. Cómo me gustaría ver a mi madre.

Hace años que no he visto a mi madre. Hace años que no he visto a mi padre. Los dos viven. Oh, si pudiera ir a sus casas. Siento que me estoy muriendo. Nunca había experimentado la sensación de morir, pero ahora sí. No he descansado en los últimos cinco años, ahora lo haré, dormiré. Dormir. Morir.

Me vienen ahora las palabras que recitaba en el teatro de mi instituto, cuando era una jovencita de trenzas:

*Morir..., dormir, no más. Y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne. Morir..., dormir. Dormir... tal vez soñar.*

El Imperio seguirá, pero yo no. Su historia continua. *Alma cariñosa, vagabunda, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Mi pecho... esta opresión. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver... Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...*

Sí, quizá esa es la señal de que estoy a punto de morir: que estoy desbarrando, que estoy perdiendo la cabeza. Quizá ya he muerto. Pero no, oigo lejanamente la voz de unos médicos. Oigo lejanamente el pitido agudo y prolongado de una

máquina que está cerca de mí. Debe cada pitido ser un latido de mi corazón. Mientras oiga ese ligero pitido lejano es que mi corazón debe seguir latiendo. Son pitidos muy espaciados... e irregulares. Morir... Morir... ¿Cómo será perder definitivamente la conciencia? Tiene que ser como dormir. Sí, cada día morimos ocho horas. Después... No sé para qué me he afanado tanto. Tantas horas de trabajo, tantas preocupaciones, tantas noches de insomnio, ¿para qué? ¿Por qué quise cargar un Imperio entero sobre mis hombros? Y cuando tuve esa carga ambicioné el orbe en toda su integridad. En cuanto se anuncie oficialmente mi deceso, algunos se consumirán de ambición por llevar ese fardo insoportable... y después pensará lo que yo, cuando esté como yo. Qué locura. Qué ciegos estamos. Malditos cetros, malditos honores. La ambición es un hambre insaciable. En este momento ¿qué es lo que más me gustaría? Me vienen escenas de la cena de Navidad. Todos reunidos alrededor de la mesa. Toda la familia. Cochinillo asado, pastel de manzana. Nosotros, los niños jugando, alborotando alrededor de la mesa. Corriendo y siendo reprendidos. El calor de la casa materna, el frío de la Navidad fuera.

Este es el final. La vida vale un imperio. En la cumbre de mi carrera y mi poder sólo deseo una cosa... lo que tienen todos los seres humanos, hasta el más pobre: vivir. Sólo vivir. Me he olvidado de vivir. Se me va la vida, y después de tantos años no he vivido. Qué ironía... después de tantos años, pedir un poco más de tiempo.

Tiempo... esa fue la obsesión de Viniciano. El y yo íbamos a ser el nuevo Adán y la nueva Eva de una nueva era. Por lo menos eso me dijo una noche en que se emborrachó. Hemos trastocado el mundo para dar al mundo esa nueva era. En el frente, mueren cada día millones de seres humanos. Soy una afortunada en morir en una camilla. El mundo ya no volverá a ser el mundo. El mundo está ardiendo. Nosotros le hemos prendido fuego. No tenía otra alternativa. Así es el mundo.

No... así lo hemos hecho nosotros. Por la utopía hemos destruido la realidad. En otras ocasiones, cuando yo estaba al frente de todo... cuántas madres lloraron a sus hijos porque dije que había que ser pragmáticos. En fin, la

providencia me hizo emperatriz. Providencia... curiosa palabra. No la había usado desde hacía años. ¿Habrá una providencia? ¿Qué habrá después de la vida? La humanidad se ha hecho esa pregunta desde hace milenios, y yo estoy tan sólo a unos minutos de la respuesta. Tan sólo me restan unos metros para alcanzar el borde... donde la respuesta aparecerá clara y diáfana. Sin posibilidad de réplica. Tan solo unos metros después de tantos kilómetros.

Noto que me deslizo suavemente por una pendiente sin retorno. Me van faltando fuerzas. No lo entiendo, estoy tumbada y cada vez más débil. El peso de mi pecho se hace más opresivo. Yo fui cristiana. Mi madre fue cristiana. En el año 2.183 apostató. Pero yo fui bautizada. Y me llevé a un colegio de monjas. Después también yo apostaté.

Y si fuera verdad aquello. Y si he estado persiguiendo la verdad. Noto que mi pensamiento se está haciendo más lento. Es como si me durmiese... el sueño eterno, un sueño sin despertar... ¿La Verdad! ¿Y si he estado hundiendo la barca de la Salvación? Mi barca. ¿Adónde me asiré ahora? Quiero confesarme. ¿Pero con quién, si he matado a todos los curas? Es curioso que la misma que trató de acabar en la Tierra con ese poder de absolver, ahora busque ese mismo poder para librarse de la sangre de aquellos, de los únicos que tenían ese poder. Pero ya no hay curas en la tierra. Alguno queda en Japón y algún país más. Pero cómo pedirlo. ¿A quien le puedo pedir que me traiga un sacerdote? Todos pensarían que deliro. A veces, se me olvida que no puedo ya hablar. Ya no puedo confesarme.

Tengo sueño, dormir... Mi pensamiento se mueve lentamente. Estoy en mi cama, pero también hoy habrán muerto un millón de cristianos, como todos los días, por mis ordenes. Cuántos he matado a lo largo de mi vida. Pero el Anticristo era Viniciano. ¿Por qué me vendrán ahora estos deseos de confesarme? ¿Serán efecto de la medicación? ¿Un delirio? Pero no, quiero limpiar de sangre mis manos. Mi alma huele mal. Soy un monstruo. Noto que estoy perdiendo la consciencia. Mi olor es insoportable incluso para mí. Tengo sueño. ¡Misericordia! Te pido misericordia, Dios de Israel. Sí, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. El Único. El Santo

entre los santos. Me estoy durmiendo. Querría arrodillarme. ¡Misericordia! ¡Kyrie eleison! ¡KYRIE ELEISON! Jesús... y María... sed la salvación mía...

## CAPITULO

### XXXVII



A LA DIVINA ADRIANA AUGUSTA,  
HIJA DE SCHWARKORF CONQUISTADOR  
DE SUDAN,  
SACERDOTISA DEL PRIMER CIRCULO DE  
DAGON,  
INVESTIDA POR LA XXII VEZ DE LA  
DIGNIDAD TRIBUNICIA, TRES VECES  
CONSUL.

Ésta era la inscripción. Las letras, trazos rectos, capitales latinas inscritas sobre mármol.

Javier González le enseñó el mausoleo a su nieto. El con su mujer y sus dos nietos estaban de visita por la ciudad imperial.

-Sí, Pedrito -así seguía llamando a su nieto, aunque este ya tenía dieciséis años-, después que murió la emperatriz-, fue aclamado emperador un general. Se llamaba Wolf. Reinó un año.

-¿Fue éste fue aquel al que su familia se le murió?

-Exactamente, su familia estaba reunida celebrando un cumpleaños. Un misil cayó justamente en esa zona residencial de las afueras de la ciudad. Murió su mujer, y todos sus hijos y nietos. Wolf cayó en tal depresión que se retiró. De todas maneras, fue un emperador débil. Débil en lo personal, aunque en lo político tampoco contó con muchos apoyos -el abuelo continuó la explicación mirando a su otro nieto, que ya contaba con veinte años y por lo tanto entendía más-. Después el Senado aclamó a otro general. El general Smichdt que duró sólo un año. El no lo dijo a nadie, pero ya estaba muy enfermo antes de que lo eligieran. Después, a base de muchas intrigas se hizo con el poder Hurst. El nuevo emperador Hurst. Con el volvió a reinar la dinastía Schwart-Menstein. Y volvieron a reinar muchas otras cosas. Wolf y Smichdt no eran creyentes en Dagón, eran únicamente militares pragmáticos. Sin embargo, fueron fieles a la



máxima: *a tus amigos tenlos cerca, a tus enemigos más cerca todavía.*

Así que externamente ante el pueblo, sembraron ser creyentes. Sabían, además, que una tercera parte de los senadores eran oculta o abiertamente servidores de Dagón. Pensaron que nada mejor en tiempo de guerra que aunar voluntades con un móvil religioso. Así que en lo política religiosa nada cambió. Estábamos, casi, como en los peores tiempos de Viniciano. Pero el actual emperador Hurst, antes de ser aclamado Emperador, era un secreto iniciado en los círculos de Dagón. De ahí que, poco después de comenzar su principado, todos nos dimos cuenta de que debíamos volver a aceptar un liderazgo de nuevo muy ideológico.

## CAPITULO

### XXXVIII



*Universidad de Harvard*

**E**l profesor George B. Russell con paso apresurado iba cargado de libros entre los anaqueles de los archivos subterráneos de la universidad. Era el típico profesor erudito que ha pasado el 85% de su vida no haciendo otra cosa más que leer e investigar. Su cara era la típica de sabio en las nubes. El profesor era un magnífico y espléndido ejemplar de *rata de biblioteca*.

Ahora, llegaba tarde a la reunión. Había sido fijada hacía dos días, pero en el último momento el profesor pensó que todavía tenía tiempo para asegurarse de una cita, para buscar un poco más de documentación. El apresurado sabio salió del edificio de bibliotecas hacia el edificio del rectorado. Justo antes de entrar en este último, se detuvo junto a las columnas y miró hacia lo alto.

Eran las tres de la tarde, el sol de un color rojizo apagado se podía mirar directamente sin deslumbrarse. La nube marrón grisáceo cubría

toda la bóveda celeste. Todo estaba sumido en una especie de luz atenuada.

-Humm... sigue allí -musitó para sí.

Desde hacía varios días en el sol rojo había aparecido una extrañísima marca en forma de cruz<sup>20</sup>. Dos trazos gruesos y definidos, completamente rectilíneos. La sorpresa mundial fue completa. Ningún científico se explicaba aquel más que insólito fenómeno. El profesor George entró en la sala de la reunión. Una sala no muy grande, recubiertas sus paredes con todo tipo de óleos de anteriores rectores y con cuadros representando artísticamente los escudos de los sellos de las distintas facultades. Cinco grandes vitrales y una gran estatua de bronce del fundador de la universidad completaban la decoración. Todos los convocados a la reunión habían llegado ya y estaban haciendo tiempo. Los quince asistentes eran los más prestigiosos catedráticos de la universidad. El profesor tomó asiento.

-Bien, profesor George -comenzó el rector tras los saludos-, le presento al profesor Laboa de la Universidad de Oxford y al profesor Verdoy de la Metropolitana de Los Angeles.

-Encantado.

-Mucho me hubiera gustado convocar un gran debate académico en el aula magna con todos los profesores. Sin embargo, las interferencias estatales y los miembros secretos de Dagón pertenecientes al claustro de profesores, hubieran hecho imposible la franqueza de palabra. De todas maneras, os he convocado a vosotros que sois los máximos expertos en la materia. Tras todos los últimos impactantes hechos que llevamos viviendo en los últimos años, nos hemos reunido aquí para tratar de dilucidar una cuestión espinosa: si estamos viviendo el fin de los tiempos.

No hace falta decir que estamos en *petit comité*, el profesor Juan de Oxford y Alfred de Los Angeles son ateos como nosotros, aquí no hay ningún dagoniano. Ni ningún cristiano, ni nada raro, ni nada que acabe en "ano". Salvo el profesor García, que es freudiano. El último freudiano.

---

<sup>20</sup> Mt 24, 30

Las risas fueron generales. El profesor García viejo amigo del rector encajó el comentario jocoso con el mismo buen humor que el resto de los circunstantes.

-Es una broma, profesor García – prosiguió el rector-. En fin, lo único que quiero que entiendan es que pueden expresarse con toda tranquilidad. Profesor George le cedo la palabra.

-Muchas gracias –agradeció el profesor arreglándose el flequillo con la mano-. Los números:

42, 3 y 1/2, 1.260, 7.000, 666. ¡Los números y no otra cosa nos llevan a la conclusión de que el libro del Apocalipsis es cierto! Todos somos ateos, como ha dicho el profesor Verner, pero ¿cómo explicar el que los números de ese libro escrito en siglo I se hayan cumplido en nuestra época?

Pongo un ejemplo. En el capítulo 11, versículo 13 de ese libro se dice que un terremoto en la ciudad acabaría con la vida de **7.000** hombres. Esa ciudad, por el contexto de ese capítulo, es Jerusalén. En ese mismo texto, se dice que ese terremoto tendría lugar **3** días y medio después de la muerte de los dos enviados, Enoc y Elías según los Padres de la Iglesia. Ambos números se cumplieron, fueron exactos.

En Apocalipsis capítulo 11, versículo 2, se dice que esos dos hombres profetizarían **1.260** días, y así fue hasta que fueron asesinados. Ni un día más. En Apocalipsis 13, versículos del 3 al 5, se afirma que una de las cabezas de la Bestia sería herida pero que reviviría por **42** meses con gran asombro de todos, justo el número de meses que vivió Viniciano. Se dice que ese hombre tendría un número en su nombre. Durante muchos siglos se han hecho muchas cábalas acerca de a quien se refería. Sin embargo, era un mensaje para el futuro. Ya saben que las creencias gnósticas de los servidores de Dagón incluyen unos sistemas cabalísticos por el que asignan un valor numérico a las combinaciones de letras. Pues bien adivinen que número sale de las letras VI-NI-CIA-NUS.

-**666** -exclamaron varios.

-Exactamente. Bien, no voy a cansarles haciendo ahora una explicación de como todo lo relatado en las doce hojas de un libro escrito en griego por un judío hace miles de años se ha cumplido al pie de la letra. En cualquier caso, si los conceptos por algunos pueden ser

considerados difusos, no así los números. Los números son concretos, suponen un criterio objetivo de verificación. Si uno sólo no coincide, el resto pueden haber acertado por azar. Pero si todos coinciden, ya no es azar. El Apocalipsis ha sido un libro no entendido hasta ahora porque era un mensaje para ahora. Con los hechos delante, el mensaje es claro.

-¿Y cuál es ese mensaje?

-El mensaje es: ESTOY AQUÍ. Es como si el dios hebreo de la secta cristiana nos dijera “estoy aquí”, “he vuelto”.

Hasta aquí los hechos incontestables. Ahora la interpretación. Volvamos la vista a comienzos del siglo XXII, las masas eran ateas, a excepción de unas pequeñas minorías. Desde hace cincuenta años el esoterismo, el ocultismo, todas esas nuevas corrientes han invadido las mentes de nuestros conciudadanos. Nosotros mismos, fervientes materialistas, a la vista de lo presenciado en los últimos años, debemos reconocer que en el universo newtoniano hay algo más que átomos y moléculas. Los hechos paranormales que todos hemos visto ¿son la suma de las energías mentales de todos los creyentes?, ¿es la irrupción de una nueva dimensión en nuestro mundo, como dicen los dagonianos? No lo sabemos. Lo cierto es que nuestros ojos han visto verdaderos portentos que van más allá de las leyes físicas. Científicamente hablando, todos reconocemos que está interviniendo alguna causa que va más allá de la materia.

Supongamos que se trata de una dimensión de dioses que en esta época ha irrumpido en nuestro mundo. ¿Cuál debe ser nuestra actuación?

-La profesora Da Costa quiere añadir algo –le interrumpió el rector.

-Me consta –dijo la profesora- por un buen amigo mío que en Roma que un grupo de senadores imperiales fueron a Palacio a ver al Emperador. Era un nutrido de personajes influyentes que iban con un único propósito: decirle que detuviera la persecución cristiana. Habían llegado al convencimiento, como tantos otros, de que la ira del dios hebreo está destruyendo nuestro planeta. Estaban verdaderamente atemorizados. Sin embargo, el punto de argumentación del Emperador fue el

siguiente: Nosotros hemos hecho todo lo posible por destruir a los seguidores de ese dios, el dios hebreo ha hecho todo lo posible por destruirnos a nosotros. Si fuera omnipotente ya nos hubiera destruido. Luego si nosotros hacemos todo lo posible por arrancarlo de nuestro mundo, y él hace todo lo posible por aniquilarnos, entonces es que se trata de una guerra entre iguales. Ya hemos visto qué cosas puede hacer, hasta dónde puede llegar. Resistamos y cuando acabemos con el último cristiano la dimensión en que vive ese dios quedará incomunicada con nuestro mundo. Habremos destruido el punto de intersección entre las dos dimensiones: la de nuestro cosmos material y la de la dimensión de esa entidad judeocristiana. Los senadores se fueron a su casa no muy convencidos, pero la argumentación es aceptable en nuestro actual estado de conocimiento de la situación.

-Sí, de un modo más burdo esa es la opinión de la intelectualidad ante la nueva situación y ante los portentos de los últimos años -dijo otro profesor.

-El odio hacia la divinidad judeocristiana va creciendo de día en día en todo el planeta.-añadió otro.

-Sería interesante dilucidar si en realidad es una entidad o tres dioses.-añadió un tercer profesor de pelo blanco.

-No nos perdamos en detalles - interrumpió el decano-. La cuestión ahora es de planteamiento general. ¿Qué debemos hacer ante los nuevos hechos que están sucediendo? No es éste un interés meramente intelectual. Pensaba poner el tema sobre la mesa después... pero puedo hacerlo ahora. Quiero comunicarles que hemos recibido una orden del Departamento de Justicia compeliéndonos a la destrucción de las obras de patología particularmente y a las *opera christiana* en general. Un funcionario del FBI nos estuvo explicando que es propósito del gobierno eliminar todo aquel material escrito que suponga un peligro para salud intelectual de los estudiantes. Me echó una larga perorata acerca de como en un lugar como una universidad no debe haber lugar para la superstición popista. Si queremos continuar con las subvenciones, incluso para la facultad de física o biología, deberíamos quitar de nuestros fondos toda obra cristiana. Y desde luego había una lista

de títulos que eran de obligatoria eliminación: la *Biblia*, el *Kempis*, *Historia de un alma*, Santa Teresa de Jesús, y en fin diez o doce obras más.

-Pues si se me permite mi opinión, no dudo que esos libros podríamos esconderlos, pero el claustro de profesores está minado de dagonianos. Antes o después, los descubrirán. Además, que duda cabe de que las leyes anticristianas se irán endureciendo. Ahorrémosnos problemas y obedezcamos esta sandez gubernamental. ¿Qué significan doce o incluso mil libros sobre la superstición de esa secta en comparación a los cientos de miles de millones de obras de nuestros fondos?

-Pero, ¿es lícito destruir una parte de nuestro conocimiento por muy errado que sea? ¿No es una parte de la historia de la humanidad? Si todos hacen lo mismo, y ciertamente el Imperio sigue expandiendo sus fronteras, el olvido borrará parte de nuestra memoria universal. Recuerden el lema de nuestro escudo: VERITAS.

-Según el Nuevo Orden hay nuevo concepto de verdad como lo hay del bien o de la licitud.

-Señores, ustedes pueden tener vocación de mártires, yo no la tengo. Jamás asumiré la responsabilidad de guardar libros que el Departamento de Salud Mental considere nocivos. No hay nada más nocivo para la Ciencia que el enfrentamiento con el Poder. Además, profesora Marie, usted que es tan dada a defender la *veritas*, ¿cree usted que podemos dañar la verdad? La verdad está alta como la luna, nuestras flechas no la rozan. La verdad seguirá existiendo por mucho que hagan por destruirla esos mentecatos en el poder. Por mi parte, que se destruyan todos los libros que haga falta. La verdad seguirá existiendo. Yo sólo espero vivir estadísticamente hasta los 87 años, y espero evitarme la mayor cantidad posible de problemas en ese tan breve espacio temporal.

Vivimos en una sociedad loca. Adoran a ese mequetrefe de emperador como si fuera un semidios. ¿Las masas creéis que se preocupan por las más altas consecuciones del espíritu humano? ¡No! Se han lanzado a hacer espiritismo, a aprender todo ese aglomerado de creencias gnósticas, a practicar caseramente el espiritismo y a gritar hasta desgañitarse en las ceremonias

oficiadas por el Emperador. Pues que se desgañiten, que el pueblo coma lo que el gusto le pida. Yo no pienso enfrentarme a las masas. Obedezcamos la orden y vivamos en paz. *Primum vivere, deinde philosophare.*

-¿Alguien quiere añadir algo más? -dijo el rector.

Pues visto el panorama creo que hay un amplio consenso en que nadie asume la responsabilidad de guardar esas obras del pasado popista. Pasemos a otro punto. El futuro estaba contenido en esas doce páginas del final de la Biblia. ¿Cómo es posible eso doctor George?

-Pienso, y es sólo una hipótesis, que ese dios hebreo nos ha enviado una maldición a través de la Historia, por medio de sus seguidores, perdón, por medio de la fuerza mental de sus seguidores. Esa fuerza cerebral, desconocida, que es la suma de tantos millones de sus seguidores, ha logrado quebrar las leyes físicas en algunos momentos y lugares. Esto y no otra cosa han sido los hechos inexplicables que todos hemos visto. Ah, y eso sin contar con ese dios tal vez sea la mera acumulación de la fuerza mental de sus seguidores. Sin embargo, en mi opinión, si nosotros hacemos un esfuerzo similar pero en sentido contrario, es decir, si nos esforzamos en destruir el dominio de ese dios monoteísta y excluyente, entonces venceremos.

-¿Y en qué consistiría ese esfuerzo?

-Esta claro, en destruir toda traza de cristianismo en la historia.

-Pero no es posible destruir el cristianismo sin acabar con los cristianos.

-Efectivamente. Por eso es un esfuerzo. Debemos olvidarnos de obsoletos bloques morales. Una terrible maldición planea sobre nuestra época histórica. La peste, la sangre, el agua amarga, las conmociones astrales, todo son frutos de la maldición bíblica. Todas esas cosas consideradas por separado carecen de sentido. Pero en conjunto, a la luz del libro de Juan, aparece su interconexión. Todo son castigos menores formando parte de un castigo mayor, un castigo universal. Nos enfrentamos a la ira divina. Por lo tanto, hemos de erradicar esa pestífera doctrina cristiana aniquilando a los portadores de ese virus. Sólo entonces, la conexión entre nuestro cosmos material y la dimensión espiritual del dios

que habló por vez primera a Abraham, quedará truncada.

Es más, no sólo hay que matar a los cristianos. Sino que incluso yo que soy uno de los máximos expertos mundiales en cristianismo, no dudo en afirmar que hay que destruir todo libro que contenga la doctrina de ese Evangelio predicado hace veintidós siglos. Si dejamos el virus en los libros nunca podremos estar seguros de que varios siglos después que muera el último cristiano, alguien en una biblioteca se convierta. Y que ese dios hebreo maldecidor vuelva a tener una puerta por la que entrar en este mundo. Un mundo que será ya libre de trabas morales, un mundo que disfrutará de todos los goces que la vida ofrece sin ningún remordimiento. Un mundo que se preocupará de las realidades intraterrenas, sin imaginarias preocupaciones acerca de un mundo ultraterreno con un juicio divino. Un mundo libre, al fin, después de tantos siglos. Las leyes de la naturaleza animal han estado suspendidas en la Humanidad durante la era cristiana. Matemos a esos enfermos psicológicos y devolvamos la libertad a las conciencias. Señores, no es un asesinato, es una eutanasia.

Las palabras del profesor George rebosantes de convicción habían causado un gran impacto en todos. Un silencio completo se instaló en la sala.

-Profesor George -dijo finalmente la profesora Marie-, sé que lo que voy a decir es sólo una hipótesis que no se realizará nunca, pero si el gobierno decidiera acabar con las obras de arte que expresan el cristianismo ¿qué deberíamos hacer? ¿Deberíamos destruir la pintura del *Juicio Final* de Miguel Angel?, ¿su *Moisés?*, ¿*los Diez Mandamientos* de Cecil B. De Mille?, ¿deberemos arrasar Notre Dame? Además, usted que quiere acabar con todo escrito popista ¿sabe usted cuántas inscripciones latinas hay en los tímpanos románicos, en las catedrales, en los frescos?

-Unas cuantas -comentó incómodo el obeso profesor Bertrand experto en esa materia.

-Millares y millares. Pero no sólo eso, debería destruir incluso los testamentos civiles. He leído muchos escritos jurídicos medievales que comienzan diciendo: *En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.* Para crear ese futuro aséptico, profesor George,

tendría que acabar con buena parte de las pinacotecas. Ah, e incluso con la música. Si destruye la literatura cristiana pero deja grabada *la Pasión según San Mateo* de Bach o el *Requiem* de Mozart, aunque sólo dejara esas dos obras como dos islas, sin pautas para la interpretación del mensaje, esas dos obras dentro de varios siglos iban a suscitar dudas, tesis doctorales y quién sabe si alguna conversión. Si quiere construir ese futuro esterilizado tendrá que esterilizar también el pasado. ¿Cómo explicaremos la Edad Media? Una cosa es silenciar una parte de nuestro conocimiento, pero otra cosa es extirparlo como nos proponía usted.

-Podemos primero acabar con los portadores del virus, después podemos empezar un proceso de deconstrucción del conocimiento del cristianismo. Dejando los significantes, pero sin nadie que conozca las claves de su intelección.-repuso el profesor Bertrand.

-¿Pero... y la verdad?

-¿Qué es la verdad? -prosiguió el profesor Bertrand-. Buscamos la verdad porque consideramos que es un bien para la sociedad, si la verdad se convierte en un mal, o al menos en un peligro, entonces... silenciémosla, después deformémosla, y finalmente acabemos con ella. ¿Se da cuenta? si lo conseguimos a escala mundial sería la primera vez que una sociedad decide acabar conscientemente con una parte de la verdad. Si lo logramos, ¡acabaríamos con una parte de la verdad! El conocimiento definitivamente perdido no es llorado por aquel que no recuerda haberlo tenido. ¿Por qué recordar una pesadilla? ¿Por qué recordar la oscuridad y el dolor? Administremos la verdad. Construyámosla, en vez de sólo buscarla.

-Créame, la verdad está muy por encima de sus manos. -le contestó muy seria la profesora Marie.

-Oh, entonces razón de más para que actúe sin remordimientos -respondió alegre el profesor Bertrand.

**L**a discusión duró todavía una hora más. En aquella reunión se decidió, con más o menos entusiasmo según las personas, que la universidad seguiría las directrices

gubernamentales en su plan docente en todo lo que de alguna manera tocara el tema de la Europa cristiana. Se levantó la sesión y todos los profesores fueron levantándose de la mesa. Ya todos habían salido de la sala. Sólo el profesor George seguía recogiendo los libros y papeles que había utilizado durante la reunión. En la presidencia de la mesa un rector pensativo ocupaba todavía su silla. No quitaba ojo al atareado profesor George que ponía orden en los papeles marcadores de sus libros. Finalmente, el rector se levantó y por detrás del profesor le preguntó intrigado.

-George... hay un número que no has dicho en la reunión.

El profesor George le miró sorprendido

-No me digas -prosiguió el rector- que en algún lugar, en algún versículo muy pequeño, entre las 1.500 páginas de la Biblia, entre todos esos números, no se dice cuánto falta para el punto omega. El día de la destrucción de esta, para ellos, nueva Sodoma y Gomorra.

-Créeme, Martin, no aparece. *Nadie sabe ni el día, ni la hora*. Sin embargo, sí que aparecen dos cosas: una en Apocalipsis capítulo 17, versículo 12, la otra aparece en dos lugares, en Daniel capítulo 12, versículo 11 y Daniel capítulo 9, versículo 27.

Según la primera cita la Bestia que descansa sobre la ciudad de las siete colinas tiene diez cabezas que son diez reyes. Eso significa que después de éste, sólo quedarán dos emperadores más. Las profecías de Daniel dicen claramente que se hollará la Ciudad Santa, el Templo y que la oblación quedará suspendida. Ese Templo es el templo central del Reino de la Nueva Alianza. Y la nueva ciudad santa ¿cuál es?

-¡Roma!

-Correcto. No puede ser Jerusalén que ha sido hollada por los infieles desde la época de la expansión musulmana. No puede ser el antiguo templo herodiano porque la oblación cesó desde el año 73 de nuestra era. Sólo hay un templo que pudiéramos denominar central en la nueva era dominada por la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Y ese es el templo en el que descansan los huesos del apóstol Pedro: el Vaticano.

-La oblación de la Nueva Alianza es el sacrificio eucarístico, la Misa. Pero, un

momento... ¿por qué está tan seguro de que la profecía de Daniel se aplica al tiempo apocalíptico? Puede referirse a algo ya pasado.

-Es seguro que está hablando de nuestros tiempos porque Jesucristo en el Evangelio de San Mateo habló del fin de los tiempos, en el capítulo 24. Y al explicar los tiempos apocalípticos dice literalmente esta frase: *Así que cuando veáis el sacrilegio devastador anunciado por el profeta Daniel entonces...*

-¿Y qué dice el profeta Daniel acerca de la fecha?

-El libro de Daniel no da una fecha. Pero afirma claramente en esos dos versículos que la oblación cesará durante 1290 días. Eso en el capítulo 12, versículo 11. Y en el capítulo 9, versículo 27, se dice que se suspenderá por media semana. En el resto del capítulo, se explica que el rey perseguidor del Pueblo Elegido hará una alianza durante una semana. No puede ser una semana de siete días, se refiere a una semana de años. Luego la media semana son tres años y medio, adivine cuántos días es ese lapso de tiempo.

-¿Los 1290 días?

-Sí.

-La oblación cesó en cuanto el emperador Viniciano invadió por segunda vez el Vaticano y se llevó presos a los cardenales reunidos en cónclave.

-No. Se detuvo a los cardenales, pero el estado de la Ciudad del Vaticano seguía siendo un país independiente. Los oficios divinos continuaron regidos por los monseñores de las congregaciones.

-¿Congregaciones?

-Sí, es igual, no nos detengamos en palabras. El Imperio no decidió entrar en el Vaticano hasta que se generalizó la persecución contra los cristianos. Eso sucedió al final del reinado de Viniciano. Es entonces cuando todos los sacerdotes son hechos prisioneros y el Estado de la Ciudad del Vaticano queda anexionado al Imperio. Los soldados hicieron guardia ya permanentemente dentro de la Basílica. Hasta que se cerró definitivamente después de la Abominación de la Desolación.

-Resumiendo, ¿cuánto tiempo nos queda?-el rector comenzaba a ponerse nervioso.

-Algo más de un año.

-¿No puedes ser más preciso?-preguntó algo enfadado.

-*Nadie sabe ni el día, ni la hora.*

El profesor George comenzó tranquilamente a hojear un libro, buscando una cita que quería leerle. Después de un poco, continuó explicando.

-Lo único que le puedo asegurar es que la profecía de Daniel dice, y cito literalmente: *desde los tiempos en que cese el sacrificio perpetuo y sea establecida la abominación de la destrucción, pasarán mil doscientos noventa días.* O sea, que o quebramos las profecías de ese dichoso libro antes de que se cumpla ese plazo, o vendrá el fin del mundo.

-¿Es que no estamos ya viviendo el fin del mundo?

-Sí, pero todavía no se ha derramado la séptima copa de la ira divina, ni en plenitud se ha abierto el sexto sello. Además está todavía sonando la cuarta trompeta. Hemos de evitar por todos los medios llegar al punto omega. En el que se habrá abierto el VII sello, se habrá derramado la VII copa de la ira divina y en el que habrá sonado la VII trompeta del Apocalipsis.

-¿Cuál es la séptima trompeta?

-La resurrección general de todos los muertos.

El rector de la universidad de Harvard quedó fuera de sí. Comenzó a llorar mientras se sentaba en la silla de la lado. Mientras tanto, en medio de los sollozos, musitaba: "hemos de detenerlo, hemos de detenerlo". Al cabo de un minuto, se rehizo, alzó su cara de entre las manos.

-George, hemos trabajado juntos durante los últimos veinte años. A veces... a veces... me pregunto si ese dios judeocristiano... no será... el... Omnipotente.

-Martin... ¿es posible que exista un ser infinito?

-Pero...

-No, no, ten fe en mí, es imposible. Además, hemos jurado que jamás nos arrodillaremos ante nadie. Somos hombres libres, ¿recuerdas? Si existiera un ser infinito deberíamos ser sus servidores, y nosotros no serviremos a nadie. —le miró con una sonrisa confortadora en la

cara-. Venga, ¡ánimo!, no te preocupes, haremos todo lo posible para detenerlo.

## CAPITULO

### XXXIX



**A** 3.100 kms. de distancia de la Tierra, lenta y silenciosamente se movía en el espacio el acorazado orbital Kuri. El emblema rojo y blanco del Sol Naciente cubría la popa de la nave de guerra. Los acorazados orbitales eran los pesos pesados del material bélico de las superpotencias terrestres. Antes de que empezara la guerra, únicamente llegó a haber ocho de estos mastodontes, ahora ya sólo quedaban dos: el Kuri de bandera japonesa, y el Ronald Reagan de bandera estadounidense.

Explicar qué eran estos acorazados es cosa bien simple. Cada uno de ellos era un gigantesco hangar de cientos de miles de misiles de todos los tipos y tamaños, rodeado de una impenetrable coraza. Externamente la forma de los acorazados era elíptica, una elipse de formas redondeadas. La coraza de estos ingenios colosales tenía un grosor de diez metros, usualmente tres capas de roca comprimida y tres de acero. Lo normal era que la envergadura total de la nave no bajara de los tres kilómetros.

La tripulación: sólo 50 hombres, los técnicos necesarios para mantener en activo el letal cargamento. La velocidad de movimiento de estos gigantes era lentísima, 200 kms por hora. No en vano el peso que movían los reactores era de 993.366 toneladas, como el peso de tres Empire State Building juntos. Por supuesto semejantes estructuras eran construidas en el espacio, su peso no les hubiera permitido vencer la gravedad terrestre. Ni siquiera podían descender a una altura menor de 2800 kilómetros de la Tierra, bajo riesgo de no poder detener la caída hacia el planeta.

Cuando dos acorazados entraban en combate entre sí, el sistema de ataque era el siguiente: En cuanto los radares detectaban al

enemigo a menos de 50 kilómetros de distancia, la nave desplegaba todos, o parte, de sus misiles en el exterior. Cada misil se colocaba en un punto prefijado, a unos 80 metros de la nave de donde había salido, y esperaba con los motores apagados.

La nave enemiga hacía otro tanto desplegando todo su poder de fuego. Cuando todo el material balístico estaba ya fuera de la nave suspendido en el espacio, se daba la orden de ataque. En tres segundos, todos los misiles se lanzaban a las coordenadas ocupadas por el acorazado enemigo. A 50 kilómetros de distancia el enemigo no es visible a la vista. El oponente por su parte lanza sus misiles. Cuando los misiles se acercan a su blanco van siendo destruidos por misiles más pequeños, por los misiles antimisiles.

La razón de desplegar todo el fuego de combate para lanzarlo de una vez, es porque esa es la única manera de poder atravesar el filtro de los proyectiles antimisiles. Cada misil es un misil inteligente, una vez lanzado actúa por su cuenta. En el primer medio minuto ningún misil hace blanco en la nave enemiga. Pero después de ese tiempo, se va reduciendo el número de misiles antimisiles, y entonces empieza alguno que otro a hacer impacto. La coraza resiste por un tiempo, pero al final alguno logra penetrar la coraza, y en cuanto uno hace impacto en el interior, bien sea que alcance algún almacén balístico no utilizado, bien sea que alcance los tanques de combustible, el resultado es la completa destrucción del acorazado.

Por supuesto nada, más que otro acorazado, podía hacer frente a estos ingenios. Estos acorazados eran el arma estrella de las superpotencias. Si recibían orden de atacar un ejército en tierra, sólo tenían con sus satélites espía que determinar las coordenadas de la superficie terrestre donde se encontraban las fuerzas enemigas, desplegar su poder balístico, y lanzarlo de golpe. Diez minutos después, sobre los soldados adversarios caería una auténtica lluvia de misiles que arrasaría el terreno.

**A** hora el acorazado Kuri se acercaba a la base geostacionaria Nueva California. Esta base geostacionaria era la última

que quedaba en el espacio. De las cinco que orbitaban alrededor de la Tierra en el año 2180 todas habían sido destruidas en el transcurso de la guerra mundial en curso. En ninguna guerra se había atacado a las bases espaciales porque se consideraban que eran una consecución de la humanidad. Construir las había costado un inmenso esfuerzo durante más de un siglo, destruirlas era sencillísimo. Pero esta guerra no había respetado nada. Ahora los japoneses se acercaban para destruir esta última base en represalia por la destrucción de Tokio. A toda máquina el acorazado Ronald Reagan se dirigía hacia allí, pero a pesar de todos sus desesperados esfuerzos, a 200 kilómetros por hora no llegaría hasta dentro de ocho horas.

La gigantesca silueta del Kuri se recortaba en la todavía más colosal silueta de la base geostacionaria. La base era una ciudad de tres millones de personas. Población que se distribuía en el extenso conjunto de anillos giratorios que proveían de fuerza gravitatoria al interior de los anillos, en donde se encontraban los edificios.

El acorazado se aproximaba suave y lentamente hacia la mole de Nueva California. La silueta negra del aparato militar se recortaba entre las miles y miles de pequeñas luces de la base espacial. El astro rey se encontraba en el lado opuesto, así que la base mostraba su lado oscuro. Como fondo de la silenciosa escena, el Planeta Azul. El acorazado de pronto se detuvo. El silencio en el espacio era total. La Luna, lejos, en el horizonte. Quietud. Silencio.

De pronto, cuatro estelas rojas rasgaron la oscuridad del espacio. Cuatro misiles nucleares se dirigían rectilíneos y raudos a hacer blanco en la base. Diez segundos después, cuatro inmensas esferas de energía aparecían arrasando toda Nueva California. Seguidamente, una serie de explosiones en cadena acabaron con lo poco que quedaba. Tras unos minutos, el acorazado volvía a ponerse en marcha, lenta y silenciosamente se alejó. Detrás de sí ya no dejaba más que hierros retorcidos y alguna que otra instalación perdiendo todo su oxígeno. Nueva California de ser presente pasaba a ser historia.

*8 horas después*

*Puente de mando del acorazado orbital Ronald Reagan*

**E**n el puente de mando, unos treinta técnicos, cada uno sentado enfrente de su pantalla de ordenador. En el frente de aquella gran sala semicircular que era el corazón de la nave, había una gran pantalla de diez metros de alto. En la pantalla, multitud de dígitos y gráficos, (además de una videovisión panorámica del exterior), todo un resumen de la situación dentro y fuera del aparato.

El coronel era alto y delgado, su rostro alargado frío y seco, con una cara semejante a la de Clint Eastwood. De pie con las manos en la espalda, seguía todas las operaciones en la gran pantalla enfrente suyo. Los acorazados orbitales en el ejército USA se consideraban bases militares, de ahí que el mando máximo de cada una fuera un coronel, bajo el cual se encontraban cuatro capitanes.

Un soldado se acercó al coronel.

-Coronel -dijo saludándole militarmente-, hemos localizado ya en el radar al Kuri.

-Comiencen el despliegue balístico -ordenó glacialmente.

Un capitán se acercó al puesto del coronel, de pie como él se colocó a su lado mirando hacia la gran pantalla. El coronel tenía bajo su mando a tres capitanes en el acorazado orbital. El acorazado se consideraba una base militar por eso las graduaciones que regían eran las de Infantería.

-¿Todo sigue su curso?-preguntó el coronel sin dejar de mirar a la pantalla.

-Sí, señor.

-Bien. Dentro de media hora sólo quedará uno de los dos acorazados en el espacio.-comentó impasible el coronel.

"¿Nervioso? -le preguntó levantando una ceja y volviendo la cabeza para mirar al capitán.

-No.

-Lo celebro. Sabes, William, en mi camarote guardo una espada que perteneció a un oficial napoleónico

Antes la guerra era sucia, se pasaba frío, había que andar jornadas inacabables. Ahora yo soy el dios Marte. Ni una gota de sudor corre por



mi frente y, sin embargo, a una orden mía puedo desencadenar un infierno. Un infierno como no lo imaginaron jamás los clásicos. Ni Homero, ni Virgilio. Hasta el dios Marte se sorprendería de mi poder. Y, a pesar de tanto poder, la batalla aquí parece un videojuego. En medio de la batalla, si quiero, puedo ordenar que me traigan un té y unos bombones.

Por otro lado, si muero, será un instante. Los 10.000 grados de la onda de calor me volatilizarán en unas décimas de segundo.

Sí, yo soy Marte -se dijo a sí mismo con satisfacción el coronel sin dejar de mirar a la gran pantalla. Todo el rato hablaba casi sin apartar la mirada del desarrollo del prefijado plan de ataque, tanto el coronel como el capitán mantenían la conversación mirando al frente-. Según la cosmología clásica éste es el cielo de Marte. Los dioses se movían en cielo por encima de la bóveda celeste de color azul que veían. Es decir, el lugar que ocupamos nosotros. El Emperador juega a ser Zeus, y nosotros jugamos a ser Marte.

De hecho, la familia imperial es la familia de los dioses olímpicos. Un deseo y lo que quieren lo tienen. Fromheim, por sus negocios de propiedad personal, tenía una renta diaria de más 100.000 millones de euros. ¿Quién puede gastar tanto en un día? ¿No es eso ser más que Zeus? El Zeus de Homero nunca tuvo ni la mitad de las cosas que tuvo cualquier emperador. Ni siquiera las soñó. ¿Pudo soñar el Zeus homérico con escuchar acordes sinfónicos con sólo tocar un botón? No sabía ni lo que era la música sinfónica. ¿Pudo Homero imaginar una guerra como ésta?

-Sí, la guerra se ha transformado en algo técnico -comentó sin mucha brillantez el capitán que no se extrañaba de que su coronel se pusiera a hacer profundas reflexiones. Estaba acostumbrado, sobre todo en la cena, a oír sus reflexiones.

Los dos contemplaron en silencio, durante unos instantes, la videovisión panorámica de todos los misiles inteligentes, sondas, antimisiles, señuelos y demás aparatos que se desplegaban en el exterior de la nave. Todo se posicionaba por sí solo en una imaginaria cuadrícula delante de la nave. Allí paraban motores hasta recibir la orden de fuego, la orden de salir disparados a estrellarse contra el enemigo.

-¿Sabe en qué pensaba ahora?-preguntó el capitán.

-¿En qué?

-Viendo todo ese material de última tecnología, todo tan especializado. Todos los misiles de cabezas múltiples, los DDW-3, los R-K, los proyectiles con hipersensores... en fin, todo eso de ahí delante. Pensaba en lo mucho que hemos avanzado desde que Caín mató a Abel de un golpe de piedra en la cabeza.

-¿Caín y... Abel?

-Ah, es cierto... son dos figuras de la mitología judeocristiana.

El coronel puso cara de desagrado y volvió su vista hacia la pantalla central.

-Como entra dentro de lo posible que al final de este día no existamos -dijo el capitán-, voy a confesarle algo. Siempre me he considerado un técnico, no un militar. Me metí en el ejército por dinero. La mejor oferta me la hicieron ellos, los del Departamento de Defensa, sino ahora estaría en la Corporación Wellshire.

¿Y usted?

-Yo no. Soy un militar de vocación -fue la concisa respuesta del coronel.

-¿Puedo preguntarle algo muy personal?

-Cuando un soldado va a entrar en combate y ve los ojos de la muerte enfrente, se puede preguntar cualquier cosa. -respondió el coronel sin mostrar ninguna emoción.

-¿Es usted dagoniano?

-Después de todo este tiempo juntos, ha visto algo que le ha hecho sospechar, ¿eh?. Pues sí, soy un creyente en el dios Dagón. Le he dado culto en secreto, nunca públicamente.

Un soldado se acercó y le saludó marcialmente.

-Señor, despliegue completado.

-Abran fuego.

En ese momento, el coronel sintió algo muy especial. Era la orden de ataque que se daba desde el último acorazado orbital de los Estados Unidos contra el postrer acorazado que existía. Después de aquella orden, ya no habría ninguna orden más como aquella. Sólo quedaría uno en pie. Dada la situación económica de allá abajo, quizá se tardarían generaciones en que alguna nación construyera otro acorazado orbital. Sí, aquella orden era un orden muy especial. Y ya

había sido dada. Decenas de miles de estelas rojas surcaron el espacio hacia un punto en el horizonte. A 2.000 kilómetros por hora los misiles se lanzaban ansiosos por hacer diana.

-No crea que aunque sea dagoniano no amo mi patria. Para mí, mi nación es la más grande, la más bella, la más poderosa. Estoy seguro de que en el futuro recobraré la independencia... y que volverá a ser una vasta tierra de bosques, praderas y ríos.

¿Le espera alguien allá abajo?

-No. Pertenezco a ese 50% de la población soltera por opción –respondió el capitán.

-A mí ya no me espera nadie –comentó el coronel-. Odio a los japoneses. Un misil nipón cayó sobre mi casita en Connecticut. Mi mujer, mis dos hijos, mi madre.

-Lo siento.

Inesperadamente un horroroso estruendo sonó a lo lejos, el puente de mando retumbó.

-Este impacto nos ha debido atravesar por los menos seis metros de coraza en un diámetro de 50 metros.-dijo para sí el coronel.

-Hasta ahora hemos recibido 41 impactos –le comentó el capitán leyendo la pantalla-. Mire allí, una sonda ya nos manda imagen visual del acorazado japonés.

-Es inmenso.

-Verdaderamente una mole. Fíjese, otros tres misiles nuestros le acaban de impactar.

No deja de ser admirable que esa gente siga luchando.

-¿Admirable? -repitió algo incómodo el coronel.

-China sigue en pie. Pero Japón... Hemos destruido casi todas sus ciudades. Su población civil son caravanas de refugiados huyendo a otras zonas. En cierto modo, no tienen ya un país por el que luchar y, sin embargo, continúan la guerra.

-Es su forma de hacerse el *hara-kiri*, es un *hara-kiri kamikaze*. Por eso no debemos dejar ni uno.

-Era un pueblo noble. Fiel a sus tradiciones. Podíamos haber aprendido mucho de ellos. Siempre sentí una gran admiración hacia ellos.

-De todas maneras, en el fondo ésta no es una guerra contra la Unión Asiática.

-Ahora comprendo que para usted todo este conflicto mundial es una guerra entre los dagonianos y los no dagonianos.

-No, tampoco. No es una lucha de los dagonianos contra los no-dagonianos, en Japón el 15% de la población era dagoniana. Es una lucha entre el Viejo Orden y la Nueva Era. Es el fin de Piscis. Un mundo nuevo resurgirá de las cenizas. ¿Ha leído *La Conspiración de Aquarius*? La Nueva Era, la Era Gnóstica, no triunfó en el siglo XXI porque no destruimos el viejo mundo. Sólo cuando cayó el Imperio Romano entramos en la era de Piscis. Ahora hemos comprendido que sólo de las cenizas surgirá el Nuevo Orden.

-¿Y si no?

-Si no... sólo he cumplido con mi deber. Yo obedezco órdenes.

-No sé si es moral.

-Déjese de conceptos trasnochados - replicó el coronel, como siempre autoritativo-. Estamos por encima del bien y del mal.

Las bases orbitales habían sido consideradas un patrimonio de la humanidad, en ninguna guerra habían sido atacadas. Sin embargo, ahora estamos en una guerra total. Es la madre de todas las guerras, es la guerra de las guerras. Cualquier guerra antes de esta fue un juego de niños, como dos vecinas gordas que se agarran de los pelos. Esto es el final de una civilización... para dar comienzo a otra. Ya nada volverá a ser como antes.

Si no fuera porque les despistaría de sus tareas, ahora mismo les daría desde aquí un discurso.

-¿A quienes?

-A la tripulación, a nuestros hombres. *20 siglos nos contemplan desde estas pirámides*. Qué modesto era Napoleón. ¡20 siglos! A partir de ahora la humanidad entrará en un proceso de perfeccionamiento indefinido. La Tierra se transformará en un cielo olímpico. Estoy convencido de que esta guerra no se prolongará más allá de medio año. Le doy mi palabra de honor de que esta será la última guerra de la historia.

-¿Y si se ha equivocado?

El coronel le miró incómodo, pero con una mirada de águila.

-Le aseguré que no le pediré perdón.-  
sentencié finalmente.

En la imagen de la pantalla gigante se veía claramente como cada vez más misiles americanos impactaban en el acorazado nipón. El stock de misiles defensivos se les estaba agotando.

En un momento dado, un misil logró atravesar una parte de la protección de acero del acorazado japonés. Tras desaparecer el primer fulgor del impacto, comenzaron a aparecer otros brillos, pero estos ya desde dentro del acorazado. Las explosiones en cadena habían comenzado. Diez segundos después, el acorazado nipón entero saltó en pedazos en un formidable estallido.

La imagen del estallido fue captada en directo dentro del Ronald Reagan y fue seguida de un alborozado entusiasmo. Después de las felicitaciones, todos volvieron a sus puestos. El acorazado japonés había desaparecido pero unos 2.000 objetos bélicos con cabeza inteligente seguían surcando el espacio en dirección a la nave estadounidense.

Nadie se apercibió, pero sin explotar un misil nipón se había incrustado en la inacabable extensión que era la coraza de la nave USA. Del misil salió un pequeño artefacto de medio metro de envergadura, con una lejana semejanza a un cangrejo. Sus patas se sujetaban magnéticamente a la capa exterior de acero del acorazado. El ingenio con lentitud fue avanzando por la coraza durante un cuarto de hora. Finalmente, cuando su visor detectó una de las dieciséis compuertas de salida de misiles se introdujo por ella. Tres minutos después de internarse por el pasillo de salida y posteriormente por el interior de las bodegas, hizo explosión. La reacción en cadena fue inmediata. El acorazado Ronald Reagan, el último ingenio orbital en activo, se deshizo completamente en medio de una gigantesca e infernal bola de energía.

## CAPITULO

### XL



Los iniciados en el primer Círculo de Dagón estaban reunidos en una sala del Templo del dios. La sala era enteramente de piedra. Los trece miembros estaban sentados en círculo, en el centro había sobre el suelo una pequeña estatua de jade de la Bestia sobre un pedestal. Alrededor de los asistentes, sobre el suelo, un segundo círculo de velas gruesas como cirios.

-Hermanos, ya sabéis que la mayor parte de los judíos hicieron sus negocios a través de no judíos cuando se impuso la presentación de la marca para comprar o vender cualquier cosa. Incluso los menos pudientes tuvieron que hacer la compra a través de segundas personas. Sin embargo, desde que nuestro hermano Leviatán - ese era el nombre de iniciación del emperador Hurst-, aquí presente, alcanzó la máxima magistratura se ha observado una notable salida de judíos hacia el extranjero.

-¿Hacia dónde?

-Hacia el estado de Israel. Pero aquí no acaba la cosa. Nuestro embajador en esa nación nos ha informado que están construyendo un gran campamento. En realidad, llevan contruyéndolo hace meses. Es una gran superficie de tierra, de forma cuadrada, cada lado tiene 100 kms. En el centro exacto está Jerusalén, y más concretamente la explanada del Templo Davídico. En el perímetro de ese gran cuadrado, se está edificando una muralla rodeada de todo tipo de trincheras, fosos, minas y un largo etcétera de sistemas defensivos. Es una fortificación notable. En el interior de ese gran cuadrado están alojando a los millones de judíos que han afluído, y siguen afluendo, del mundo entero. Dentro de ese perímetro están acumulando todo tipo de material de guerra.

Pero eso no es todo. Ya sabéis que los dos últimos y breves emperadores tuvieron una política ambigua respecto a los cristianos. Por un

lado, detuvieron su aniquilación en los campos de concentración, pero por otro no los libertaron. Nuestras presiones lograron que al final ordenase que se continuase con la deportación de los cristianos pertenecientes a naciones conquistadas a los campos de concentr...

-Hermano Asmodeo -le interrumpió uno de los presentes, más importante que él-. Ya sé a donde quiere llegar. Le aseguro que las HH.AA. están haciendo ahora todo lo posible para acelerar el número de cristianos eliminados cada día en los campos de concentración. Así que continúe con el tema de Israel y deje ese otro asunto.

-Pues bien -prosiguió un poco incomodado el que había sido interrumpido-, el resultado es que muchos cristianos de países fronterizos al Imperio están huyendo a Israel. Ahora mismo Israel está lleno de cristianos de todo el mundo, sin contar con la asombrosa e increíble realidad de que los mismos judíos se han hecho cristianos. Cosa que jamás habíamos esperado.

Esos son los hechos. Ahora nos corresponde a nosotros el decidir qué hacer.

Mientras ellos comenzaban la discusión ignoraban que algo había sucedido hacía dos horas en un lugar remoto de Hungría. En una llanura cerca de Szeged, cayó algo del cielo. Al chocar con la tierra se levantó la llanura como si una roca hubiera caído sobre un estanque. Lo que cayó debió penetrar hasta las profundidades, como el hierro candente la cera. Se había abierto el pozo del abismo. Después, todo quedó en calma y en silencio. Al cabo de un cuarto de hora, una humareda subió del pozo. El humo comenzó a oscurecer el sol y el aire. De la humareda, saltaron a tierra unas langostas. Tenían forma de langosta, su tamaño era un poco más grande, como de un palmo de la mano era su longitud. Sin embargo, por increíble que parezca su cabeza era cabeza humana. Una cabeza que miraba con furia y odio. Sus cabecitas tenían largos cabellos, sus anchas bocas mordían<sup>21</sup>.

Del humo salía una auténtica nube de insectos que por donde pasaba oscurecía el sol,

millones y millones. Varias de estas inmensas nubes se comenzaron a extender en varias direcciones.

Los hermanos dagonianos del Primer Círculo seguían su reunión en lo más profundo del Templo. De pronto, alguien comenzó a golpear por fuera la puerta de hierro. Un hermano se acercó a abrir la puerta que sólo se podía abrir por dentro.

-¿Qué pasa?

-Siento interrumpir la reunión -dijo alterado el otro servidor del templo-, pero agentes del Ministerio de Defensa han llegado al pórtico del templo y han dicho que es urgente que llamen al Emperador.

El Emperador sin prisas pero preocupado, salió hacia afuera quitándose las amplias ropas rituales. Un minuto después, estaba fuera del templo, salía el Cónsul Máximo entre las columnas jónicas del pórtico blanco. Una larga y ancha escalinata descendía desde aquella fachada meridional. Justo allí, le esperaban cuatro agentes.

-Señor -le saludó uno de los agentes-, creo que debe montar en la aeronave y por el camino le explicaré qué ha sucedido.

-¿Es tan grave?

-Sí, señor.

Sentados dentro de la nave y rumbo hacia la base militar más cercana encendió la pantalla de televisión e introdujo una cinta.

-Señor -le explicó el agente-, la policía de varias regiones de centroeuropa ha pasado una información al ejército tan asombrosa, que al poco nos han llamado a la sección de experimentación para ver si era algún proyecto secreto del que supiésemos algo. Nosotros nos hemos pasado la última media hora confirmando la información. Finalmente, el General Herwer ha decidido que fuéramos a buscarle y se lo explicáramos por el camino.

La filmación que aparecía en pantalla mostraba una nube de langostas acercándose a Viena y cayendo sobre la población. La gente corría por las calles despavorida mientras las langostas se abatían sobre ella.

-¿Qué..., qué les hacen? -preguntó el Emperador.

---

<sup>21</sup> Ap 9, 1-11

-Telefónicamente nos han dicho que las langostas tienen un aguijón en la parte de atrás con el que inoculan una sustancia. Hemos llamado a los hospitales. La picadura produce los mismos síntomas, y dolores, que los del escorpión africano común. Hay decenas de miles de personas en hospitales, hasta ahora no ha muerto nadie.

-Pero, ¿cómo pueden tener esa cabeza tan extraña? ¡Es una diminuta cabeza humana! Esto tiene que ser fruto de la ingeniería genética de los laboratorios japoneses.

-Sí, es inexplicable. Lo único cierto es que a este ritmo llegarán a la Urbe en un par de horas. La gruesa capa del humo de la guerra que cubre las capas altas de la atmósfera nos impide hacer un seguimiento con los satélites espía. Pero se extienden en todas las direcciones de Eurasia.

-Adviertan a la población que se cierre en sus casas.

## CAPITULO

### XLI



Una cuarta parte de la humanidad había muerto por el hambre, la peste, las fieras y la guerra<sup>22</sup>.

.....  
28 de Julio

año 2212

*Llanuras centrales de Asia.*

**E**l cielo completamente marrón. La capa de humo estratosférico, provocada por todas las combustiones de la guerra, había provocado un innatural invierno en pleno verano. Las bocas expelían vaho, y de vez en cuando caían finos copos de nieve. Veinte millones de hombres, esa era la cantidad de soldados que formaban la columna militar que atravesaba aquellas llanuras.

El emperador Hurst había muerto asesinado por los puñales de una tercera parte de los miembros del Senado. El nuevo emperador era un dagoniano todavía más fanático, al subir al trono imperial cambió su nombre por el de Divinusanctus. El nuevo emperador llegó al trono sólo con una fijación: acabar la guerra, y acabarla cuanto antes. Y ese antes debía ser antes del otoño.

La capa de humo había provocado un gran descenso de temperaturas. Los expertos afirmaban que no se comenzaría a disolver hasta niveles razonables antes de catorce meses. De ahí que se esperaba un invierno glacial, todo el mundo se había hecho a la idea de encerrarse en sus casas, pertrecharse, y no salir hasta la primavera. El Emperador era consciente de que la guerra había que ganarla antes de la llegada del frío. Por eso había sacado todo el ejército. La columna acorazada de 20 millones de hombres avanzaba arrasando cualquier resistencia o fortificación. En

---

<sup>22</sup> Ap 6,8

la columna uno podía encontrar todo tipo de aparatos. Desde un verdadero enjambre de vehículos monoplaça, hasta los formidables AR-AD de última generación. Todo ello contando con un acompañamiento de aeronaves no menos impresionante. Los expertos militares de ambos bandos se habían dado cuenta de que si el enemigo concentraba su ataque en un punto era imposible defender toda la línea de frontera. De ahí que después de varios años de continuas incursiones y retrocesos por ambas partes, se había decidido concentrar las fuerzas y avanzar hasta la destrucción de toda la retaguardia civil. La mitad de Asia eran ya ruinas. Caravanas de millones de seres humanos huían hacia la costa escapando del avance de los soldados imperiales. Mientras tanto pequeños ejércitos asiáticos hacían lo mismo en territorio imperial. Sólo que eran ejércitos muy reducidos y hostigados por misiles tierra-tierra.

La política del Emperador era clara. La columna imperial no podía en su avance por Asia ir desperdigando fuerzas de ocupación. Era un ejército diseñado para avanzar, no para ocupar. Así que debían acabar con toda población civil que encontraran a su paso. La colonización europea de ese gran continente sería la tarea imperial del siglo XXIII.

## CAPITULO

### XLII



Anne de Clerk era una técnico al servicio del Ministerio de Defensa del Imperio. Una de las más importantes y prestigiosas técnicas experta en filtros antibalísticos de última generación. Acababa de volver de Siria y, junto a su familia, ofrecía en su casa de Burdeos una cena a dos de sus mejores amigos, René y Philip. Este último trabajaba en altos puestos del Servicio de Inteligencia, René era un alto ejecutivo de una multinacional. En la mesa ya había desaparecido el cóctel de mariscos y el cochinillo con setas. En el menú de aquella mesa parecía que no existía conflicto alguno, ni racionamientos. La cordial velada estaba ya en los postres.

-¿Cómo están las cosas en Siria? -preguntó Philip.

-Es impresionante -contestó Anne-, no os podéis imaginar la cantidad de material bélico que hay congregado allí. Aerocruceiros, grandes plataformas militares sobre orugas mecánicas, más de un millón de soldados acantonados de horizonte a horizonte hay una línea de dirigibles esféricos barriendo todo el espacio aéreo en una franja de mil kilómetros..

-Perdón, ¿pero cuál es el propósito de esa concentración militar? -preguntó René que acababa de volver también de una larga estancia en Chile.

-El Emperador quiere acabar de una vez por todas con los popistas -respondió Philip-. E Israel se ha convertido en el refugio de todos los popistas que quedan en el ancho mundo.

-Yo pensaba que ya no quedaban -dijo René-, creía que los cristianos eran ya historia.

-Se calcula que en Israel hay unos diez millones ahora mismo -dijo Philip-. Si fueras allí te encontrarías con todas esas cosas que has estudiado en los libros de historia: obispos, arzobispos, monjes, abades y todo ese mundo arcaico y fanático. Pero pronto aplastaremos ese nido de víboras religiosas.

-Nuestros aparatos confirman -añadió Anne- que alrededor de Jerusalén han acumulado una gran cantidad de material de defensa. Y eso sin contar con el perímetro fortificado. Hay un foso vertical de diez metros de profundidad, seguido por un muro de hormigón y acero de otros diez metros de altura. Antes del foso, hay cien metros de minas, y, después del foso, torres armadas con escudos balísticos. Además, cuando nuestros hombres logren atravesar ese muro y esas torres, se encontrarán con el grueso de la infantería cristiana más sus acorazados terrestres. Va a ser una carnicería en nuestras filas.

-Pero vamos a ver -dijo Philip-, hay una cosa que no entiendo, ni la he entendido en todo este tiempo. ¿Por qué no se envía una lluvia de misiles desde Siria hasta agotar su stock de antimisiles? No hace falta entrar, desde fuera podríamos no dejar piedra sobre piedra en el interior del perímetro.

-Una vez más la religión interfiere sobre los estrategas -respondió con fastidio Anne-. El Emperador quiere rememorar la entrada de Tito en Jerusalén en el siglo I. La Guerra Judaica 22 siglos después -Anne remarcó las últimas palabras con desprecio, todo este asunto le parecía estúpido, y explicarlo le ponía al borde del mal humor-. Las órdenes han sido terminantes, en Jerusalén entrará la infantería imperial, ella ha de tomar la ciudad. Los cruceros estratosféricos no pueden actuar. Cada día disparamos mil misiles tierra-tierra y ellos los interceptan en el aire. El día que se les acaben a los cristianos los misiles antimisiles, y los nuestros comiencen a hacer diana dentro del perímetro, tendrá que ser la infantería la que tome Jerusalén.

Para el Emperador esta guerra tiene algo de ritual. Explicó a los generales que tenía que ser como una especie de sacrificio. Que había que hundir el cuchillo sobre la víctima, no destruirla con un misil y después ir a ver el cráter. Es más, les dijo que eso le parecería *prosaico y banal*.

Los generales desplazados a Siria están desesperados. Lo que me dijeron fue: *es una majadería pero ésta es la misión, cumplámosla con las menores bajas*. Estimamos que perderemos no menos de 100.000 hombres. De todas maneras, nuestra acumulación de fuerzas en

la llanura de Meguidó es tan grande que el ejército cristiano no tiene nada que hacer.

-¿Meguido? -preguntó René.

-Sí, las fuerzas acantonadas en Siria han bajado hacia el sur hace dos semanas -le explicó Anne-, y ahora están en territorio de Israel, junto al monte Meguidó.

-Lo decía porque teníamos, mi familia, una casa de campo allí -explicó René-. Al monte de Meguidó lo llamabamos Harmagedón. De todas maneras hace años que la vendimos.

-Acerca del carácter ritual que para nuestro Emperador tiene esta campaña judaica -comentó Philip-, te sorprenderá, René, saber que nuestros diplomáticos se han esforzado desde hace medio año en lograr que fuerzas de la Unión Asiática participen en la toma de Jerusalén. Y más te sorprenderá saber que lo ha conseguido.

-Increíble. ¿Cómo lo han conseguido? -preguntó René.

-Bueno, ya sabes que la creencia dagoniana es muy poderosa en Japón -le explicó Philip-, y que está extendida por toda Asia. Ellos creen que Dagón es un dios de la mitología oriental. El caso es que primero decidieron todos los países marcar con la T a los cristianos, después sumarse a la persecución. Las masas lo hacen por furor religioso, los gobernantes por buscar un chivo expiatorio para todos sus males. Los orientales estaban ya casi decididos a empezar ellos mismos esta cruzada contra Israel, cuando nuestro Emperador se les adelantó. Pero el caso es que envió además a los primeros ministros varios países asiáticos a unos cuantos embajadores<sup>23</sup>. No sabemos muy bien cómo les lograron convencer de que sumaran a esta cruzada, pero el caso es que ellos también participan.

-¡Qué cosas!

-Sí, sí, es admirable lo que puede lograr la diplomacia. Y así muchos primeros ministros orientales han decidido que una cosa es la guerra en Asia (entre el Imperio y la Unión Asiática) y otra la guerra judaica. De ahí que enviarán tropas casi todos los países de Asia. Unos más efectivos y otros menos, pero todos quieren participar.

---

<sup>23</sup> Ap 16, 14

-Sí, en la llanura de Meguidó -añadió Anne- vi material y tropas orientales<sup>24</sup>. Muchas.

-Cambiando de tema, ¿cómo sigue el asunto del jefe de los cristianos?

-Pues, creo que ya tenemos una respuesta definitiva -respondió Philip que trabajaba en el servicio de inteligencia-. Ya sabes, René, que en el Circo Máximo se ofreció un espectáculo en el que eran ejecutados el Papa y los cardenales.

-¿El Papa y los cardenales? -preguntó René desconociendo esos términos ya que no era muy versado en esa materia.

-La cúpula de la Iglesia.

-Ah, sí, sí.

-Pues bien, al cabo de tres meses, los obispos del mundo decidieron reunirse en la Isla de Guinea en concilio universal para decidir el modo de elección de un nuevo Papa. Pero una semana después de que se convocara el Concilio, se suspendió la convocatoria. Supieron que la CIA y los servicios de inteligencia del Imperio habían preparado un plan para hacer explotar el lugar donde se reunieran los obispos. Imaginaos una explosión en el lugar de reunión de un concilio universal, hubiera sido un golpe definitivo. En los días siguientes, llegaron a la conclusión de que se reunieran donde se reunieran los podríamos alcanzar con algún tipo de misil con toda precisión. Se encontraban con el problema insoluble de que no podían mover a tantos obispos, los últimos que quedaban en libertad, sin que nuestros servicios secretos se enteraran. Así que decidieron delegar votos. Unánimemente, los obispos delegaron en los arzobispos, y los todos los arzobispos delegaron en los primados de cada nación. Esos prelados representarían a la Iglesia universal y elegirían un nuevo Sumo Pontífice ya que la iglesia de Roma tenía a todos sus miembros, clérigos y laicos, en las prisiones imperiales. También se dijo que existían comunidades cristianas clandestinas en Roma y que éstas delegaron su voto al grupo de aquellos primados y que les comunicaron que acataban cualquier decisión que tomaran en cuanto a la elección del Sumo Pontífice. Según otras informaciones, se les pidió a esas comunidades

clandestinas que enviaran algún delegado. En fin, nuestras informaciones resultan confusas.

Entonces, nos encontramos con un verdadero problema. Nuestros servicios secretos no podían controlar el movimiento de tan pocas personas. De hecho, no sabíamos quienes eran esos primados en los que se había delegado el voto del episcopado universal y de la iglesia romana. Fue entonces cuando nosotros comenzamos a esparcir el rumor de que Su Santidad Lino II vivía confinado en secreto en una base militar. Se les hizo saber que el hombre de la tiara y la capa pluvial que los espectadores vieron morir en la televisión fue el cardenal decano del consistorio. Al conocer esto, los arzobispos primados, que todavía no se habían reunido, considerando que no tenían el cadáver del Pontífice, decidieron posponer la reunión.

-Además, ya les habían engañado una vez cuando reunieron el cónclave diciendo que había muerto y después resultó que no -añadió Anne.

-Así es. Lo cierto -prosiguió Philip- es que después ya empezó la persecución en Asia cada vez más generalizada y fueron detenidos varios de esos primados. El último concilio universal, convocado y suspendido, a partir de entonces ya no se pudo celebrar nunca.

-Pero Lino II... ¿había muerto o estaba confinado? -preguntó René.

-Sí, ¿qué sucedió en verdad? -dijo Anne uniéndose a la pregunta.

-Es una buena pregunta. Nos hicimos esa pregunta a nosotros mismos durante cuatro meses. ¡Todo el asunto se había llevado con tanto secreto!, para evitar filtraciones. Por ejemplo, antes del cónclave en que se detuvo a los cardenales, el hecho de que Lino II estaba vivo sólo lo sabían unas cuatro personas directamente bajo las órdenes del emperador Viniciano.

Pues bien, años después, se investigó, y se encontró que el supuesto cadáver de Lino II había acabado junto a los cuerpos de los cardenales en una inmensa fosa común. Del equipo de tres personas que habían llevado personalmente todo el asunto papal ya no quedaba viva ninguna.

La cuestión era si aquel supuesto cadáver era el de Lino II o una treta para engañar al concilio universal que, ya entonces, suponíamos que se reuniría después. Excavar en la fosa común

---

<sup>24</sup> Ap 20, 8-9



para hacer pruebas de ADN era impensable. Cada fosa común para presos e indigentes es una excavación cuadrangular de cincuenta metros de ancho y que se llena con miles de cuerpos sin caja. Unos encima de otros. Después se recubre con diez metros de tierra para que absorba los humores y gases de las fermentaciones. Allí era imposible buscar nada.

-Pero, ¿no se podía mirar en el Ordenador Central si existía ese nombre en alguna prisión? - preguntó Anne.

-No había nada. Daos cuenta de que se le encarceló con un nombre falso, para evitar que hubiera algún cristiano encubierto, entre los funcionarios que tienen acceso a las terminales del Ordenador Central, que pudiera pasar a la Iglesia la información de que el Papa en realidad vivía. (Si realmente vivía, que ya no lo sabemos). Pensad de que se trataba de engañar a toda la Iglesia. No podían correr el riesgo de encontrarse con algún funcionario corrupto o disconforme con la persecución que revelara esa información. Podía haber en un puesto clave alguna persona que pudiera tener algún sentimiento de afecto hacia los cristianos. El modo de evitar esa filtración fue hacer completamente opaca esa detención, por eso se le inscribió con un nombre falso

Así que se le ingresó en alguna prisión civil o militar bajo un nombre ficticio. Quizá está recluido en alguna prisión penitenciaria. No lo sabemos. Como os digo, ya no vivía ninguna de las tres personas, que formaban aquel equipo encargado de la reclusión papal. Fue toda una ironía el que años después, el emperador Divinusactus quiso saber si Lino II vivía y tuviéramos que decirle que no lo sabíamos. Lino II podía estar incomunicado en cualquier celda de Italia y el Emperador no saberlo. Cuando el emperador Wolf dijo a la Iglesia que el Papa no vivía, él tenía la certeza de que estaba mintiendo y que lo importante era que la Iglesia se tragase la bola. Lo increíble fue que tres emperadores después, una augusta cabeza se lo preguntara en serio y no tuviéramos que reconocer que la maraña era tan enrevesada que no lo sabíamos de verdad.

-El Imperio dijo una mentira que resultó ser verdad -sentenció René-. Al final estaba vivo.

-Pues ya verás, el emperador Divinusactus encargó al servicio de inteligencia que investigara el asunto y descubrieran si vivía o no.

Y finalmente, hace treinta días, se le informó con total seguridad que no. El estudio computerizado de los fotogramas de la filmación de su ejecución demuestran que aquel hombre realmente era Lino II.

## CAPITULO

### XLIII



Los trajes intensamente negros de los cinco oficiales de las HH:AA. contrastaban con el suelo y las paredes blancas de la sala de máquinas del edificio-prisión del campo de concentración de Sao Paulo en Brasil.

-Fue una pena -comentaba uno de ellos-, pero el retraso en la eliminación de cristianos que provocaron los dos últimos emperadores militares ha sido enorme. Queríamos haber acabado el trabajo antes del 200 aniversario de la refundación de Roma y ahora ya no será posible.

-Menos mal que los técnicos le sugirieron al Emperador este método.

-Al emperador Viniciano no le hubiera satisfecho. El quería un holocausto ardiente. El ácido era ardiente al fin y al cabo, pero esto...

Al mismo tiempo que tenían esta conversación, iban desconectando todos los interruptores del sistema de máquinas. Mientras, otros dos oficiales iban dando vueltas a una gran llave de paso que cerraba un grueso conducto de aire. Sólo les quedaba por cerrar tres llaves de paso más, en otros tres conductos, después clausuraron la puerta de la sala con un candado electrónico y se dirigieron a la sala de máquinas de otro edificio prisión en aquel campamento para realizar la misma operación.

El Emperador quiso acabar de una vez por todas con el problema cristiano. No podía correr el riesgo de que algún futuro emperador no sólo detuviera su exterminio, sino que incluso los libertase. El tiempo ya estaba maduro para su acción.

La orden era cerrar completamente todos los sistemas de ventilación de los inmensos edificios prisión de los campos de concentración. Los inmensos edificios-prisión tenían varios kilómetros de grosor, el exterior de hormigón no tenía ni una sola ventana. Todo el aire llegaba a través de la conducción de ventilación. Los ingenieros consideraban que el centenar de prisioneros aglomerados en cada uno de los

dormitorios colectivos tardarían media semana en agotar el oxígeno hasta un nivel que fuera letal.

La orden secreta se llevó a cabo en todos los campos de concentración. Algún medio de comunicación logró la filtración de la noticia unas semanas después. Pero la sociedad estaba más preocupada en el medio millón de hombres que morían diariamente en el frente de Asia. La suerte de los cristianos atrajo muy poco la atención. Además, después del universal colapso económico todas las cadenas de TV quebraron. Para ese entonces la TV se reducía a los servicios mínimos estatales.

Los prisioneros desconocían la nueva orden, la única novedad fue que en los montacargas comenzaron a no aparecer las raciones del día. Al cabo de 48 horas se percataron de que el olor de los dormitorios era irrespirable y de que se ahogaban. Poniendo la mano en las salidas de aire se apercibieron de que no salía aire. Aquello fue un terrible mazazo para todos los que vivían aglomerados allí. Un impacto aminorado por los cánticos de alabanza al Creador y las oraciones de petición de misericordia para sus asesinos. Eran conscientes de que la hora de la muerte iba a llegar en pocos días. Todos esperaron la muerte con sentimientos que iban desde la alegría llena de fe hasta la resignación a la voluntad de Dios. No hubo ninguna escena de pánico, no hubo gritos. Al cuarto día, la fatiga por la falta de oxígeno era tan grande que todos estaban tumbados en sus camas. A todos les latía aceleradamente el corazón para suplir el bajo contenido en oxígeno de la sangre. Unos esperaban la asfixia tratando de tranquilizarse, manteniéndose en la posición de tumbados, algunos con las manos juntas sobre el pecho. Otros, no pudiendo resistir la ansiedad de aquel pulso cada vez más acelerado se incorporaban angustiados. Pero exhaustos por la falta de aire, caían desde lo alto de las literas, incapaces de bajar las escaleras que bajaban desde la litera número seis a la del suelo. Con la cara amoratada y el pulso descontrolado, algunos, impotentes, se incorporaban a mirar a los que se debatían en el suelo. El aire era como denso. Por más bocanadas que dieran (como peces fuera del agua) la sensación de ahogo no desaparecía.

Una semana después de dada la orden en Roma, fallecía el último cristiano de los campos. Salvo los que custodiaban el perímetro del campo, todo el personal había abandonado ya los campos un par de días antes. Los últimos en partir fueron los HH.AA. Nadie tocó nada dentro de los inmensos edificios-sepulcro, simplemente los abandonaron. Tan solo oficiales HH.AA. con equipos individuales de oxígeno se pasearon dormitorio por dormitorio para certificar el cumplimiento de la orden imperial. Salvo los que habían caído de las literas en la agonía, el resto no se había movido, todos los mártires estaban en sus camas, parecía que dormían. En realidad era la Cristiandad dormida hasta el fin de los tiempos.

Ahora los últimos y pocos cristianos eran los que resistían el asedio en Jerusalén.

## CAPITULO

### XLIV



**E**ra una aburrida tarde de sábado. La senadora Berthousen iba con su sobrina de paseo en una góndola de helio. Las pesadas aeronaves levitantes, rápidas como aviones, eran muy apropiadas para cubrir grandes distancias. Sin embargo, las góndolas de helio eran unos pequeños y bellos dirigibles de forma esférica que se deslizaban suavemente por el aire. Su habitáculo con capacidad para dos personas estaba diseñado para permitir la visión del paisaje aéreo en todas las direcciones. Aquellos estilizados aparatos daban la sensación de estar navegando, más que volando. En el interior de la confortable cabina la senadora con su joven sobrina charlaban mientras de música de fondo escuchaban el *Adagio* de Albinoni.

La joven miraba por la ventanilla en silencio. El anillo urbano que rodeaba el centro de la ciudad era una verdadera visión del infierno. Aquí y allá se veía a grupos de gente enterrando a sus familiares en cualquier parque o jardín. Sin embargo, la vista topaba con cadáveres insepultos en cualquier rincón de una calle. La gente enterraba únicamente a sus familiares, el temor a contraer la peste era una obsesión. Los servicios municipales poco después del crack económico habían cesado de recorrer las calles. Lo que sí había por todas partes era pájaros. Desde la aeronave se podían localizar fácilmente los cadáveres abandonados sobre las aceras por las nubes de pájaros que los sobrevolaban. Cuervos, palomas, gorriones<sup>25</sup>... se alimentaban de todos los miles de kilos de carne de muerto que cada día arrojaba la metrópolis a sus vías públicas.

-¿¿Tía, qué es eso??

-¿Eso no lo tenéis en Madagascar, eh? - comentó con ironía.

La joven veía grupos de animales oscuros corriendo por las calles. Ahora los distinguía

---

<sup>25</sup>Ap 19, 17-18

mejor, eran como ratas del tamaño de perros, y estaban persiguiendo a un hombre. La nave siguió su curso, pero unos árboles impidieron contemplar el desenlace de la persecución.

-Verás, sobrina, los laboratorios han hecho muchos experimentos genéticos. Eso que has visto son las *rathas sexpédicas*. Pero peor que ese tipo de depredador urbano son las serpientes de cloaca. Habrás estudiado como en el siglo XX hubo desaprensivos que crearon virus informáticos, por el placer de ver el daño que hacían. Pues bien, ha habido sádicos que han arrojado a las cloacas de la ciudad especímenes de laboratorio, animales genéticamente modificados. Esos locos desaprensivos lo han hecho desde hace más de 50 años. Ahora mismo, en los miles de kilómetros de cloacas de la ciudad hay inmensas serpientes azules con patitas pequeñas. No tienen veneno pero estrangulan a sus presas después de romperles los huesos. Esas serpientes se alimentaban de ratas y desperdicios, dados los muchos huevos que ponían era imposible exterminarlas, pero se fumigaba todo con un producto para detener su reproducción. Con el caos actual no se ha hecho nada, y se han reproducido como ratas, o mejor dicho como serpientes. Poco a poco, han ido saliendo de las cloacas y ahora las puedes encontrar en cualquier rincón.

-Pero lo que yo he visto eran ratas, ratas muy grandes.

-Ah, sí, esos bichos son los más frecuentes. Son ratas vulgares mezcladas con genes de perro. Siempre van en manadas. Desde que empezaron a salir del sistema de alcantarillado se han apoderado de calles enteras.

Hay un una decena de especímenes transgénicos más, los *llamamos la fauna metropolitana*. En todos esos kilómetros de cloacas, te puedes encontrar en medio del agua maloliente cualquier bicho mutante, híbrido o replicante que haya logrado reproducirse. Esos subterráneos deben oler a... a propósito, ayer me visitó mi perfumista.

-No le conozco ¿Quién es tu perfumista?

-Patrick Susskind, un bávaro. Me dijo que había estado el día anterior en uno de estos sectores del extrarradio que tenemos allá abajo. Mientras me enseñaba una muestra de su nuevo

perfume, me explicó que el hedor que tuvo que soportar en su visita era inconcebible. Las calles apestaban a estiércol, orina, col podrida y grasa de carnero. Entró en un bloque de viviendas donde vive una pariente suya pobre. Ya sabes que *todo pariente pobre es siempre un pariente lejano*.-la arruinada sobrina miró a su locuaz tía con una mirada dulce pero triste-. Pues bien, me dijo que el dormitorio olía a sábanas grasientas, que su pariente tenía un repulsivo aliento a cebolla y leche agria... en fin qué te voy a contar.

-Tía... pero... ¡esto es el caos! -dijo al borde de las lágrimas.

-Sí -dijo llevándose una mano a la sien como si tuviera jaqueca otra vez-. El mundo forma una unidad, y esa unidad se está hundiendo toda entera. En otras épocas una civilización podía sumirse en el caos, mientras partes alejadas del planeta continuaban prósperas. Pero en la nuestra el hundimiento de un mercado ha arrastrado a todos los otros. Es el hundimiento del sistema financiero global en medio de una guerra mundial. ¿Te acuerdas del proyecto Mundo-siglo-XIX?

-No, no lo conozco.

-Era un ambicioso proyecto de un holding de compañías. Se trataba de recrear en realidad virtual todo el planeta Tierra en el siglo XIX. Todo iba a estar en tres dimensiones, con una maravillosa definición, en la memoria de un ordenador de última generación. Todos podrían visitar en cualquier dirección el mundo del siglo XIX. Todas sus ciudades, sus mares, sus barcos, sus puertos, la India, África, el interior de multitud de edificios, las calles con personajes en movimiento. Habían estado trabajando durante cinco años 2.000 técnicos. Habían creado el mayor cuadro de la Historia, un cuadro en tres dimensiones, un cuadro que recreaba todo el planeta. Aquel planeta virtual era el mayor libro de la Historia. Al mismo tiempo, iba a ser el mayor destino turístico. Día a día iba a ser mejorado. Había que pagar para entrar, pero poco. Podías introducirte en él a través de Internet. Podías moverte en ese mundo viéndolo en la pantalla de tu ordenador, o mucho mejor comprar una cabina en la que cada movimiento tuyo de pies, brazos o cabeza correspondía a un movimiento de un personaje dentro del mundo

virtual. Era introducirte en el siglo XIX perfectamente, de cuerpo entero.

Pues bien. Hace un mes el suministro eléctrico quedó interrumpido en Milán, donde se encuentra el edificio que sustenta las memorias del ordenador. El edificio tenía autonomía energética para dos semanas. Pasado ese tiempo todo quedó borrado.

-Ya veo que no tenía un disco duro la memoria.

-¡Lo tenía!, pero aquella ingente cantidad de información sólo podía contenerse en un tipo especial de memorias que precisan de continuo fluido eléctrico. Todo quedó borrado, un mundo entero. ¡Todo! Es increíble. Milán no tiene electricidad desde hace un mes, ni agua potable, ni comida. Las masas se han amotinado enloquecidas.

-Después de todo esto, lo que no entiendo es como la sociedad sigue funcionando.

-Sí, yo también me admiro de que algo siga funcionando en esta situación. El Estado después de varias pruebas monetarias fallidas se ha dado cuenta de que la única moneda de que dispone son los vales de comida. Con esa moneda mantiene al Ejército en perfecto funcionamiento. Con mano militar cada día va poniendo en marcha más sectores de la sociedad. Los obreros son pagados con esos vales de comida, aunque ya está empezando a circular un tipo especial de moneda. Los transportes, la producción de alimentos, algunas industrias, todo comienza a despertar en medio del caos. El gobierno sabe muy bien que necesitaremos un par de años para poner en orden las cosas, y que en ese tiempo el hambre habrá acabado con una décima parte más de la población, pero no hay otra alternativa.

Esto es un cuerpo, el cerebro sabe que hasta que se restablezca la circulación sanguínea va a morir una décima parte de su organismo. En el fondo estamos viviendo una gangrena controlada por el cerebro. Esto es como vivir en un cuerpo en descomposición parcial. Una porción de nuestras ciudades hiede ya, pero los organismos vitales del organismo social prosiguen su trabajo.

Créeme, esto que has visto allí abajo es sólo una porción de la décima parte de ese inmenso organismo que se llama Occidente. El

resto del mundo es ya un caos total. Lo que has visto es la décima parte de muchos miles de millones de hombres. Fuera de estos dos sectores del extrarradio que hemos sobrevolado todo sigue relativamente bien, con restricciones y racionamientos, pero bien. O quizá razonablemente bien, dentro de lo mala que es la situación. Mañana cuando paseemos junto al restaurante Le Francais y pruebes un helado de tiramisú con mousse de frambuesas, olvidarás lo que has visto hoy en esos dos sectores. Es más, esos hombres de allí abajo te parecerán hormigas. Si nosotros nos los tomásemos demasiado en serio no podríamos tomar con frialdad las decisiones más... apropiadas.

-Ayer oí en televisión que está resurgiendo una ideología antigua y violenta, que se están extendiendo las ideas...

-¡Comunistas!

-Sí.

-Es increíble. ¡Después de dos siglos!, que ahora quieran resucitar ese muerto ideológico. De todas maneras ¿qué se puede esperar de esas hormigas de ahí abajo? Son una asamblea de flores marchitas. Una asamblea de flores cándidas enardecida de vez en cuando por un club de poetas desahuciados. *El estanque de las ranas quería un rey. Júpiter les envió al Viejo Rey Tronco. El estanque de las ranas quería un rey. Que Júpiter les envíe ahora al Rey Cigüeña.* Pobres ranas. No dejes que te amarguen el paseo. Mira el paisaje y prescinde de las ranas. Qué bella sería Roma sin los romanos.

Mañana te llevaré al cine. Y no olvides que el jueves irás por primera vez a un baile en Palacio. Te pido que comiences a pronunciar tu inglés con un acento más suave y melódico. Recuerda que pronunciar las “erres” y las “haches” en toda su dureza suena a provinciano. El inglés de nuestra hermosa Roma es uno de los más sutiles.

La góndola de helio continuó su plácido paseo bajo el cielo plomizo, perdiéndose suavemente en el horizonte.

## CAPITULO

### XLV



**E**ra una aburrida tarde de sábado. La misma en que la senadora Berthousen y su sobrina estaban dando su paseo en los tranquilos y plomizos cielos de Roma. El Emperador iba rodeado de un grupo alborotador de siete niños pequeños, sus hijos y los amigos de sus hijos. Divusanctus había decidido el día anterior tomar la aeronave presidencial y pasar el día descansando en su villa de Sicilia, una inmensa villa.

La villa era una construcción de planta cuadrada de tres pisos de altura, con un gran patio en el centro. El patio, un cuadrado de doscientos metros por cada lado. Todo el patio estaba cubierto por un bosque de árboles artificiales. Los delgados y rectilíneos troncos de madera, sin ramas, acababan en un follaje de esferas metálicas esmaltadas que parecían sacadas de un cuadro abstracto de Gustav Klimt.

Cada árbol era una forma esférica sostenida por un tronco. Cada uno de esos árboles constituía una estilizada obra de arte abstracto. Los árboles estaban lo suficientemente juntos como para que abajo reinara una semioscuridad quebrada por inclinados haces de luz solar que caían de lo alto. El suelo completamente plano parecía el piso de un salón lleno de columnillas delgadas. Todo formaba un colorido paisaje geométrico de formas suaves. En la tierra crecían aquí y allá grupos de setas. Para acabar de completar aquella obra de arte de cien metros cuadrados, todo el bosque albergaba un grupo de bellísimos gatos persas de pelaje blanco.

El bellísimo bosque estaba enmarcado, en cada uno de sus lados, por tres pisos de galerías de piedra sobre los cuatrocientos metros del perímetro. La primera galería tenía arcos románicos, la segunda góticos, la tercera esbeltos pilares egipcios. Cada galería daba a las habitaciones y salas de la villa. Aquella villa había sido el capricho de Fromheim.

El actual emperador paseaba por ese bosque artificial en medio del grupo de niños preguntones. Media hora después, dejó a los niños solos jugando a pillarse. El Emperador estaba meditando, triste. Se dirigió a su dormitorio.

Pensaba en el crack económico, todo se estaba hundiendo.

Las manos del Emperador abrieron cuidadosamente el cajón de uno de los muebles de su dormitorio. Del cajón sacó una bella caja de marfil tallado. Abrió la caja y extrajo su contenido: una hoja de papel escrita.

En la cabecera del folio había impresa una bella filigrana en colores que representaba la imagen de Dagón. Cada emperador desde Fromheim había escrito de su propia mano unas líneas sobre el folio. Se decía que desde el año 2180, todos los emperadores habían sido secretos o conocidos adoradores de él. El primero (si de verdad fue él el que escribió aquella línea) pensó que sería interesante dejar constancia escrita para la historia de su adhesión al culto secreto. Su sucesor encontró la caja después del fallecimiento de su padre y continuó escribiendo unas líneas. Y así se traspasó la caja de unos a otros. Cada emperador había escrito en grandes números romanos su lugar en la sucesión desde lo que consideraban la implantación de la Nueva Era. Los generales imperiales, Wolf y Smichdt, aclamados emperadores, no habían sido muy fanáticos del nuevo culto, así que guardaron la caja pero no escribieron nada. Después de ellos el siguiente emperador puso los números romanos que les correspondían y dejó un espacio en blanco. La hoja, escrita con variadas letras, según cada emperador, rezaba así:

.HH.

**I** En mí se unen las tierras hiperbóreas con la tierra de los césares. En mí se unen las tierras atlánticas. En mí las dos águilas se transforman en un águila bicéfala. Yo atravesé el Rubicón. Delenda Catholica.

Fromheim Schwart-Menstein Germánico Vitelio

**II** TELLVS STABILITA  
SAECVLVM AVREVM  
DISCIPLINA AVGVSTA

Hirsen Schwart-Menstein Druso Germánico

**III** Un nuevo orden. Una nueva tierra. La Nueva Era. Soy el Viejo Rey Tronco. Flotaré inerte en el estanque Que se destilen todos los venenos agazapados en el fango.

Holbein Schwart-Menstein Druso Germánico

**IV** Sólo desde el momento en que él desaparezca tornaréis vosotros a resucitar. Sólo ahora llega el gran mediodía, sólo ahora se convierte el hombre superior ¡en señor! ¿Habéis entendido esta palabra, oh hermanos míos? Estáis asustados; ¿sienten vértigo vuestros corazones? ¿Veis abrirse aquí para vosotros el abismo? ¿Os ladra aquí el perro infernal?

Viniciano Staufen

**V** Ambicioné el poder, pero fue la Fortuna la que me puso aquí. *Ars longa, vita brevis*, el juicio siempre peligroso. Carpe diem. Muerte a los cristianos. El agua se aburre bajo la nieve.

Adriana Schwarckorf

**VI**

**VII**

**VIII** Yo soy el alegre mensajero como no ha habido ningún otro, conozco tareas tan elevadas que hasta ahora faltaba el concepto para comprenderlas; sólo a partir de mí existen de nuevo esperanzas.

Hurst Schwart-Menstein

**IX** Con los muertos una lengua muerta. La Nueva Era.

Divusanctus Schwart-Menstei

El Emperador estuvo leyendo un rato las distintas líneas, la mayoría densas y crípticas. Reflexionaba si sería el momento de agregar algo más a su, de momento, lacónica línea. Finalmente, decidió que no se sentía inspirado, ya habría otra tarde crepuscular aburrida y pesada. Así que, cerrado el cajón, se fue a dar una vuelta a ver que hacían sus hijos.

## CAPITULO

### XLVI



*3 días después.*

*Palacio Imperial de Roma*

**E**ran las nueve de la mañana, pero el Emperador todavía no se había levantado. En la habitación contigua a la antecámara del dormitorio estaban esperando la mitad de los senadores residentes en la Urbe, les acompañaban varios militares. El Emperador salió de la antecámara de su habitación poniéndose una carísima bata que le llegaba hasta los talones. Aquella visita había sido imprevista, había sido acordada entre los senadores la noche anterior.

-¡Vaya, qué sorpresa -les saludó el Emperador-. ¿Cómo todos por aquí tan temprano?

Los senadores se miraron entre sí. Finalmente, el más anciano comenzó a hablar en nombre de los allí presentes.

-Majestad. Todos nosotros estamos muy contentos con usted. Ha llevado la guerra muy bien. Pero venimos a reiterar nuestra petición. Una vez más. La última.

-Aah, la misma petición de siempre - exclamó con gesto displicente el Emperador, con indolencia en la voz.

-Señor -intervino otro senador-, ¿es natural que el sol nos abrasara durante medio año antes de que la pantalla de humo cubriera los cielos?<sup>26</sup>, ¿fue natural que toda Europa quedara en tinieblas durante tres días enteros?<sup>27</sup>, ¿fue natural que antes de todo esto los grifos de nuestras casas manaran sangre?, ¡sangre! ¿Fue natural todo aquello?

-¡El asteroide, y el cometa! -intervino otro-. ¡Las langostas con rostro humano!

-Es el dios de la antigüedad. Deje salir a los popistas. Excarcele a esa secta, abandone esta

persecución que ya nos ha traído suficientes catástrofes. Todos creemos que es su ira la que de seguir así nos va a llevar a la ruina y a la destrucción. -ellos no sabían que todos los cristianos reclusos en los campos de concentración habían muerto hacía cuatro días.

-Señores -dijo el Emperador-, lo hemos discutido muchas veces. No tengo nada más que decir. Váyanse a casa.

El Emperador les dio la espalda y se dirigió a su habitación sumido en el pensamiento de cómo quitarse de en medio a ese grupo de poderosos descontentos. Los poderosos senadores se miraron entre sí, habían hecho el último intento. El anciano hizo con la cabeza el gesto desesperanzado de que había hecho lo que había podido. Mientras el anciano senador se apartaba, los más decididos se hicieron una señal de complicidad, el Emperador no se dio cuenta de esa señal porque estaba de espaldas. Todos a una, se lanzaron como una jauría sobre el emperador y lo arrojaron al suelo. Uno le puso la mano delante de la boca, mientras otro le estrangulaba, entre tanto, cada brazo y cada pierna era sujeta por otros varios senadores. Todos se habían confabulado. En palacio no se podía entrar con nada metálico, ni cortante. Así que habían decidido hacerlo con sus propias manos en la primera ocasión en que estuvieran a solas con él. Habían decidido salvar al Imperio de la furia del dios cristiano echando por la borda a este Jonás.

Seguridad no había sido advertida el día anterior de esta audiencia imprevista, y menos a esa hora tan temprana. Todos habían entrado desarmados. Era una visita informal, ¡y en Palacio!, no tenía por qué haber pasado nada. Por eso nadie de seguridad estaba allí presente. La Guardia Pretoriana no pensó que aquellos prohombres se lanzaran como fieras y lo mataran con sus propias manos.

---

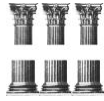
<sup>26</sup> Ap 16, 8

<sup>27</sup> Ap 16, 10



## CAPITULO

### LVII



**E**l nuevo y último emperador fue Hans Shefter que tomó el nombre de Divusaugustus-H-N. Hans Shefter, un hombre brillantísimo, miembro de la familia imperial, antiguo general, ex-gobernador de España, senador, etc, etc. No mucho antes del regicidio, su nombre había sido designado por el Primer Círculo de Dagón para ser presentado al Emperador como su posible sucesor. El mismo Emperador se había fijado en él como su sucesor. Después del magnicidio, la red de servidores secretos de Dagón impuso su poder en Palacio y en el Estado Mayor, sobre otros posibles candidatos. Hans Shefter, con el nombre de Divusaugustus, cerraría la lista de emperadores. En todos los impresos oficiales, el nombre completo del nuevo emperador iba seguido de dos iniciales unidas con guiones. El significado, desconocido para todos, era de acuerdo a las conjeturas de algunos el siguiente: Divusaugustus-H(itler)-N(erón).

La primera medida que tomó una vez que afianzó su posición política, fue la de ejecutar a tres cuartas partes de los senadores imperiales. Los que habían participado en la conjura y los que no le caían bien. El Senado ya no sería ninguna amenaza en adelante, por decreto quedó disuelto y sus funciones transferidas a la persona del emperador. Todo eso en un sólo día, el primero de su reinado. Pero aquel día iba a dar mucho más de sí.

-Majestad -saludó mientras entraba casi corriendo en el despacho uno de sus asesores-, hemos recibido ahora mismo varios mensajes de Estados Unidos.

-¿Y...?

-Ha estallado la insurrección.

-¿Cómo?!

-El ejército ha aprovechado el cambio de emperador, para en bloque comunicar que desde ese momento consideraban rotos sus lazos con SPOE. El vicepresidente ha sido hecho prisionero,

lo han trasladado desde la Casa Blanca a una base militar, probablemente la de Andrews. Ni un sólo general se ha opuesto a la insurrección. El pueblo ha salido a la calle a celebrarlo. Nuestras cinco bases militares imperiales en territorio americano están rodeadas. Esperan órdenes.

-Han elegido el mejor momento -dijo el Emperador-, el mejor momento, cuando nos hallamos en medio de una guerra, en medio de todas estas conmociones en la Urbe.

El teléfono sonó. El servicio de inteligencia le informaba que todas las sedes del Partido del Orden en Estados Unidos ardían en llamas, mientras, los miembros de las HH.AA. eran linchados por la calles.

## CAPITULO

### LVIII



**E**l Emperador paseaba por los interminables pasillos de palacio, le acompañaba su mejor amigo y confidente.

-Mi querido y fiel Gervais -dijo el Emperador con tono cansado a su amigo-. Cuando hace dos semanas me dieron la noticia de que yanquilandia se había rebelado, creyeron que me daban la peor noticia. ¡Qué equivocados estaban! Qué otra cosa quiero que el infierno reine sobre la faz de la tierra.

-¿Vas a enviar a tus columnas imperiales contra la tierra americana?

-Ja, ja -rió sin ganas el Emperador-. Mi plan es mucho mejor. Desconocido para todos, menos para mí. No pienso enviar ni un solo soldado a esas tierras. ¡Qué celebren su libertad! No, no, mi plan es el plan del malogrado emperador Divinusanctus. Yo era una de las diez personas que conocíamos su plan. El plan debía realizarse el 15 de octubre de 2218, dentro de una hora, exactamente dentro de 52 minutos. Yo seré el que finalmente lo lleve a cabo. Bien... así lo ha querido el destino.

Como el Emperador siguió andando sin añadir nada más, Gervais dijo:

-Hans querría que mirases después unos papeles que...

-No, no, Gervais -dijo amablemente el Emperador-. Ahora no.

El Emperador le estrechó la mano a Gervais como para despedirse y le dijo:

-Ahora vete al Salón Azul -le ordenó cariñosamente el Emperador antes de darle la espalda y proseguir su camino- y coge ese cuadro pequeño que tanto siempre te ha gustado. Es tuyo. Adiós.

El Emperador miró la sorpresa de la cara de su subalterno, su sonrisa, y, sin decir nada más, se encaminó al pasillo que daba a su despacho.

-No dejen bajo ningún concepto que nadie me interrumpa -dijo antes de cruzar el umbral a los cuatro guardias pretorianos apostados junto a la puerta. Los cuatro guardias con sus corazas antibalas, con sus capas negras sobre sus anchas y fornidas espaldas, con mirada marcial, al frente, dieron un fuerte taconazo con el talón de sus botas.

El Emperador entró en su despacho. De pié echó una mirada a su alrededor.

-¡Cuánta belleza concentrada en tan pocos metros cuadrados! -se dijo a sí mismo-. Qué pena. Qué efímera es la belleza.

Se colocó pensativo delante de la estatua sedente del siglo I de Agripina la Menor. La miró un rato a la cara, en silencio.

-Qué pena que mañana no estés aquí -le dijo-. Veintidós siglos, y mañana ya no estarás. Tú, Agripina, y tú, Napoleón -dijo volviéndose al cuadro de *la Coronación de Napoleón*- vais a ser los únicos testigos del momento cumbre de la historia. En este día se consumará el fin de los tiempos. ¿Por qué? Porque hemos logrado un mundo sin Dios. Nuestra obra ha sido consumada.

*¿Cómo hemos podido vaciar el mar?* -el Emperador recitaba. El texto lo conocía de memoria- *¿Quién nos ha dado la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hemos hecho cuando hemos separado esta tierra de la cadena de su sol? ¿A dónde le conducen ahora sus movimientos? ¿Lejos de todos los soles? ¿No caemos sin cesar? ¿Hacia delante, hacia atrás, de lado, de todos los lados? ¿Todavía hay un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? El vacío, ¿no nos persigue con su hálito? ¿No hace más frío? ¿No veis oscurecer cada vez más, cada vez más? ¿No es necesario encender linternas en pleno mediodía?*

*¿Cómo nos consolaremos nosotros, asesinos entre los asesinos? Lo que el mundo poseía de más sagrado ha perdido su sangre bajo nuestro cuchillo. ¿Quién borrará de nosotros esa sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué expiaciones nos veremos obligados a inventar?*

El mundo está en llamas, la civilización se hunde, la ciencia, el arte, se derrumban día tras día. Fromheim fue la voluntad de poder, la ambición, la creación de una bestia inmensa, el

mundo bajo un cetro, el mundo bajo un hombre, y ese hombre era él. Fromheim era dagoniano, tal vez, pero sobre todo fue un Julio Cesar. Viniciano fue un dagoniano fanático, hizo chirriar todos los engranajes del poder con tal de lograr que la nueva dimensión del más allá penetrara en nuestro mundo. ¡Su Nueva Era! Y por fin yo... Judas Iscariote. El deicida. Desde puestos inferiores de la Administración, todos estos años yo he sido el cuchillo del verdugo, uno de los muchos cuchillos, uno de tantos funcionarios de este Nuevo Orden. Unos, encargados de invadir el resto del mapamundi, otros, encargados de mantener férreamente el orden dentro de nuestro imperio, algunos, encargados de la solución final al tema religioso. Sí, yo he sido uno de tantos peones del sanedrín dagoniano. Y ahora, después de una vida escalando puesto tras puesto, yo, Judas Iscariote, he llegado a ser emperador.

Fromheim y Viniciano se equivocaron, el uno porque puso toda su mente en la construcción de un imperio. El otro porque esperó que viniera la nueva dimensión aquí. Sin embargo, soy yo el que ha encontrado la puerta por donde entrar a la nueva dimensión. Soy yo quien cortará el nudo gordiano. Fromheim, Viniciano y yo, Divinusaugustus-H-N. El resto de emperadores entre nosotros tres han sido medianías. Judas crucificó al profeta judío, nosotros hemos crucificado el mundo. Ahora ¿qué resta por hacer? Lo que hizo Judas. Ya estamos por encima del bien y del mal.

*Ecce homo, ecce homo iniquitatis*, he aquí al hombre de la iniquidad suprema. Yo soy. ¡Soy yo! Así habló Divinusaugustus -dijo esto último mirando al rostro de la estatua de Agripina-. Qué pena que nadie me haya escuchado más que tú. El momento supremo de la historia sólo es contemplado por tus ojos sin pupilas. De todas maneras, nadie podría comprender mi discurso, es... demasiado elevado. Sólo los seres oscuros de la nueva dimensión me han escuchado y me han entendido, seguro. Esperadnos, allá vamos.

No es la nueva dimensión la que entrará en este mundo, ¡es este mundo el que ha de entrar en la nueva dimensión! Hay que cortar el nudo gordiano. Ese nudo que nos ata a esta dimensión.

Bueno vamos a trabajar.

El Emperador se sentó en la mesa del despacho. Tecló en su ordenador, al momento se levantó verticalmente desde el suelo una gran pantalla de dos metros de altura. En la pantalla, en grandes letras, aparecieron las palabras:

#### SISTEMA DE DEFENSA.

El Emperador siguió tecleando:

#### PLAN DE ATAQUE ATOMICO

fueron las siguientes palabras que aparecieron en el centro de la pantalla. El Emperador abrió el cajón de su mesa, sacó un pequeño maletín. El maletín tenía otra caja en su interior lacrada con un sello.

-Es una pena que nadie pueda ver como abro el 7º sello del Apocalipsis -dijo mientras quebraba el sello que clausuraba la caja-. No, el séptimo sello es el silencio en el cielo de media hora. Así que este es el 6º sello. En fin, da lo mismo.

Dentro de la caja quebró dos envoltorios de plástico rígido y juntó sobre la mesa las dos tarjetas. Las dos mitades completaban la combinación de números y letras que activaban todo el sistema de ataque atómico.

HV8-J3Z

-Qué gracia -dijo para sí mientras tecleaba la combinación alfanumérica-, siempre tuve curiosidad por saber cuál sería la contraseña.

Inmediatamente después de introducir la contraseña, apareció en pantalla en caracteres muy grandes el siguiente mensaje:

#### ABIERTO EL SISTEMA DE ATAQUE ATOMICO

#### INSERTE CLAVE DE ATAQUE.

El Emperador tecleó AW-100. El sistema de ataque atómico tenía en su ordenador más de un centenar de ataques generales distintos. Según la clave que se insertara se elegía un plan ya programado. Los geoestrategas habían insertado todas las posibilidades que se les habían ocurrido. La clave AW-100 fijaba las dianas para una destrucción total de todas las ciudades fuera de territorio europeo. El plan AW-100 suponía la salida de todos los misiles de sus silos, eso requería según los planes que había que haber previsto una estancia de cuatro años en los búnkers hasta que pasara el invierno nuclear. Los estrategas habían diseñado los diez planes de ofensiva total advirtiendo al mismo tiempo que,

en caso de usarse cualquiera de ellos, no había todavía medios previstos para que el vencedor sobreviviera en una atmósfera en la que se hubiera liberado tal cantidad de radioactividad.

#### SISTEMA AW-100 DE ATAQUE ATOMICO TOTAL ACTIVADO

Ése fue el mensaje que apareció en la pantalla. Debajo de este mensaje parpadeando aparecían otros muchos mensajes menores acerca del progresivo estado de activación de los silos. Una y otra vez aparecía en caracteres rojos el aviso de que durante un minuto todavía era posible abortar la orden de ataque AW-100. Acabado el minuto de margen para abortar la orden de ataque, apareció en pantalla una cuenta atrás. Los dígitos corrían, dos minutos era el tiempo que necesitaban los reactores de los grandes misiles intercontinentales para estar listos para el despegue.

El Emperador miró a su derecha, al fondo, hacia la pared donde tenía un mapamundi del siglo XVIII. En aquella reproducción el continente americano tenía casi la altura de Divinusactus, y aparecían todas las grandes ciudades de la época. La vista del Emperador se perdió en todos los detalles barrocos de los márgenes. Anotaciones, explicaciones, meridianos, rutas marítimas, angelotes sosteniendo pequeñas cartelas. Era verdaderamente un mapa geográfico muy barroca que resaltaba muy adecuadamente en aquel despacho funcional y de estética futurista. El Emperador, mientras se arreglaba unos largos mechones que le caían por la sien hacia la cara, trataba de buscar las grandes capitales de las naciones del mundo en aquellos continentes distribuidos en dos grandes círculos: el Océano Pacífico y América en uno, el resto de las tierras habitadas en el otro. El geógrafo-pintor se había hecho un poco de lío en el norte de Canadá y el Polo Norte. Así como Australia, que aparecía apelonada contra Asia. Pero viendo aquellos angelotes tan sanos, sosteniendo aquellas tablas de explicaciones, Divinusactus se lo perdonaba todo. Se lo perdonaba todo mientras trataba de imaginarse aquellas ciudades lejanas inmersas en un holocausto de fuego nuclear. Tierras tan lejanas y, sin embargo, arrasadas desde aquel despacho.

Éste fue el plan de Divinusactus -dijo hablando solo el Emperador-, llevar el infierno sobre la faz de la tierra. Completar por fin la semana de la anticreación. Humm, creo que un momento como éste requeriría un poco de música de fondo. *Carmina Burana, Toccata y fuga en fa menor* de Bach, no. Esta -dijo moviendo el cursor en una subpantalla-. Nada más apropiado que el *Kirie Eleison* y el *Dies Irae* del *Requiem* de Mozart -la música, llena de fuerza e ímpetu, comenzó a sonar en el despacho.

Los misiles intercontinentales salían en ese momento de sus silos subterráneos. Un minuto después, sonaron casi simultáneamente los tres teléfonos del despacho del Emperador. El Ministerio de Defensa habría detectado ya en sus radares los centenares de miles de lanzamientos de misiles. El Emperador desconectó el sistema de comunicación telefónica. Al apercibirse de la desconexión telefónica, el procedimiento usual del Ministerio de Defensa hubiera sido llamar a otro teléfono de Palacio y que alguien hubiera ido personalmente al despacho a ver qué pasaba. Pero en el inmenso edificio del Ministerio de Defensa todo el mundo corría en desbandada ya hacia los refugios subterráneos. De manera que la segunda llamada no llegó a efectuarse.

-Supongo que en este momento Estados Unidos estará lanzando su represalia atómica total contra Europa -pensó el Emperador-. Qué gracia que los hijos de esos colonos europeos acaben matando a los descendientes de sus padres que se quedaron aquí.

No se equivocaba. En ese momento, centenares de miles de misiles surcaban la atmósfera terrestre en direcciones contrarias. Al mismo tiempo que los proyectiles atómicos, todo el arsenal balístico convencional de las dos superpotencias se había disparado. Todos los proyectiles posibles se lanzaban automáticamente contra blancos enemigos para que el mayor número de cabezas atómicas atravesaran los filtros de los sistemas de misiles antimisiles e hicieran diana.

Un cuarto de hora después, los desprevenidos ciudadanos de la Urbe comenzaron a oír un terrible estruendo en los cielos. El fragor duró un minuto, después alguna cabeza nuclear

empezó ya a caer sobre la ciudad. Una terrible bola de fuego se expandió envolviendo las megaestructuras del centro de la ciudad. Cuando se disipó el fulgor, irresistible para las pupilas de los ojos, todas edificios estaban en el suelo deshechas. Pero nuevas bolas de fuego volvieron a expandirse sobre las ruinas del centro de la ciudad y sobre la periferia.

Las cabezas atómicas seguirían cayendo durante todavía seis minutos más. Un verdadero infierno de fuego arrasaba toda la metrópolis. Igual suerte corrían todas las grandes ciudades. Mientras las más lejanas ciudades del globo estaban sufriendo los primeros impactos aniquiladores, las megápolis de Norteamérica habían desaparecido ya. El Cairo, Monrovia, Acapulco, Managua, Rio de Janeiro, eran arrasadas una y otra vez por hongos atómicos. Desde Alaska hasta el centro de Australia, no había ni una gran ciudad en la que no se elevase al menos una gran seta nuclear. Debajo de cada seta un rastro de caos. Bajo cada una de ellas, millones de muertos, el centro de otra ciudad arrasado a 10.000 millones de grados.

Los hongos nucleares levantaron rápidamente grandes volúmenes de aire caliente a capas frías de la atmósfera. En muchas partes del globo, miles de toneladas de agua en forma gaseosa, se habían elevado en segundos a estratos más altos de la atmósfera, en los que reinaba una temperatura bajo cero. El resultado fue que comenzó a caer en muchos lugares el pedrisco más grande que había conocido la Historia. Un violento granizo de piedras de 40 kgs<sup>28</sup>. El resto del aire ardiente, resultado de millones de artefactos atómicos, unos explosionados sobre las ciudades, otros interceptados en el aire, al entrar en contacto con el frío aire circundante provocaron la mayor tempestad de rayos que habían contemplado los hombres desde que existieron sobre la Tierra<sup>29</sup>.

Para acabar de completar el cuadro de destrucción, decenas de millares de los misiles

tenían cabezas perforadoras. La cabeza atómica penetraba un en tierra y explotaba a cierta profundidad, provocando un pequeño movimiento sísmico. La explosión de todas ellas en tantos lugares provocó tal desequilibrio sísmico, que aun no habían acabado de caer todos los proyectiles cuando un inusitado terremoto sacudió extensas zonas del planeta<sup>30</sup>. En muchos lugares de los cinco continentes, las ciudades caían al suelo literalmente como castillos de naipes. Y todo ello bajo un cielo oscuro como la pez, surcado una y otra vez de rayos interminables, en medio del fragor de unos truenos que hubieran hecho retemblar los vidrios de las ventanas si un solo vidrio hubiera continuado en su lugar.

Veinte minutos después todo había acabado. El mundo estaba plagado de ruinas. Las ruinas invadían el mundo. El polvo y humo levantado en los millones de explosiones había sido tan cuantioso que el cielo aparecía completamente negro. Era mediodía y, sin embargo, semejaba que era ya de noche. La oscuridad no era total, una tenue y difusa luminosidad como en los días de muy espesa niebla permitía cierta visibilidad.

Los desamparados seres humanos ajenos a la guerra, que moraban remotos parajes de África u Oceanía, miraron aterrados como el cielo ya marrón se tornaba cada vez más oscuro hasta que la noche en pleno día les cubrió a ellos también.

En los días siguientes la temperatura comenzó a bajar. En centroeuropa la temperatura media era ya de -8°, y seguía descendiendo. Incluso en los trópicos empezaba a hacer frío. El cielo continuaba de un color marrón opaco impenetrable. Los vientos crecían en intensidad de día en día. Desde el cielo, caía una continua y fina nevada con ligeros matices grisáceos, a causa del polvo radioactivo en suspensión. En todas partes, yacían cadáveres insepultos o se oían los lamentos de los heridos entre las ruinas.

Pero los supervivientes ya no tenían hospitales a donde llevar a los heridos. Muchos

---

<sup>28</sup> Ap 16,21

<sup>29</sup> Ap 16,18

---

<sup>30</sup> Ap 16, 18

vagaban en la semioscuridad ateridos de frío, hasta que se unían a alguna larga marcha de supervivientes. Esas hileras de supervivientes que a pie abandonaban las ciudades en ruinas, eran hileras inacabables, a veces tenían longitudes de kilómetros. Esas filas de decenas miles de desheredados caminando por las grandes autopistas se habían formado en casi todas las ciudades.

Formaba parte de un instinto de supervivencia. Caminar, moverse en busca de la ayuda, aunque no hubiera ninguna ayuda, aunque ya no hubiera donde ir. No importaba, era como un instinto.

Además, estaban completamente desinformados. No había ni televisión, ni radio, porque no había ni estudios, ni electricidad. Si los hubiera habido, hubieran visto que todo el planeta estaba en la misma dramática situación. No había ningún lugar a donde ir. Ya no habría en adelante ningún cultivo en el mundo, no había luz solar. Todo rastro de civilización agonizaba.

Las caravanas de supervivientes hubieran muerto de cáncer a causa de la radiación. Pero, aunque todos contrajeron la enfermedad, no fue ella la que los fue diezmando en los días siguientes, sino la inanición. Cada día, los más débiles iban cayendo por el camino en aquella larga marcha hacia ninguna parte, caminando en medio de un paisaje nevado, completamente blanco de horizonte a horizonte, bajo un cielo oscuro. Aquello parecía una escena de *Guerra y Paz*, los ejércitos napoleónicos retirándose hacia Francia y muriendo por el camino.

Esa escena era un cuadro que se repetía en todos los continentes, allí donde hubo una gran ciudad se formaba este tipo de caravanas. La humanidad de supervivientes se había transformado en una universal escena de ejército en retirada, pero ya no había Francia a la que regresar, sólo una gran desolación, oscura e irreversible, vasta e inacabable..

Un millón de hombres integraban la caravana que partió de Sacramento (California). Dos semanas después únicamente quedaban doscientas personas. Doscientas almas desesperadas y exhaustas caminando fatigosamente en medio de una nevada, una

nevada de dos semanas y que no tenía ninguna intención de parar.

Al cabo de un mes comenzaron las primeras tentativas por salir de los refugios subterráneos. Buena parte de los que se metieron no pudieron salir. Normalmente las varias salidas con que contaba cada refugio estaban impedidas por toneladas de hormigón de las ruinas de los edificios caídos. Los que lograron salir, tuvieron que abrirse paso con palas y picos a través de la capa de polvo y nieve de dos metros. Cuando salieron al exterior por fin, no pudieron ver un cielo azul, sino un cielo oscuro que no dejaba de nevar. Debajo de toda la nieve, debían estar las ruinas de las ciudades. Todo estaba cubierto por aquel manto de nieve grisácea.

Cuando salieron y caminaron por aquel paisaje, que ya no parecía terráqueo, apenas pudieron respirar. Todas las deflagraciones de la guerra habían consumido una gran proporción del oxígeno de la atmósfera. Y ya no había plantas que pudieran reponer ese elemento. El nivel de radioactividad seguía siendo altísimo. No lo sabían, pero todos los que salieron a la superficie, morirían de cáncer en unos meses.

Todos los supervivientes de los refugios tampoco fueron muy lejos, después de darse un desolador paseo, retornaron a sus abrigos subterráneos, refugios que al menos estaban calientes. Allí aguardarían hasta que se les acabasen los alimentos. Un mes después del holocausto nuclear, quedaban vivas en los refugios cuatro millones de personas a lo largo del ancho mundo que llegó a albergar a 20.000 millones de seres humanos.

Y cuando abrió el séptimo sello se hizo silencio en el cielo, como media hora<sup>31</sup>.

**E**l mundo redimía sus culpas enclaustrado. Todas las iniquidades de la Tierra estaban ahora cubiertas por el immaculado manto de la nieve. Un silencio absoluto se extendía por la entera superficie del planeta. Ni un grito, ni una voz, ni el graznar de un pájaro, nada.

---

<sup>31</sup> Ap 8, 1

Bajo decenas de metros de tierra lo que quedaba de la humanidad vivía su adviento y su cuaresma. No sólo los humanos, sino incluso la naturaleza inanimada había sido unida a la Cuaresma de las cuaresmas. Una penitencia universal de la que nadie se podía sustraer. Una expiación en la que la humanidad bebía el pan de la aflicción y el agua de la congoja.

## CAPITULO

### LIX



**E**l planeta Tierra era un planeta muerto. Sin vegetación, sin animales. Sólo 1.800.000 seres humanos sobrevivían bajo tierra en los refugios<sup>32</sup>. Habían pasado 200 días desde la destrucción del planeta<sup>33</sup>. La radioactividad seguía haciendo impensable salir al exterior salvo con trajes especiales y bombonas de oxígeno. Los océanos eran una masa de agua putrefacta. Ni un sólo pez se movía en sus aguas. Todo el plancton había muerto por falta de luz. Los mares eran agua muerta. Ni un sólo pájaro alegraba los cielos. Hasta las ratas de las ruinas habían muerto por la radioactividad y el frío. Por supuesto, ni un solo ser humano quedaba vivo sobre la superficie de la Tierra. Cada grupo de hombres metidos en su refugio subterráneo se preguntaba si serían los únicos ya vivos.

En cualquier caso, la vida que les quedaba la podían calcular en relación a los víveres de las despensas. Casi todos los refugios habían acabado sus reservas de agua potable en un mes. Después, tuvieron que fundir la nieve de fuera. Era agua radioactiva, pero no había otra posibilidad. La mayoría contrajeron cáncer en los días siguientes y fueron desarrollando la enfermedad a diferentes velocidades.

En las profundidades, excavado en la roca del monte Sión, en Jerusalén, estaba uno de los

refugios más grandes. Los cristianos asediados ocuparon su tiempo en construir decenas de kilómetros de galerías a 50 metros de profundidad. 144.000 cristianos, los últimos cristianos, el resto del Nuevo Pueblo Elegido. Habían huido de sus respectivas naciones al comienzo de la persecución, muchos de ellos estaban marcados en la frente con la T.

Cuando en el año 2210 los judíos de todo el mundo comenzaron a convertirse ya había comenzado la persecución anticristiana, de manera que comprendieron que la única manera de sobrevivir era marchar a países hospitalarios. Al final, fueron pasando de un país a otro, siguiendo un itinerario de expulsiones y deportaciones. Sólo los pocos que se refugiaron en Israel salvaron su vida. Toda esta sucesión de acontecimientos hizo que la casi totalidad de los cristianos que estaban ahora en el refugio fuesen judíos. Ya que los cristianos no judíos habían sido los primeros en ser prendidos al comienzo de la persecución.

Milenios atrás, el pueblo hebreo había sido dispersado por la infidelidad, y ahora al final de los tiempos era congregado en la nueva fe, en el mismo lugar donde una tradición afirmaba que reposaban los huesos de Adán, allí donde murieron los profetas, allí donde predicó y murió el Mesías; el emplazamiento no podía ser más simbólico.

Bajo la dura roca de los cimientos del monte Sion se oían cánticos de alabanza llenos de fe. La vida de los últimos cristianos transcurría en aquellos túneles bajo la guía del clero de Jerusalén, todo el clero de la ciudad se había salvado. El obispo de la ciudad con sus presbíteros organizaron los horarios de misas, charlas y lecturas comunitarias de la Sagrada Escritura. A ritmo casi monacal transcurría el horario subterráneo y monótono de aquellas más de cien mil personas enclaustradas en la oscuridad de las entrañas de la tierra. Había que esperar.

---

<sup>32</sup> Ap 6,15

<sup>33</sup> Dan 12, 11-12

## CAPITULO



345 días después del holocausto nuclear,  
en los refugios del mundo entero ya sólo  
quedaban vivos unos cientos de miles de humanos

**E**n las profundidades de un refugio en Australia dos mujeres perdían el tiempo charlando cada una sentada en su cama. Llevaban hablando dos horas, llevaban semanas y semanas sumidas en una conversación indefinida. Las dos hablaban sin ninguna prisa, sin mirarse. El aburrimiento y la desesperanza flotaban en la habitación como una atmósfera densa y pesada.

-Yo no sabía que se pudiera llegar a odiar tanto las conservas de atún. ¡Todos los días! Para comer, cenar y desayunar. Eso y más puré de patata.

-A mí ya me produce arcadas el pensar en la comida.

-Los primeros días eran distintos: guisantes, carne enlatada, hasta teníamos azúcar.

En la habitación se hizo el silencio. Ya no tenían ganas de hablar. Durante media hora no dijeron nada. Una de ellas, de vez en cuando, tiraba una pelota de ping-pong a la pared y la recogía, maquinalmente, sin entusiasmo

-¿Te das cuenta?, todos los museos y bibliotecas del mundo... destruidos. Todos los papiros, todos pergaminos, las 80.000 tablillas de escritura cuneiforme que se encontraron en Bagdad, todo ha dejado de existir –la que hablaba había sido durante diez años profesora en una universidad de Adelaida-. Un segundo antes había un mundo entero, media hora después un mundo entero ya no existía.

-Yo lo que más siento es la destrucción del Museo Metropolitano de Nueva York. Dedicué toda mi vida profesional a esa institución. Dedicué toda mi vida a la belleza. Ahora debe ser tierra calcinada.

-Es curioso, no se me había ocurrido pensar que todas las obras de literatura han

quedado destruidas. Ya no hay obras de literatura. ¿Aquí no hay biblioteca, verdad?

-No.

-Qué horror. Tenemos todo el tiempo del mundo y no tenemos nada que hacer.

La exprofesora repetía para sí, una y otra vez, la frase: ya no hay obras literarias, ya no hay obras literarias...

-Tranquila, también han desaparecido todas las obras clásicas del cine. Y todas las partituras de música. Ya nunca será posible escuchar ni ver nada de todo aquello.

La profesora abatida volvió a recostar su cabeza sobre la almohada.

-Tiene gracia, los naufragos tenían el abismo bajo la balsa. Nosotros tenemos el abismo sobre el refugio –comentó su compañera al cabo de un cuarto de hora.

-Los naufragos tenían la esperanza de que algún barco los recogiera. Nosotras somos... en fin, todo el planeta ha naufragado.

-Supongo que a medida que se les vaya acabando el agua la gente irá muriendo en los refugios. Lentamente, la raza se irá extinguiendo, como una vela. ¿Te has parado a pensar que quizá nosotros, los catorce de este refugio, somos los últimos seres humanos vivos en el planeta? Alguno será el último.

-El último ser humano conocerá la historia de la raza humana, pero después que muera con él morirá la historia. Ya nadie podrá conocer lo que sucedió. Egipto, Babilonia, la Edad Media, Roma, Grecia, la dinastía de los Ming... todo parece un sueño. Un sueño que se desvanece en el silencio. Que pena. ¡Cuántas cosas han sucedido desde...

-Bah, déjalo.

-No sé si llevo aquí un mes, dos, o veinte años. Si es de día o de noche. He perdido totalmente la noción del tiempo.

-Siempre tuve la idea de que antes de morir gastarí toda mi fortuna en todos mis caprichos. Nunca pensé que me llegaría el final en medio del aburrimiento.

-En medio de las entrañas de la tierra. Enterradas en vida.

-Enterradas y prisioneras. Hasta los prisioneros podían salir al patio a pasear. Estoy



segura de que de todo esto tienen la culpa los popistas, ¡esos malditos cristianos!

-Mira lo hemos discutido mil veces. Si sigues así te vas a obsesionar. Te vas a volver loca. Ya lo que nos faltaba. De entre nosotros, tres se han suicidado, cuatro están en depresión, y los otros diez estamos esperando a que se decidan. Cuantos menos quedemos, más agua a repartir. Que uno se ahorca... un enemigo menos, una ración más. Si todos deciden quedarse hasta el final, nos queda agua sólo para dos meses.

-No sé si voy a resistir dos meses más.

-De momento, nos contentaremos con aguantar las once horas que nos quedan de día. Un momento... ¡escucha! ¿No escuchas como... una trompeta lejana? ¡Sí! ¡Es una trompeta!

-¡Sí! ¡También yo la empiezo a percibir a lo lejos!

Un rumor lejano como de una trompeta se percibía a cada momento más claro. Ellas dos sintieron, como el resto de los refugiados, un inexpresable impulso de salir hacia la superficie. Todos corrieron hacia afuera. Como hormigas salieron de su agujero. Atónitos contemplaron un espectáculo inimaginable.

Un bellissimo e inmenso ángel surcaba los cielos tocando una larga trompeta de oro<sup>34</sup>. No podían dar crédito a sus ojos, todos miraban embelesados, estaban viendo ¡a un ángel!

La pantalla marrón de polvo que cubría la bóveda del cielo se rasgó y detrás de ella apareció un cielo azul lleno de belleza. En esa rasgadura de cielo azul, que iba abriéndose por momentos, miles y miles de ángeles volaban de un lado a otro.

Todos los hombres del mundo habían salido de sus refugios al sonido de la tuba. En cualquier parte del globo todos contemplaban extasiados a los coros de los ángeles deslizarse revoloteando de un lado a otro. Cualquiera veía lo mismo estuviera donde estuviera. El cielo azul se rasgó y de en medio de la luz descendió verticalmente el Hijo del Hombre, Nuestro Señor Jesucristo.

Su verdadero cuerpo suspendido en el aire estaba descendiendo hacia abajo. Teniéndole a El

en el centro, anillos concéntricos de centenares de pequeños ángeles volaban en círculo cantando y tocando instrumentos. Detrás de El comenzó a descender su Santísima Madre. Un aire suave, cálido y puro acarició los rostros de todos los supervivientes. Por encima de la escena, por los lados, por todas partes, millones y millones de almas, las almas de todos los seres humanos muertos revoloteaban de un lado a otro. Las almas eran perceptibles como presencias luminosas, sin cuerpo alguno pero irradiando una maravillosa luz.

Por en medio de toda aquella nube de almas había multitud de ángeles yendo y viniendo, llenos de gozo entonando melodías. Todos los grupos de humanos dispersos sobre la superficie de la Tierra estaban extasiados contemplando un espectáculo nunca visto. Una escena esperada por cientos de generaciones, una escena que fue el objeto de la fe de siglos y siglos, y que por fin ellos la tenían ante sus ojos.

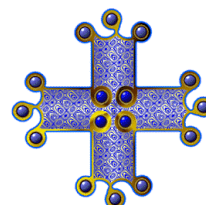
Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva,  
pues el cielo primero y la tierra primera  
habían desaparecido.

Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén,  
que bajaba del cielo, desde Dios,  
ataviada como una esposa que se ha adornado  
para su marido.

Y me mostró el río del agua de la vida,  
brillante como el cristal,  
brotando del trono de Dios y del Cordero,  
en medio de la plaza de la ciudad.

Y a una y otra parte del río,  
árboles de vida que daban doce cosechas.

Amén



---

<sup>34</sup> 1Cor 15, 52

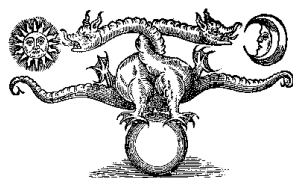


*Cyclus Apocalypticus* es la primera de las diez obras de la Decalogía sobre el Apocalipsis de J.A. Fortea. La Decalogía describe los acontecimientos de la generación que habrá de vivir las plagas bíblicas del fin del mundo.

Cada una de las novelas de la Decalogía (o Saga del Apocalipsis) es independiente. Cada una explica una historia completa que no requiere de la lectura de las anteriores. Fueron construidas esas historias como novelas que tienen sentido por sí mismas y que pueden ser leídas en cualquier orden.

Cada novela de la Saga describe el Apocalipsis visto desde la perspectiva desde un ángulo distinto, desde un personaje diverso o desde otra situación. Todas estas historias que componen la Decalogía fueron comenzadas a escribir en 1998 por el sacerdote J.A. Fortea cuando era párroco de un pequeño pueblo entre las provincias de Toledo, Cuenca y Madrid. Y ninguna de las obras fue publicada hasta que fueron acabadas las diez. La primera en ser publicada fue *Cyclus Apocalypticus* en el año 2004. En ese año, las diez novelas estaban ya escritas. Si bien en los años siguientes sufrirían un constante proceso de revisión y ampliación.

Cada novela de la Decalogía no debe ser leída como la continuación de la anterior novela, sino como una novela independiente. Sólo al leer las diez novelas se tiene una idea clara de los hechos que las conectan entre sí. Muchos han preguntado al autor qué orden debería ser el más adecuado para leer la Decalogía. Siempre ha dicho que cualquier orden es válido. Aunque él aconseja leer primero: *Cyclus Apocalypticus*, después *Historia de la II secesión* y en último lugar el *Libro Noveno* y el *Libro Décimo* ya que estos dos últimos libros que concluyen la saga están compuestos de retazos, imágenes y pequeñas crónicas de toda esta época.





## APÉNDICE

### algunas explicaciones acerca de la novela



Creo que si hay un libro que hace necesaria una, al menos breve, explicación de las pautas que se han seguido para su escritura, es éste. Antes de nada, debo advertir que no he tenido ninguna revelación particular, visión, sueño o cualquier otro fenómeno que me haya proporcionado o sugerido la menor información para confeccionar esta novela. Tampoco he seguido ninguna revelación particular de ningún místico para llevar a cabo esta tarea. Muy por el contrario he querido basarme lo más posible en la literalidad del texto considerado en sí mismo. Y después de considerar esa literalidad lo más exhaustivamente posible, añadir el modo de interpretación más acorde a la corriente patristica y medieval de comentaristas de esos mismos textos. Esta visión *tradicional* del texto conlleva una interpretación literal. Hay textos que admiten varias interpretaciones.

En cualquier caso, esta novela pretende ser una visión plausible de cómo pueden desarrollarse los hechos de los que habla el último libro de la Biblia. Esta última frase la considero esencial: visión plausible. Sólo eso. Esta visión puede gustar o no, pero nadie podrá acusarla de contradecir en algo un solo versículo del texto sagrado. Por otro lado, es una visión desde un ángulo determinado. Prácticamente toda la novela se enfoca desde el lado de los incrédulos, y más concretamente, desde los despachos del Poder. Es como la visión de las plagas del Exodo vistas desde el lado de un sacerdote del faraón.

Soy consciente de que la idea de que nuestras democracias europeas se transformen en un sistema de gestión autocrático es impensable hoy día. Pero la historia da muchas vueltas. También hubiera resultado impensable a principios del XIX que varias decimonónicas

democracias parlamentarias de Europa cayeran entusiasmadas en el siglo XX en manos del fascismo. También era impensable que una nación culta y civilizada como Alemania produjera una élite que llevara a cabo el holocausto. La Historia está abierta en todos sus caminos.

No dudo de que la novela resultará interesante y atrayente incluso para los no creyentes. Porque con ella pueden disponer de una sucesión ordenada de los acontecimientos del texto bíblico. Y hasta para el no creyente resulta interesante conocer cual es una versión razonable del fin de los tiempos de acuerdo a la Biblia.

Los temas que trata el libro bíblico del Apocalipsis podrían agruparse en tres grandes grupos:

- discursos teológicos y morales,
- parte apocalíptica propiamente dicha,
- triumfo de Cristo.

Estos tres temas están divididos en fragmentos completamente entremezclados unos con otros. Esta novela trata del tema apocalíptico propiamente dicho, es decir del aspecto político, de las catástrofes, signos y persecuciones que aparecen en el libro sagrado de San Juan, aunque también algo en el Evangelio y en el libro de Daniel.

La parte apocalíptica aparece en el libro de San Juan articulada en tres septenarios: el septenario de los sellos, las trompetas y las copas. Esta novela no pretende otra cosa que presentar una posible interpretación de esos tres septenarios integrados en una sucesión lineal. Por lo tanto la novela no es nada más que una posible interpretación de los símbolos apocalípticos. Jamás se me ha ocurrido pensar que las cosas serán tal como las he escrito en la presente novela. Sin embargo, nadie podrá demostrar con los textos sagrados que no pueda ser como digo aquí. La novela es una explicación plausible de cómo pueden sucederse los acontecimientos descritos en el libro de San Juan.

Las profecías de Daniel ciertamente se han de integrar en el curso de hechos que presenta el Apocalipsis. He incluido en la trama la parte relativa a la profecía de los 1290 días y he dado una posible interpretación acerca del Templo y el

cese de la oblación perpetua. Nuestro Señor Jesucristo habló de la profecía de Daniel al referirse a la *Abominación de la desolación*. Pero en el Evangelio no se nos explica nada (explícitamente) acerca de esa abominación, luego el único propósito perseguido al referirnos a ese texto del profeta es que leyéramos la parte que sigue de forma inmediata a esa Abominación, la profecía de los días unida al cese de la oblación.

Personalmente pienso que el final del libro de Daniel (concretamente desde el capítulo 7) contiene revelaciones para el tiempo del Apocalipsis. Pero el carácter sumamente concreto de esas revelaciones hace que su identificación con hechos reales nos quede oculto hasta el tiempo final, tiempo en el que los protagonistas podrán identificarlos ya sin duda a la vista de los hechos. En este sentido se nos dice:

*-Estas palabras han de permanecer cerradas y selladas hasta el tiempo final* Dan 12, 9

*-Ninguno de los impíos comprenderá, en cambio los sabios comprenderán* Dan 12,10.

*-Pero tú, Daniel, mantén secretas estas palabras y sella el libro hasta el tiempo final; muchos lo recorrerán y se aumentará el conocimiento* Dan 12, 4

Sí, muchos lo han recorrido ya y lo seguirán recorriendo. Cuando leí este último versículo, el que habla del aumento del conocimiento (acerca de los hechos de los últimos días) se me ocurrió la idea de que quizá esta novela sea una carta hacia el futuro. Que quizá los lectores verdaderamente interesados de esta novela serán los cristianos de los últimos tiempos que sufriendo las penalidades futuras encontrarán este libro en algún rincón de alguna biblioteca, y hallarán algún consuelo en las líneas que lean. Ellos verán todos los errores en que he incurrido. Pero así como no nos molestan los errores que en la visión del futuro vemos en obras clásicas del cine mudo, como *Metrópolis* o *Viaje a la luna*, así con esos ojos, con esa benevolencia, espero que sean leídas en el lejano futuro estas páginas. Los errores de nuestra construcción del futuro no las afeará, al contrario, ellos, encontrarán deliciosamente sembradas de arcaísmos nuestras visiones de su futuro.

Volviendo al tema exegético, pienso que en el Antiguo Testamento encontramos *tipos* (es decir, bosquejos simbólicos y proféticos al mismo tiempo) de la persecución final del Apocalipsis. Así lo vemos en el libro de Ester, en el libro de los Macabeos, y con el personaje de Nabucodonosor en el libro de Daniel. Son identificables partes claramente apocalípticas en los profetas, por ejemplo en Is 24. Allí en ese capítulo en el versículo 24 se da, por poner un solo ejemplo, un detalle concreto y coincidente con el Apocalipsis como el de que *“la luna se sonrojará entonces y el sol se abochornará”*.

*Porque las estrellas de los cielos y sus constelaciones no darán su luz, el sol estará oscuro en su amanecer, y la luna no derramará su luz* (Is 13, 10).

*Cubriré los cielos, y haré oscuras sus estrellas, cubriré el sol con una nube, y la luna no dará su luz* (Ez 32, 7).

Exactamente encontramos lo mismo en: Joel 2,10, Joel 2,31, Joel 3,15 y en el Nuevo Testamento en Mat 24,29. Me he fijado en ese detalle concreto, podríamos igualmente analizar en los profetas las tinieblas, los terremotos, etc. pero esto excedería los límites de un mero apéndice a una novela para convertirse ya en un tratado.

Pienso que sí la venida de Cristo fue acompañada de todos los signos milagrosos que aparecen en el Evangelio, así la venida del Anticristo (en esta novela Viniciano) vendría acompañada de signos portentosos. La primera venida de Cristo fue precedida de una paz total, la *Pax Augusta*. La venida del Anticristo vendrá acompañada de una guerra total. De hecho las guerras, hambres y cataclismos son una de las señales que da Jesús para ese final de los tiempos. No una guerra, un hambre y unos cataclismos más, sino la guerra, el hambre y los cataclismos por excelencia. El fuego del que habla San Pedro en su segunda epístola podía ser enviado por Dios sobrenaturalmente, sin embargo, me inclino por la opinión de la Premio Nobel Sigrid Undset (\*35)

---

35 Tal opinión la manifiesta en el prólogo que escribió a su biografía sobre Santa Catalina de Siena.

de que lo proporcionaríamos nosotros mismos con nuestras armas atómicas.

Reconozco que este es un libro convulso, la época del fin de los tiempos lo será. Reconozco que la Iglesia, el amor de los cristianos, el bien, apenas aparece en la novela. Pero fijémonos en que el mismo libro sagrado del Apocalipsis es ocupado en casi su totalidad por los signos de ese final de los tiempos. Signos de sangre y conmociones políticas. El Apocalipsis no es el libro más adecuado para conocer a la Iglesia o el mensaje de Cristo. Así tampoco esta novela está centrada en el misterio de la comunidad de creyentes, sino en la visión que se tendrá de los tiempos apocalípticos por parte de los no cristianos. Y sobre todo esta novela presenta la visión de esos tiempos desde los despachos del Poder.

Es un hecho claro (y ya de ello habla Schmaus en su *Teología Dogmática*) que si se ha de desatar una persecución general contra los cristianos deberá existir algún tipo de unidad política en el mundo futuro. Esa unidad basta con que sea amplia y no total y perfecta. Que esa unidad no abarcará todo el planeta lo vemos en que el Apocalipsis habla de una de las cabezas refiriéndose como conquistador (Ap 6, 2). Además las unidades perfectas a lo *Un mundo Feliz* de Aldoux Husley no han existido nunca más que en el papel. La naturaleza humana siempre está dispuesta a unificar a todo y a todos, y una generación después a dividir y reclamar independencias.

La Bestia claramente es un poder político, un gran Estado. Las patas de oso simbolizan su poder y crueldad en destruir. Su poder viene o de las urnas o del apoyo popular de las multitudes por que se dice que sale del mar: “Tuve también la visión de una Bestia que subía del mar”(Ap 13,1) y más adelante se explica qué signifique el mar:

*Las muchas aguas sobre las que, en visión contemplaste establecida la meretriz, son la muchedumbre de los pueblos, y razas y lenguas. Ap 17, 15*

Digo que esa Bestia es un Estado porque en Ap 13,1 se dice también que “tenía diez cuernos”, y más adelante se dice que esos diez cuernos son diez reyes.

De todas maneras el símbolo de “la bestia” no se usa de modo unívoco (véase por ejemplo el cap 13 del Apocalipsis), sino que se usa también para designar a dos de los reyes de ese Estado. Así en ese capítulo, en los versículos del 11 al 13, se deja claro que está hablando de una persona. Y esta idea queda remarcada cuando dice en el versículo 17 y 18 que “el número de la Bestia” es “número que corresponde a un hombre”. Cuando se dice en Ap 13,2 que “el dragón le entregó su poder [a la Bestia]” pienso que ese dragón es la Serpiente antigua, es decir Satanás. Ese Estado, que es la Bestia, será su instrumento en la Tierra.

La clara preeminencia que doy a Roma se debe al versículo en que se dice:

*Las siete cabezas son siete colinas. Sobre ellas descansa la mujer. Ap17,9*

*La mujer de tu visión es la ciudad grande, la que tiene señorío sobre los reyes de la tierra. Ap 17, 18*

Del mismo modo como en la era mesiánica se produjeron prodigios que mostraban el advenimiento de la nueva era, así con la venida del Anticristo se darán prodigios que anunciarán que se está entrando en una nueva etapa final de la Historia. Esos prodigios serán muchísimo más limitados que los de Jesucristo, pero serán más espectaculares. Estos prodigios estarán causados por demonios tal como se dice en el cap 16 del Apocalipsis:

*Espíritus demoniacos obradores de los prodigios. Ap 16,14*

Además se dice que se le concederá hacer bajar fuego del cielo e infundir un espíritu vital en la imagen de la Bestia (Ap 13, 15 y Ap13, 13).

Qué sea el 666 se sabrá con seguridad cuando tal hombre aparezca en la escena pública, y no antes. Hasta entonces, las elucubraciones que se hagan tendrán tanto éxito como si un rabino del exilio babilónico hubiera tratado de especular que

quería decir la profecía referida al Mesías en que se le llamaba “Hijo del hombre”.

Quizá alguno me acuse de que en esta novela lo político ocupa demasiado lugar. Eso se debe a dos razones. La primera es que muchos de los mismos símbolos que aparecen en el Apocalipsis son de naturaleza política: Estados, guerras, reyes. La segunda razón por la que la novela no comienza siendo explícitamente religiosa se debe a mi propósito de que en los primeros capítulos del libro los lectores se olviden del Apocalipsis para que así les coja de sorpresa. Es decir, he tratado de que los hechos de las profecías cojan tan de sorpresa al lector como a los habitantes del futuro. Así el primer eclesiástico no aparece hasta mucho después de comenzado el libro (con excepción del monje del principio).

El que un jefe de gobierno de una potencia extranjera llegue a ser presidente de una democracia rival me parece algo casi imposible. Aunque hemos de contar con la disolución del concepto de patria y nacionalidad en un mundo globalizado. Si aquí se ha escrito así la historia ha sido para dar interés a la trama. Lo más lógico es que la Bestia surja directamente de las elecciones en una especie de Estado democrático mundial.

Aprovecho este apéndice para explicar que las ciudades que describo se basan en que el futuro se hagan dos descubrimientos técnicos. En los edificios que describo, el acero, y por supuesto el hormigón, se aplastarían bajo su propio peso si se alzaran estructuras más allá de cierta altura. Luego, doy por supuesto que tales materiales se habrán descubierto en esa época. Después, para habitar tales megaestructuras habrá que recrear de modo saludable y relativamente barato algo que sustituya la iluminación solar, pues si no, habría que dejar inhabitables buena parte de las partes internas de tales megaestructuras. Sin un sustituto de la luz solar que suponga una admisible simulación virtual del cielo, por más que se dejaran grandes espacios en el interior de esas megaestructuras sería psicológicamente imposible residir en ellas.

En el final del libro, un ángel tocando una trompeta es visto por los supervivientes que salen de los refugios. Sé que los ángeles no tienen cuerpo. Sin embargo, he puesto un cuerpo visible en ese ángel y en los otros ángeles que acompañan la segunda venida de Cristo a la tierra, porque de algún modo los hombres percibirán la presencia de seres angélicos. La Sagrada Escritura siempre que describe la percepción de los ángeles por parte del hagiógrafo lo hace bajo aspectos visuales. De todas maneras, en ese capítulo las descripciones no pretenden otra cosa que pintar un cuadro.

No hay duda de que la materialidad de las trompetas en el septenario de las siete trompetas es un símbolo. Pero me atrevo a sugerir la posibilidad de que el sonido de la última trompeta sí que sea audible. Ya que las palabras del Apóstol San Pablo en ICor 15, 52 me parecen indicar una cierta insistencia en ese sentido.

Hasta escribir esta novela no me había dado cuenta de la cantidad de veces que en los Evangelios Jesús da a entender que hay que estar en vela porque el Hijo del Hombre vendrá en medio de la noche (Mt 25,6; Mt 24, 43; Lc 17,34; Lc 12,38): Es curioso, el esposo de las vírgenes con las lámparas viene en la noche, el amo de la casa, etc, todos vienen por la noche. Todo ello me había parecido durante mis estudios de Teología un símbolo, mas al escribir estas páginas me di cuenta de que además de un símbolo iba a ser una realidad. La segunda venida de Jesús tendrá lugar en medio de la noche atómica. La cantidad de polvo levantado hasta la estratosfera provocará lo que los expertos llaman el *invierno atómico*. Jesús vendrá en medio de la noche porque, como en el mismo Apocalipsis se dice, el sol perderá gran parte de su fuerza.

Reconozco que en esta novela apenas he hecho mención de los falsos mesías que llevan a la gente al desierto, ni de los terremotos o del tiempo de tinieblas en el trono de la Bestia. La razón es que en una novela no podía aparecer absolutamente todo sin dar una cierta sensación de cansancio. De ahí, que unas pocas cosas accidentales las doy por supuestas, imbricadas en el interior de la novela aunque no se las mencione.



Por otro lado, he querido que la persecución contra la Iglesia apareciera de golpe en la novela, sin que nadie lo esperara. Aunque en esta historia no se hable de ello, la persecución anticristiana se supone que ha ido desarrollándose paulatinamente. Esta historia no excluye un desarrollo progresivo del odio a los cristianos. Este libro no solo no excluye desarrollos de historias menores, sino que esta novela es una panorámica formada a base de recoger episodios significativos.

Alguno se preguntará por qué he acabado la novela en la segunda venida de Cristo y no he continuado describiendo el último capítulo del Apocalipsis. La razón es muy simple: tratar de describir con palabras el misterio era empequeñecerlo. Con palabras podemos muy bien describir desastres apocalípticos, como se describen muy bien las diez plagas de Egipto o el asedio a Jerusalén por parte de los asirios. Pero cuando el mismo libro del Exodo describe la visión de las espaldas de Yahvéh por parte de Moisés es lacónico (Ex 34). Del mismo modo, el libro del Apocalipsis describe mucho más extensamente las plagas que el misterio conclusivo de beatitud, que es inefable. En realidad, la Sagrada Escritura acerca del misterio, más que pintar una escena plástica, nos pinta un cuadro conceptual. Por eso tratar de describirlo era empequeñecerlo. El libro acaba donde tiene que acabar, no había otra alternativa.

No ha sido otro mi propósito al escribir esta novela que hacer más inteligible y conocido ese libro que es el final de la Biblia. Podía haber escrito un ensayo, pero hay cosas que se entienden mejor con una historia que con un ensayo. Dios mismo en la Biblia hay cosas que prefiere explicárnoslas con una historia, mejor que con una explicación abstracta. A veces un tratado no puede lo que puede un cuento.

En la novela, doy por supuesto que las distintas confesiones cristianas han alcanzado en esa época la unidad. Francamente, creo que la senda de la Historia va en esa dirección. Espero que mis buenos amigos protestantes (con los que mantengo muy buenas relaciones personales) no

se sientan ofendidos por haber yo colocado la figura de la jerarquía católica como representantes de la inmensa mayoría de los cristianos de esa época. Sé que ese detalle bastará para amargarles la novela a algunos. En cualquier caso, les doy permiso para que al leer el libro, donde escribo *Papa* ellos imaginen a su Arzobispo Primado Episcopaliano, al Consejo de Ancianos de las Iglesias Presbiterianas, o al Consejo de Pastores de las Iglesias Evangélicas. Incluso si alguien lo desea puede colocar en vez del Papa al Gran Rabino de Jerusalén, pero en fin.... a alguien tenía que colocar yo.

Quiero decir que esta novela fue la primera novela que escribí en mi vida. La escribí de principio a fin, casi sin correcciones, ningún capítulo ni relato ha sido cambiado del lugar que ocupó en su primera redacción. La escribí siendo un joven sacerdote destinado a un pequeño pueblo junto a la provincia de Toledo y Cuenca. La escribí en un húmedo y frío despacho, casi medieval. La lenta acción de escribir esta historia me entusiasmó, porque era un texto donde podía volcar miles y miles de horas de lecturas de otros libros y autores. El capítulo del acorazado orbital y su batalla, fue escrito de una sola sentada, en una noche de insomnio.

Quiero acabar diciendo que, curiosamente, el Apocalipsis era uno de los libros que menos entusiasmo me habían causado hasta el momento de escribir la novela. Mucha gente me pregunta si veo cercano el fin del mundo. Personalmente, veo los hechos del Apocalipsis muy lejanos todavía en el futuro, muy lejanos...

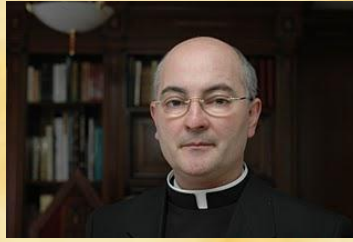




[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)







José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-ecclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.



[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)